

LUIS GOVARRUBIAS



Quilín
Quilín

SANTIAGO
Imprenta del Progreso,
1888.

ESTUDIOS CRÍTICOS

LUIS COVARRUBIAS

ESTUDIOS CRÍTICOS

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA DE "EL PROGRESO"

102.—CALLE DE LA COMPAÑÍA.—102

1888



PRIMERA PÁGINA

El autor de este libro cree excusado escribir prólogo, advertencia ó como se quiera llamar á eso que otros publican antes del cuerpo de la obra; porque, por apartarse de la rutina, no solicita, aun cuando la necesite, la benevolencia del público; porque no quiere achacar á exigencias de amigos la culpa, si hubiera, de publicar sus escritos; y porque, además, no siente necesidad de explicar nada, ni de dar á conocer sus opiniones literarias, que mejor que en esta primera página se verán en las siguientes, ni mucho menos, como algunos acostumbran, de criticarse á sí mismo: tiene un deseo y lo manifiesta ahora con entera sinceridad.

El género literario a que pertenecen los artículos del presente volumen, ha sido poco cultivado entre nosotros, sobre todo en los últimos tiempos; las pu-

blicaciones de periódicos y revistas, encaminadas á juzgar del mérito de alguna obra, no alcanzan á constituir un estado permanente que destruya semejante afirmación. Y, sin embargo, ¿quién niega la conveniencia, y más que la conveniencia, la necesidad de la crítica literaria? Esta, según la expresión de Pedro N. Cruz, desempeña en la república de las letras el papel de la policía en las ciudades, y como tal policía es absolutamente indispensable para que se desarrollen las fuerzas activas de la comunidad, mediante el orden público y la seguridad personal que aquella está encargada de procurar.

Pero la verdad sea dicha; nadie se dedica á este cuidado de los intereses comunales, que debe de correr á cargo de la actividad individual, por causas múltiples que no son hasta ahora del todo conocidas.

Hay quienes piensan que la crítica es el resultado natural, la consecuencia lógica de una producción literaria exhuberante, y que entre nosotros existirá cuando tengamos de veras dicha producción; sin desconocer la exactitud de la premisa, afirmo que podemos tener crítica, no que la tenemos, porque los libros que se publican le dan materia sobrada en que ejercitarse y son fuente de estudio, de observaciones y de ideas.

Otros, y entran en este grupo la mayor parte, son indiferentes á lo que les rodea, apáticos por carácter ó por conveniencia, y como no se les da una

higa de que todo marche al revés, no se preocupan de nada, cuanto menos de los asuntos literarios, que consideran baladíes.

Yo no niego—¿ni cómo podría negarlo?—que la crítica literaria ofrece dificultades, y sobre todo que el desempeñarla imparcialmente acarrea enojos; pero aquellas no son insubsanables, ni éstos de tal suerte que retraigan de seguir su natural inclinación ó su voluntad á los que por tener la una ó sentir la otra pueden cultivar el abandonado género.

Mi deseo es, pues, que los jóvenes y los hombres de edad madura piensen en las ventajas, cuando no sea más que en las ventajas, de la crítica, y que, sacudiendo la indolencia que muchas veces siega en ágraz la flor de sus generosos sentimientos, le consagren el estudio y la dedicación que se merece.

Los artículos de este libro, que, porque no se me crea presuntuoso no califico de solaces críticos—puesto que así los titulara en razón, no del solaz que procuren á los lectores, sino de los momentos verdaderamente agradables que he sentido al redactarlos—; los artículos de este libro, repito, aparecen como expresión de aquel deseo y en la esperanza de que, dado el ejemplo y dado también el primer paso, saldrán más tarde obras que ocupen el asiento, hoy vacío, de la crítica literaria en el alegre festín de las producciones intelectuales.

Santiago, 6 de Diciembre de 1888.



PENAS QUE MATAN

NOVELA DE COSTUMBRES

POR ALEJANDRO SILVA DE LA FUENTE (1)

BRATA satisfacción experimento al analizar la última novela de Alejandro Silva de la Fuente: porque él es uno de los pocos jóvenes de reconocidas aptitudes literarias que dan muestra de trabajo intelectual, mientras la mayor parte se dedican al cultivo de la pereza, y porque considero que su obra es muy digna de los aplausos de la crítica que se inspira en la más severa imparcialidad.

Motivos tendría para tomar por el camino de la lisonja, como quiera que Alejandro Silva de la

(1) Un tomo en 8.^o de 290 páginas. Valparaíso. Imprenta de LA UNIÓN, 1887.

Fuente es una persona á quien tengo en sincera estimación por sus nobles cualidades; sino que esta amistad que desde antiguo le profeso, no me impedirá aplaudirle en lo que merezca y mostrarle, como censor y como amigo, los errores en que incurra.

Penas que matan es una interesante novela que ha merecido ya la aceptación del público; asignóle cuarto lugar el jurado á cuyas luces confió LA UNIÓN el conocimiento de los trabajos presentados á su certamen, y uno de los miembros del mismo jurado fué de parecer que se le discerniese el premio.

De todas suertes, aunque la crítica, como acontece en la generalidad de las ocasiones, no se ha hecho oír, la obra de Alejandro Silva es bien digna de alabanzas, porque cumple satisfactoriamente con los requisitos que exige el gusto de nuestros días. Ya la novela no es «la narración de hechos fabulosos destinada á servir para el entretenimiento y á veces para la instrucción de los lectores», como dice un texto de literatura porque se estudia en nuestros colegios; la buena escuela moderna, abandonando los espacios de lo meramente imaginario y de lo absurdo, tiende á radicar la novela en el campo social, abrazándole en la variada universalidad de su conjunto ó tomando de él detalles con que formar un todo que no esté reñido con la lógica, más inflexible que á primera vista parece, de los sucesos humanos.

Por esa tendencia, la narración novelesca, ora tenga realmente forma narrativa, ora epistolar, ora, por fin, se presente en cuadros, busca en el mundo que habitamos el origen de las pasiones y de todas las ideas y pensamientos que engendran los actos del hombre, estudia su desarrollo, examina las causas que las modifican, y, por último, las desenvuelve en un vasto escenario de realidad en el cual puede el artista, sin que le sea lícito traspasar sus linderos, espaciarse con holgura.

En este sentido, la novela es esencialmente realista, bien entendido que el término no excluye la idea de idealismo, puesto que tan real es la existencia de las ideas y sentimientos como la de un acto cualquiera; y llega hasta los puntos medianeros que la separan del naturalismo.

Á diferencia de éste, que de continuo baja á las capas sociales en que se agitan el pueblo y lo que se llama entre nosotros la clase de medio pelo, y saca indistintamente de ahí los elementos que desea, grandezas y miserias, rayos de luz y montes de escoria y podredumbres, el realismo de buena ley escoge con mano delicada materiales más nobles, más finos y cristalinos, y se inclina á elevarse á la perficie social, donde se mueve con toda su altivez y sus errores el gran mundo.

Esta inclinación entraña un golpe tremendo para el naturalismo, que no produce en el alma, con su desenfreno y su licencia para usar de cuantos me

dios necesita, el placer tranquilo y majestuoso que determina toda obra de arte, y que si ha dado ya escenas de primer orden, se ve reducido en muchos casos á satisfacer pasiones desordenadas, incompatibles con la pura emoción estética; ella es también una prueba de que los sentimientos no se hallan tan depravados como piensan algunos pesimistas, sino que, por el contrario, buscan satisfacción en las regiones serenas donde el sol penetra más fácilmente y el ambiente es más fresco.

Penas que matan está inspirada en la realidad, de donde arranca su origen y sus detalles, bien que algunos de ellos no sean perfectamente naturales y tal cual, por falta de acentuación de los caracteres, no se deduzca de un modo lógico. Además, siguiendo aquella tendencia de elevarse á las capas sociales superiores, la novela en que me ocupo ha tomado sus personajes, su acción, el conjunto, en suma, de circunstancias que le dan vida, de la aristocracia santiaguésa, que, bien se ve por este estudio, tanto campo ofrece de observación como el resto de la sociedad chilena.

El protagonista de la novela, Fernando Morente, jóven sincero, de buena inteligencia y recto criterio, pero de carácter no muy firme, tiene la desgracia de perder su padre de enfermedad del corazón. Á contar desde ese punto, la vida es para Fernando una serie de contrariedades que ponen á dura prueba su voluntad y sus pasiones. Árdese en amor á Ber-

ta, una encantadora niña que le corresponde cumplidamente, pero sus sentimientos se ven un día tronchados por la noticia oficial, como se dice ahora, de que Berta se casa (por sugerencias de su madre, ó más bien obligada por ella) con don Gonzalo, un vejete que no tiene más gracia, aparte de la que le dan las rentas, que estar al corriente de las noticias políticas habidas y por haber.

Lo intempestivo de la noticia y la manera como se la comunican, le impiden tener una entrevista con Berta, en que ésta le habría manifestado que sólo á él le pertenecería y que estaba dispuesta á no verificar el enlace forzoso que se le preparaba con don Gonzalo. Sale de casa de Berta, y queriendo desahogar la hiel, la pasión, ese volcan, en fin, que ardia en su corazón, se va donde Ángela Rosales, en casa de la cual había visitado con frecuencia.

Una circunstancia especial imprime rumbo á los sucesos posteriores: Ángela, una de esas niñas como hay muchas, de corazón helado, que conciben amores firmes y duraderos, aunque sin estallidos, y que atraen lentamente sin las alternativas de una pasión fogosa, tenía singular y no disimulado cariño por Fernando, y no miraba con malos ojos la idea de que llegase algún día á pretenderla.

Primera causa; téngase en cuenta, después, que en Fernando se había realizado en parte la cruel sentencia del Gran Galeoto, puesto que se habían apoderado de su corazón, en aquellos instantes por

lo menos, mediante el roce con personas de sentimientos no tan sanos como los suyos, ideas de matrimonio demasiado metalizadas que en un principio repugnaba, y se verá como, siendo por todo extremo angustiada la situación pecuniaria de su familia cuando recibió la noticia del casamiento de Berta con don Gonzalo, y contando don Manuel Rosales con una gran fortuna, todo contribuye á disculpar que Fernando se dirigiese donde Ángela, y explica que, dando libre curso al torrente de pasión en que se ardía su alma, se comprometiese con ella, que no necesitaba de muchas insinuaciones para aceptarlo, de un modo formal é ineludible.

Llévase, pues, á cabo el compromiso, dáse anuncio á las relaciones de las familias, y á medida que Fernando se ve más atado á Ángela por férreas ligaduras, siente que se alza en su alma el amor á Berta, olvidado por la fuerza, sí, pero no extinguido, y que se alza impetuoso, avasallador, amenazando arrasar hasta con aquel sentimiento de respeto, ya que no de amor, que procura á toda costa tener á su futura esposa.

Sin que nada venga á turbarlas, celébranse las bodas de Fernando con Ángela el día designado, con toda la pompa que se estila y como corresponde á la posición de la familia de la novia; se van ésta y su esposo al campo á pasar la luna de miel, y en vez de conseguir Fernando que las variadas impresiones de este dulce período sustituyan en su

corazón el amor criminal á Berta por un amor tranquilo, si no puede ser apasionado, por su mujer, ve con dolor que aquel se yergue á cada instante soberbio, indómito, y promete, no obstante, como caballero, como hombre de honor que sabe respetar sus más delicados compromisos, promete sacrificarse, soportar con firme resignación la lucha porfiada, indecisa, que en su alma sostiene el deber, rígido, austero, con la pasión, ardiente y á veces irresistible.

Esa lucha toma grandes caractéres y desarrolla en Fernando, por las penas sin cuento que le acarrea, una enfermedad al corazón, heredada de su padre, que mucho tiempo antes se había manifestado tenuemente.

Aunque Fernando, con una dedicación ejemplarísima, trata de ocultar á Ángela las dos grandes llagas que laceran su corazón, física la una, y la otra moral, la enfermedad hereditaria que lo consume y la pasión funesta que lo devora, aquella comienza á descubrirse con timidez, y ambas toman cuerpo en una visita que, para cumplir imprescindibles deberes sociales, hacen Fernando y Ángela á don Gonzalo y su esposa Berta.

Ya Fernando cede en la lucha; la pasión ha podido en él más que el deber; y un día que va á ver á su madre, al pasar frente á la casa de la antigua amada de su alma, un sentimiento irresistible, el vértigo, la locura del amor si se quiere, le incita á entrar; se encuentra en presencia de Berta, desca

explicarse, declararle que siempre la ama, desahogar su corazónpero un violento ataque, la enfermedad llegada al último grado, le priva de los sentidos.

Al día siguiente está desahuciado de los médicos, y una semana después, como donosamente termina la novela, Fernando, en cierto modo testigo anticipado del dolor sin consuelo de su madre, de la desgracia de su esposa y del pesar sin medida de su amada, deja de existir entre las convulsiones violentas, los ahoguios desesperados, las congojas supremas de una agonía en que el espíritu se niega tenazmente á abandonar un cuerpo todavía en plena robustez y juventud.

La sola exposición del argumento manifiesta que hay en la novela de Alejandro Silva un vasto campo, tan hermoso como real, en que el autor ha desplegado, si con buen éxito, no siempre con minuciosa observación, sus dotes de novelista, aplicadas cien veces mejor que en aquella otra obra que publicó hace tiempo, titulada *Ventura*, y que con el propósito, que nunca me pesará, de estimularle á continuar por el camino del arte literario, en el que ha de conquistar preciados triunfos, aplaudí con decidido entusiasmo.

Hay en *Penas que matan* una pasión que nace y se desarrolla en el gran mundo, y que sufre las alternativas que le imprimen variados acontecimientos, y hay un estudio interesante y concienzudo de

estas circunstancias y de aquella pasión; y hay, también, una serie de escenas de distinta naturaleza, harmónicamente distribuidas en el todo en que los personajes se agitan y los sucesos alientan ó modifican los caracteres.

No me cansaré de repetir que el mérito principal de esta novela es la observación en ella empleada y la realidad con que está escrita, bien que sobre el primer punto hago por ahora mis reservas que después, á fuer de imparcial, desarrollaré mas latamente.

Saliendo del terreno de lo meramente artístico, voy al decir del encadenamiento lógico de los sucesos humanos, se encuentra en *Penas que matan* un problema que es, en resumen de cuentas, el que da título á la obra: la conexión inmediata entre lo moral y lo físico, entre los sentimientos del alma y los sufrimientos corporales; y si aquellos sentimientos de Fernando no son, propiamente, los que le matan, ni siquiera los que originan su enfermedad al corazón, que ya sabemos era hereditaria de su padre, provocan el desarrollo de ésta, que permanecía en estado latente.

No se me oculta la dificultad de la cuestión relativa á la herencia patológica, que trae divididos, según creo, á los médicos y á los sabios, por lo cual si no censuro como error científico la afirmativa, la muestro á lo menos como poco segura; en cuanto á la influencia que en el desarrollo de una enfermedad

ya concebida tienen las pasiones, me parece que no hay discusión, y de consiguiente, felicito al autor que ha utilizado con tanto donaire como atractivos ese predominio, evidente en la novela, de los sentimientos sobre las dolencias del cuerpo.

Aunque tal recurso no sea una novedad en los anales literarios, hásele olvidado con harta más frecuencia que debiera, y ha hecho bien Alejandro Silva en valerse de él, que tiene títulos de sobra para entrar como factor importante en la novela, ya que en la vida real no es extraño acaecimiento que un individuo fuerte como la encina ceda más ó menos lentamente y caiga vencido á los embates de incontrastables pesares.

Si el caso que me ocupa no es el de preguntar con el autor de *Las Doloras* «por dónde viene la muerte», porque ésta no tuvo por causa eficiente las penas de Fernando—aunque sea necesario decir, y no es gran cargo, que estrictamente considerado el título, no guarda perfecta armonía con el desarrollo de la obra—es evidente que aquellas penas dieron aliento á la enfermedad que Fernando llevaba en sí, y fueron, por consiguiente, la causa remota de su muerte. ¡Observación profundamente natural que compensaría, á mi juicio, muchas páginas de errores, si muchas hubiera!

Desde la admirable y no bastante encomiada escena de la muerte de don Francisco Morente, padre de Fernando, en que el lector encuentra gráfica-

mente reproducidos, con una precisión que en ocasiones hiela, las sombras y los dolores que alguna vez ha sentido y visto junto al lecho de un moribundo, comienza el desarrollo paralelo, puesto que invisible á trechos, de los sentimientos del principal personaje de la novela y de la enfermedad que, alentada por ellos, le lleva al sepulcro, al propio tiempo que la pasión criminal que por Berta tiene llega al último grado del delirio.

En todo el curso de la novela, ya lo he manifestado, hay una serie de escenas, ora pacíficas como la dicha incomparable del hogar que representan, ora animadas como un sarao en que las ondulaciones de la música van á esconderse voluptuosamente entre las gasas de los vestidos, ora, por fin, tempestuosas como las agitaciones indomables de un corazón en que, como venenosa víbora, se retuerce criminal pasión; hay también un desfile de caracteres (que más acentuados á veces serian perfectos) nobles y arrastrados, apáticos y apasionados, que se chocan en la lucha de la vida, algunos de los cuales, como el de Fernando, que pierde por desgracia mucho de su ingénita altivez y no poco de su nobleza, sufren en esos choques modificaciones, como se modifican con el rodar los ásperos guijarros que siguen la corriente de los ríos; hay, por último, pinturas sociales que así deleitan el ánimo por su realidad como por la variedad de ellas en el mismo y único grupo que la novela abraza.

Ahí está, para probarlo, la madre de Fernando, que representa el querido hogar, herido de muerte desde la de don Francisco; ahí la madre de Berta, que más atenta á falsas conveniencias pecuniarias que á la dicha inefable de un amor correspondido, prepara el casamiento de su hija con don Gonzalo, calculándolo friamente, y lo impide con Fernando; el amor apasionado de Berta por el héroe de la novela contrasta con el que Ángela le tiene; los sentimientos de Fernando son muy otros de los de don Gonzalo y de los de tantos jóvenes como aparecen en los cuadros inferiores, y aún de los suyos mismos, con diferencia de tiempo.

Expuestas en conjunto, ya que no me sería posible de otro modo, las bellezas de la novela, voy á desarrollar las reservas que há poco hice sobre los defectos que tiene.

Si la realidad es el alma de la obra, y en ella están inspiradas sus páginas, no en todas se ha puesto la minuciosa observación que fuera de desearse.

Se ha visto ya que don Gonzalo cortejaba á Berta, cuando Fernando se sentía más enamorado de ella, y que en apoyo de sus pretensiones contaba con el de doña Magdalena, madre de la niña, que á todo trance y contrariando un amor inextinguible, quería que se casase con él.

La novela llega hasta el punto en que don Gonzalo pide á doña Magdalena la mano de su hija, que le es concedida, y de un salto nos muestra después

al vejete casado con Berta, dejando así una laguna de consideración, si se atiende á que Berta no aceptaba semejante enlace, y no se sabe, entonces, si en el espacio que trascurre en blanco ha mudado de parecer ó si se ha visto obligada de una manera imperiosa por su madre.

Bien es verdad que cualquiera que fuese la causa, el resultado es el mismo para el efecto novelesco, porque desde el momento en que Berta contrajo matrimonio era doblemente criminal y funesto el amor que le profesaba Fernando; pero no porque no tenga influencia alguna en el curso de los acontecimientos, me parece que sea lícito olvidar el motivo determinante del casamiento de Berta, siendo, como es, uno de los personajes más atrayentes de la novela y uno de los que con más facilidad se conquistan las simpatías del lector.

Precisamente en el desarrollo completo y perfecto de los diversos incidentes que se mueven al rededor del incidente principal y que constituyen la variada unidad de un conjunto que el lector abraza entero de una sola mirada, está el mérito á la vez que el interés de una novela, y no puede, por consiguiente, olvidarse un hecho ó un sentimiento que interesa y que hiere delicadamente nuestra imaginación, ni aún á pretexto de no ser él del todo indispensable.

La misma escena que sirve de punto inicial á la laguna que he considerado como defecto, secun-

dario, si se quiere, de la obra, esto es, la entrevista en que don Gonzalo solicita de doña Magdalena la mano de su hija, adolece de alguna imperfección, porque no hay en ella esa naturalidad tan espontánea mezclada de penetrante y prolija observación que se advierte en las demás; en lugar de estas preciosas cualidades campea en la entrevista un convencionalismo que se explica pero que no se excusa fácilmente, y que poco se compadece con el tono general de la novela.

Para no detenerme más en otros detalles que no merecen tampoco mayor censura, pasaré por alto la frase “no se comprometa Ud. á darme” con que Berta, en un momento de desesperación, temerosa quizás de que su madre fuera á sacrificarla en aras de un matrimonio que ella no deseaba, le manifiesta su repulsión á la idea de unirse para siempre con don Gonzalo, y que por ser muy dura no la encuentro bien justificada por los antecedentes.

A más de la anterior, otras dos escenas me han llamado la atención: es una de ellas la visita que Fernando y Ángela hacen á don Gonzalo y Berta, que nada tendría en sí de particular si no se supiera las relaciones que en soltería de ambos mediaban entre Berta y Fernando, y la causa porque terminaron. Bien es cierto que, como no había compromiso entre los dos enamorados, la resolución que Fernando tomó de retirarse definitivamente de la casa de doña Magdalena, no tuvo

el ruidoso estrépito social que aumenta las distancias é imprime á todos los sucesos un carácter violento; pero no es menos verdad que las relaciones entre Berta y Fernando no podian continuar en buen pié desde el instante en que al joven le comunicaron la noticia del matrimonio de su pretendida con don Gonzalo, y todo esto, unido á la consumación del matrimonio, autoriza la duda sobre la verosimilitud de la visita.

De menos importancia, pero no tan insignificante que no valga la pena de considerarlo, es el hecho de que cuando doña María, madre de Fernando, se hallaba en el colmo de la aflixión á que su estado pecuniario la arrastraba, después de haber tenido una conferencia con el egoista de su hermano político, don Ruperto Morente, causante de sus desgracias; cuando doña María, como dice la novela, perdida toda esperanza, sin el dominio de sí misma, incapaz de comprender su dolor, desahogaba su corazón en lágrimas y sollozos, Fernando la dejara abandonada para irse á casa de Ángela. Esta brusquedad del buen hijo, en quien, es cierto, tenían más poderío en esos instantes las turbulentas pasiones que los sentimientos de amor y de respeto que profesaba á su madre, rompe la amable bondad del cuadro de esa familia y de ese hogar en que es todo paz, todo tranquilidad y dulzura.

Para que Fernando, persona, como queda dicho,

de sanísimos sentimientos, varíe en ellos, "dejando que el mal se le entre en el cuerpo con el sabor del delito", es menester la influencia tan poderosa como imperceptible del medio social que le rodea y que como levanta en ocasiones lo que es pequeño, abate con más frecuencia lo que es grande.

Esa influencia se ejerce en el sentido de hacer perder á Fernando sus puros ideales y de sustituirselos por ideas demasiado metalizadas, que anteponen la adquisición de un grueso caudal al verdadero amor que debe existir para que el matrimonio dé como frutos generosos y espontáneos una vida entera de no enturbiada felicidad.

Tal transición de un extremo al otro completamente opuesto, que ofusca, siquiera sea por breve tiempo, la mente de Fernando, y que contribuye como causa accesoria á que tan luego como recibe la noticia del matrimonio de Berta con don Gonzalo, se vaya donde Ángela Morales, se efectúa después de vencer muchas resistencias y de contemplar, como el lector, muchas escenas en que jóvenes y ancianos disertan largamente, del mismo modo que pudieran hacerlo acerca de la venta de una cuadra de terreno, sobre las ventajas de un matrimonio con la Fulana ó la Zutana, dotadas de tantos miles de pesos.

No pudiera yo negar, sin ser culpable de falsedad; que algo de lo que con tan sombríos colores ha pintado Alejandro Silva, se ve en nuestro gran

mundo: esa es una de las miserias que indudablemente tiene y que desgarran la rosada túnica de ilusiones de los que comienzan el camino de la vida; pero sin incurrir en una falsedad mayor y más funesta, no se puede aceptar tampoco el predominio en nuestra sociedad de aquellas maleadas ideas que tanto perjuicio produjeron en las de Fernando.

Las tintas oscuras con que Alejandro Silva ha dibujado el cuadro de su novela en orden á la materia á que me vengo refiriendo, son exajeradas y no reproducen, por consiguiente, la realidad de las cosas, que sólo se adquiere con minuciosa observación.

Bien pudiera, para terminar las censuras, reunir en un solo grupo una que otra construcción incorrecta y tal cual repetición de frases, y hablar de la parte tipográfica, que es malísima; doy de mano, sin embargo, á estos detalles, para no fatigar la atención de los lectores, y paso á otro capítulo.

Siempre he creído que Alejandro Silva es uno de los jóvenes que con mas corrección y galanura de estilo se dedican á las tareas literarias; para él las flexibilidades y los tesoros de la lengua castellana no son desconocidos, como no le es asunto de poco más ó menos, la importancia, no bien comprendida entre nosotros, de la forma en toda concepción artística, como es la literaria.

La clase de producciones á que se ha entregado,

artículos de costumbres generalmente, hacen que su frase sea más delicada, más liviana, si vale la palabra, más simple que otra cosa, y que, siguiendo mi gusto particular y mis particulares aficiones, eche de menos siempre en sus escritos el vigor del pensamiento, la rotundidad del periodo y la armonía de la frase que alabo y admiro en otros escritores.

Lejos estoy de decir que esto sea un defecto; pero creo muy sinceramente que Alejandro Silva ganaría en su estilo como ha ganado en profundidad y firmeza de observación, si con más estudio le diera, junto con la armonía y vigor de que he hecho mención, un poco del *hervir vivo* del poeta, que arde en todos los pechos juveniles.

Como tiene la champaña espuma y fermentación que cosquillean en los labios, y la mujer misterio que alimenta las ilusiones y la hace amable, así también debe tener el estilo fuerza y animación para satisfacer á la inteligencia y á la fantasía, y esta animación y aquella bullidora espuma son dos elementos que no siempre abundan en *Penas que matan*.

Pero aparte de lo dicho, la novela está escrita en lenguaje bien correcto y elegante, muy superior en cuanto á casticismo y propiedad, y más que todo en sobriedad, al de la mayor parte de nuestros escritores.

Junio de 1887.



POESÍAS

La poesía lírica nacional está de pésame: no es que haya muerto ninguno de los poetas verdaderamente tales que tenemos y que ya han producido sus mejores frutos, ni ninguno de los poquísimos jóvenes que nos han dado sólo hermosos botones como muestra de lo que son capaces; nó; aunque todos parecen muertos civilmente para el mundo de las letras, están, sin embargo, vivos; el motivo de pésame de nuestra poesía consiste en que entre la generación pasada y la futura se nota un interregno.

No tenemos generación presente; esto es, nadie está dispuesto, con sus obras, á mostrarse poeta.

En balde hago esfuerzos de imaginación para recordar las obras poéticas de los ocho primeros me-

ses de este año: sólo acuden á mi memoria, puesta en martirio inútilmente, los *Abrojos* de Rubén Darío y los *Cantares* de Cesáreo Carrera.

Carrera y Darío son extranjeros; sus poesías no tienen, como no tienen ellos, ni un ápice de carácter nacional.

Esto apena verdaderamente el alma, y hace pensar que el ambiente de nuestra sociedad es refractario á la poesía.

La historia llega ahora entre nosotros á un alto grado: muchos hombres de estudio y de talento le dedican sus esfuerzos; la novela se cultiva con una asiduidad que ojalá no disminuyera nunca: casi todos los que con imaginación y dotes literarias hacen armas en el campo de las letras, han entrado, ó se disponen á entrar, en el novelesco, siguiendo cada uno sus aficiones artísticas ó sus particulares aptitudes; el drama . . . hasta el drama tiene quienes, sin ostentación, sin aparato, le cultiven. La poesía lírica, sin embargo, como si fuera indigna de figurar en este concierto literario, permanece muda. Bien es verdad que no está sola: la crítica la acompaña, y con la crítica algunos otros géneros. Pero esto no quita que sea lástima grande que la amable poesía esté como desterrada de nuestro suelo.

Se puede hacer una pregunta concreta, de las que, según la lógica de los ministros, merecen contestarse: ¿acaso no tenemos poetas? Yo afirmo que

sí, aunque me sea muy triste no probar mi afirmación con pruebas frescas, y tener que recurrir á la palabra de honor. Se podrá objetar que la mayor parte de los poetas están desengañados en esta tierra; pero ¿por qué no cantan, entonces, sus desengaños los que han sufrido, en vez de tratar de cantarlos, perdiendo sus facultades, los que los fingen?

Las necesidades de la vida, muy más apremiantes que el deseo nobilísimo de dar formas sensibles á la inspiración, hacen que muchos poetas sustituyan el dios Apolo por el ídolo papel-moneda y el deseado abstraimiento por la bulliciosa algarada de las oficinas; está bien, no es censurable de ningún modo que todos hagan algo por su propia conservación; pero no es natural tampoco que los que sienten en el corazón la llama cariñosa de la poesía, no dediquen siquiera cortos instantes á rendirle el homenaje que merece.

Y la verdad es que son pocos, muy pocos, los que hacen el grato sacrificio de consagrar á las Musas un recuerdo, y muchos menos los que se imponen la tarea de coleccionar estos recuerdos para darles publicidad.

Entre estos últimos cuenta el señor don Simón Cordovez, que con el título de "Poesías" ha publicado un volumen que llegó á mi mesa el 1.º del mes en curso.

He leído con tranquilidad ese volumen, deseando encontrar algo que modificase la idea pesimista que

tengo de la poesía lírica de este año, y declaro, á fuer de franco, que no me he formado un concepto muy halagüeño de él, y que, sin faltar á la imparcialidad que me he impuesto como norma de conducta crítica, no puedo saludar en el señor Cordovez á un poeta de muchos bríos ni de grandes cualidades poéticas.

Se nota en la poesía del señor Cordovez, en sus composiciones diversas, sonetos y fábulas, un mismo y gravísimo defecto: bastante trabajo mecánico de versificación, pero inspiración escasa: sus poesías, presentadas con traje limpio, generalmente correcto aunque poco elegante, no tienen horizontes, no tienen la fuerza de la chispa poética que engendra producciones que, ora levantan el espíritu y predisponen el corazón á las grandes luchas y el ánimo á las grandes acciones, ora envuelven el alma en un manto arrobador de melancolía, de amor, de compasión, etc., y que en todo caso hacen pensar y sentir.

El público se impresiona mal desde el primer soneto que el autor le dirige, á guisa de introducción ó prólogo, y tiene pocas, poquísimas ocasiones, en el curso del volumen, para cambiar de parecer, porque en general el artificio ahoga el estro poético y quita á las poesías su carácter de tal para dejarlas en simples versos.

No es esto decir que no haya tal cual estrofa digna de aplauso, pues lo son aquellas en que el autor

da rienda suelta á sus sentimientos y siente con bastante fuerza para que no le detenga el metro, como cuando en un soneto titulado "Mi padre" dice:

Hijos de mi amor y mi desvelo
Errados vais si me juzgais perdido,
Entre marmóreas losas oprimido
Sintiendo de la muerte el duro hielo.

Espíritu inmortal, lejos del suelo,
De las humanas formas desprendido,
La misma fe para vosotros pido
Que alas me dió para volar al cielo.

Pero los momentos de inspiración son escasos y luego quedan olvidados y perdidos en el mar de versos sin arrebato, sin poesía.

Paso por alto los sonetos, de los cuales he citado el mejor y lo mejor que hay en el libro, porque los demás podrían, á mi juicio, suprimirse sin que se quitara un grano al monumento literario del autor, y lo que es más importante para la poesía lírica, sin privarla de una flor preciada; y llego á las fábulas, parte tercera del volumen del señor Cordovez.

No aventaja mucho este género á los otros que el señor Cordovez ha cultivado: sus fábulas no tienen colorido, el interés dramático es pobre, y la novedad de la moral escasa, puesto que sana.

Algunas de las composiciones encerradas dentro de la denominación de fábulas son más bien epigramas, y entre éstos citaré "el insecto":

¿Con que por más que grite, chille y cante,
Un insecto exclamaba,
Nadie mi voz atiende ni me alaba?
Bueno está, en adelante
Al primero que vea
Le clavo el aguijón. Famosa idea
Adoptada por varios
Insectos literarios.

Nadie desconocerá que hay en estos ocho versos una sátira muy de actualidad, aunque no de muy acabada hermosura.

Yo hubiera querido decir bien del señor Cordovez, y no pudiendo hacer esto, hubiera querido no decir nada, que es lo más fácil y lo que menos incomodidades acarrea; pero me ha parecido que cuando en todo el año no sale á luz más que un tomo de poesías, es necesario analizarlas para ensalzar á su autor si son buenas y para, si son malas, despertar á los poetas, á los verdaderos poetas, á fin de que vean cómo en el campo que debiera estar “de bella flor cubierto” con sus producciones se desarrolla la maleza literaria, y amenaza ahogar la buena cimiento y arrancar de cuajo la dorada espiga.

Consideren el estado actual de nuestra poesía los que sienten el fuego de la inspiración, y para producirse no esperen el incentivo de los certámenes, que aunque sea muy honroso tomar parte en ellos, y muchísimo más alcanzar el laurel de la victoria, nada hay tan digno de aplauso como contribuir con

obras de verdadero mérito á la vida y esplendor del arte literario.

Septiembre de 1887.



ACENTUACIONES VICIOSAS

POR DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

EL infatigable y erudito escritor y miembro correspondiente de la Real Academia Española, don Miguel Luis Amunátegui, acaba de dar á luz, por la Imprenta Nacional, un libro titulado como estas líneas, en que largamente y con abundancia de ejemplos sacados de buenos autores dilucida cuál es la acentuación correcta de muchas palabras en que, por falta de una norma fija, el uso es vario, ó en que, por incuria ó ignorancia, se incurre á menudo en errores.

Á la verdad que hay en Chile pocas personas, si alguna, mejor preparadas que el señor Amunátegui para una obra como la que él ha publicado. Hombre de letras consagrado desde temprano, con asiduidad digna de elogio y de imitación, á los estu-

dios literarios, el señor Amunátegui les ha rendido durante su vida un verdadero culto y esto mediante, los que pocos cuentan, ha conseguido aunar á un sólido criterio la más pasmosa erudición.

Fruto de estas dos condiciones que debieran de acompañar siempre á los que aspiran al dictado de literatos, y fruto también de su incansable laboriosidad, es el último libro del señor Amunátegui; porque se engañaría seguramente quien pensara, al hojearlo y sin detenerse en su lectura, que dicho libro sólo encierra, en cierto orden, una inacabable y fatigosa serie de citas destinadas á probar, ya el uso constante de los buenos escritores, ya la división que en ellos se advierte en la manera de acentuar las palabras.

Otro fin más elevado mueve al señor Amunátegui, y de otros medios, además de las citas, se vale para su obra.

Superfluo é inoficioso sería demostrar ahora la importancia de la gramática en el cultivo de la literatura y el papel que en la gramática representa la ortografía; este papel y aquella importancia no son generalmente bien comprendidos entre nosotros, ó por lo menos se les descuida de tal suerte que, en materia ortográfica, reina la más espantosa anarquía, y no sólo aquí, sino en todas las partes en que se habla la lengua de Castilla, son infinitos y crasos los vicios de acentuación que afean el idioma.

Esos vicios nacen de varias causas, y el señor Amunátegui enumera, entre otras, la diversidad de sistemas ortográficos; la pésima corrección tipográfica de las obras españolas de la edad de oro y aun de algunas de nuestros días; la licencia que se concede á los poetas de alterar la acentuación cuando lo han menester y de que ellos, en ocasiones, abusan más que usan con parsimonia; y, en fin, la principal de todas, la ignorancia, que es la madre de todos los errores. Estas causas son tan evidentes como la luz del día, y ya que no es dable que desaparezcan por completo, el señor Amunátegui procura, con noble esfuerzo, hacerlas menos sensibles á fin de que cesen ó disminuyan sus efectos.

Tratándose de ortografía, no cabe duda en que, para proceder con lógica, debemos adoptar como regla las decisiones de la Real Academia Española, que es la corporación que por su celo y sus conocimientos está más en aptitudes de legislar oyendo las opiniones de todas las personas suficientemente versadas en la materia y que, por este motivo, pueden, juntas, llamarse la gente educada, al uso de la cual defiere don Andrés Bello la corrección en el arte de hablar y escribir.

Por haber perdido de vista la necesidad de seguir los preceptos del sabio cuerpo que, según los fines de su instituto, "limpia, fija y da esplendor" al idioma castellano; y por haber aceptado en otro tiempo innovaciones aventuradas, olvidando como

cosa baladí aquella necesidad, nos vemos hoy envueltos en la más extraña confusión: la Real Academia por una parte, por la otra Sarmiento con su sistema que todavía rige en algunas escuelas, y don Andrés Bello, como término de avenimiento, se disputan entre nosotros el dominio de la enseñanza ortográfica.

Esta anarquía no puede, sin grave detrimento de las letras nacionales, durar mucho tiempo, y, tan justo como grato es manifestarlo, se nota en nuestros días una gran tendencia á la uniformidad en el sistema de la Real Academia Española, á que todos acuden reaccionando aisladamente. El señor Amunátegui ha venido á ser, con su último libro, el jefe de esta reacción en el sentido de seguir los preceptos de la corporación española, pero, según frase pintoresca que ya se ha publicado, su ortodoxia no llega hasta el extremo de someter su razón sin debate ni protesta.

En efecto, después de exponer, ó más propiamente, de copiar las reglas que el sabio cuerpo ha estatuido en materia ortográfica, el señor Amunátegui las analiza para ver su fundamento; afirma una con su aprobación; censura otras por no estar apoyadas en ninguna razón sólida, tales como la acentuación de la preposición *á*, y de las conjunciones *é*, *ó*, *ú*; nota los vacíos de dichas reglas, que nada establecen sobre cuál vocal debe acentuarse en el caso de la concurrencia de una llena y una

débil, ó de dos débiles, en la penúltima sílaba de las palabras llanas en que, según lo prescrito, no se pinta el acento; y en general encuentra un poco deficiente el sistema. Las atinadas y minuciosas observaciones del señor Amunátegui contribuirán poderosísimamente, no lo dudo, á que todos paren mientes en la necesidad imperiosa de un sistema lógico, claro y completo que sirva de regla donde quiera que se hable la lengua castellana, y pondrán á los miembros de la Real Academia Española en camino de dictar las leyes que pueden y que deben uniformarnos en la acentuación de las palabras.

Como complemento de sus observaciones, el señor Amunátegui, puesto que se declara partidario, en general, de las reglas de la Real Academia Española, no las sigue en su obra sino en la parte en que las cree aceptables y no en aquellas que censura, como, según he dicho, la acentuación de la preposición *á*, etc.

También enumera el señor Amunátegui como causas de los vicios de acentuación que se notan, tanto en la Península como en Chile y demás países hispano americanos, la mala impresión tipográfica de las obras y las licencias poéticas que, unidas, inducen fácilmente en errores por la repetición de acentuaciones viciosas.

Muy poco tengo que advertir sobre este punto, porque, aún siendo verdad lo que el señor Amuná-

tegui dice, la primera de dichas causas va desapareciendo á causa de los progresos del arte tipográfico y del empeño que se advierte en todos porque sus obras salgan á luz lo más esmeradamente posible; y, cuanto á la segunda, pienso exactamente lo mismo que el autor del libro en que me ocupo, que las licencias poéticas sólo deben emplearse cuando sean de imprescindible necesidad ó cuando den extrema armonía ó soltura al verso, porque el abusar de ellas, ó el emplearlas con demasiada frecuencia, acusa, en ocasiones, falta de facultades en el poeta.

Llego á la última de las causas enumeradas por el señor Amunátegui: la ignorancia. Sobre ésta no pienso decir nada; el libro entero está destinado á combatirla, y cuanto yo escribiera sería gota de agua arrojada en el océano. No tengo noticia de otra obra en que se muestre la verdadera y correcta acentuación de centenares de palabras, más extensa, más completa ni más nutrida de ejemplos ni de más abundante crítica que la del señor Amunátegui. Creo que con esto se hace su mejor elogio y que esto también sería por sí sólo motivo suficiente para aplaudirla y para considerarla como un trabajo que honra á nuestra literatura.

La parte que trata de las acentuaciones particulares, voy al decir de la acentuación de cada palabra, es abundantísima y merece especial estudio y atenta consideración; porque no se refiere solamente á los gazapatones en que con frecuencia incurre

la gente zafia y de escasa ó ninguna cultura intelectual, sino también á las palabras mal acentuadas por personas que presumen de ilustradas y que por tal motivo son para la generalidad autoridades en materia de lenguaje. ¿Quiénes, entre nosotros, no dicen y escriben *centígramo*, *decálitro* y *descuido* por *centigramo*, *decalitro* y *descuido*, como se debe decir? ¿Y cuántos no pronuncian *necrologia*, *robalo* y *reseda* por *necrologia*, *róbalo* y *reseda*, que son las expresiones correctas?

¿Y qué mucho que nosotros aceptemos semejantes dislates, si escritores de nota peninsulares y poetas de nombradía no se cuidan de ellos y les dan entrada y aceptación en sus obras? ¿Qué mucho que tengamos duda sobre la correcta acentuación de una palabra, si el Léxico castellano vacila á veces y modifica en una edición lo que había establecido en la anterior?

El libro de que trato tiene este mérito indisputable: que no se refiere, para corregirlas, únicamente á las acentuaciones viciosas de Chile, si que también á las de España y demás países que hablan el idioma castellano. Buenas pruebas de esto son las citas, tomadas, en su mayor parte, de autores españoles.

Acepta el señor Amunátegui como norma, de igual manera que lo hace respecto de las reglas ortográficas, las decisiones de la Real Academia Española, manifestadas en la duodécima edición

de su Diccionario; pero al mismo tiempo, guiado de sus propios conocimientos, estudia voces que el Diccionario no consigna, y trata siempre de uniformar la acentuación, especialmente en aquellas palabras en que, por deficiencia del sistema ortográfico, puede haber duda, para lo cual se apoya en la índole de la lengua, en la autoridad de los escritores y en la manera como el Diccionario mismo, no embargante la omisión de regla fija y determinada, las acentúa.

Entre éstas se cuenta la palabra *aina*, y para probar la acentuación en la *í*, el señor Amunátegui cita una estrofa de Ercilla y un refrán mencionado por el Diccionario; podría agregar yo que el mismo Diccionario en los artículos respectivos acentúa *aina*, *ainas*; pero podría agregar también ejemplos de buenos autores que, si no dicen *aina* expresamente, dejan lugar á dudas.

Así, en las obras de Cervantes, edición Rivadeneira, encuentro las tres frases que van en seguida:

Ya há muchos días que no sé en qué términos le trae su suerte; pero según he oído decir de la recatada condición de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que *más aina* debe de estar quejoso que satisfecho.—(*La Galatea*, pág. 20).

Por poeta le quiero, y no por dadivoso, y desta manera tendremos amistad que dure; pues *más aina* puede faltar un escudo por fuerte que sea, que la hechura de un romance.—(*La Gitanilla*, pág. 105).

Con todo eso—respondió don Quijote—tomara yo ahora *más aina* un cuartel de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas hierbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna.—(*Don Quijote*, etc., cap. XVIII, pág. 263).

Y autores modernos, entre otros don José María de Pereda, escritor correctísimo y miembro correspondiente de la Real Academia Española, ofrece los siguientes ejemplos en sus obras completas, corregidas con todo esmero:

Lucas no es hombre de caber en Coteruco *tan aina* como los ensalzaos trunfemos. . . . Todo lo que él dice en contra y sobre mejorar el pueblo y el valle, es pantomima y embuste, que yo no trago. . . . ni tú tampoco.—(*Don Gonzalo González de la Gonzalera*, cap. XV, pág. 241).

—No te diré que nó, Gorio, porque en el mundo *tan aina* bajan las cosas como suben; y por la presente, no estaría de más un escarmiento. . . etc.—(La misma obra, cap. XXVI, pág. 381.)

—Bien dices, Gorio; y, á la verdã, que en el pueblo los hay más agobiaos que nusotros.

—Los hay, Carpio, sin un carro de tierra en la mies, ni un grano en el desván, ni una res en la corte, cuando antes fueron opíparos de labranzas y cojechas. . . . Dígalo Toñazos.

—¡Y tantos como él, Gorio! Pero ¿cómo se han deshecho *tan aina* esos bienestares?—(La misma obra, cap. XXVI, pág. 383.)

—Espanto daba, hijo: osos he visto yo en el monte, de mirar más blando. *Tan aina* como supo quièn era el que mandaba allí, fuése á él y puso en sus manos un oficio. . . .—(La misma obra, cap. XXVII, pág. 392.)

—Más tarde ó *más aina*, la mano de Dios cobra

las deudas.—(La misma obra, cap. XXXI, pág. 450.)

—Verdad es, tío muy amado, que el venir sin su licencia de usted, dábame acá adentro muchos resquemores; pero de su buen corazón esperaba que *tan aina* como yo estipulara los motivos...

—Los motivos esos los barrunto y no los trago, por falsos.—(*De tal palo tal astilla*, cap. VI, pág. 106.)

La duda sobre cuál letra debe acentuarse es bien legítima en los ejemplos anteriores; y como la citada, infinidad de palabras enumera y acentúa el señor Amunátegui.

En este sentido, la obra que motiva las presentes líneas presta un servicio importantísimo: dar á conocer la necesidad indiscutible de que la Real Academia modifique ó complete su sistema ortográfico; y por el sinnúmero de casos que resuelve contribuirá, seguramente, á la realización de semejante trabajo.

Dos objeciones podrán hacer, la generalidad de los lectores, al libro del señor Amunátegui: la primera, que es árido. En verdad, como libro didáctico, no tiene el atractivo de una novela ni el de un drama; pero, para los hombres de estudio, tiene el de la enseñanza; no ha sido escrito, como el *Diccionario de Galicismos* de Baralt ó el de *Chilenismos* de Rodríguez, procurando por diversas é ingeniosas maneras hacer agradable la lectura de la parte expositiva; pero esto se compensa con las sorpresas literarias y con tal cual disquisición curiosa que se encuentra en el cuerpo de la obra.

La segunda objeción es que dicho libro está demasiado recargado de citas. También es verdad; pero no lo es menos que tal recargo no implica defecto, como quiera que las *Acentuaciones viciosas* no tienen por objeto servir para la enseñanza en las escuelas, sino de libro de consulta, y en obras de este linaje puede decirse propiamente que lo que abunda no daña, sobre todo cuando abunda lo bueno.

Octubre de 1887.



UN DESAPARECIDO

NOVELA POR DON VALENTÍN MURILLO

EL señor don Valentín Murillo ha publicado dos novelas en lo que va corrido del año en curso: *El sombrero de paja*, que vió la luz primera en los folletines de LA UNIÓN antes de salir en un tomo, y *Un desaparecido*, que ha estado apareciendo en los números de LA REVISTA DE ARTES Y LETRAS, comprendidos entre el 15 de mayo y el 1.º de agosto inclusives. Esta fecundidad de los autores es consoladora, porque muestra que hay amor al arte, pasión por la literatura, pasión y amor que no germinarian si el público no les diese el riego benéfico de sus aplausos, y porque, aun cuando las producciones no sean intachables si se las considera justicieramente, estimulan la publicación de obras más perfectas y meritorias.

No conozco aún la primera de las novelas indicadas, y al juzgar la segunda no puedo, de consiguiente, proceder por comparación, á fin de penetrar en las facultades del autor y de inquirir sus adelantos literarios; habré de considerarla, pues, aisladamente para aquilatar sus méritos á la luz de los principios de la estética y del buen gusto.

Todavía es tiempo de hablar de ella; estos dos últimos meses no han producido otras novelas que *Los diamantes de una novia*, en folletín, por don Pedro Arancibia Prado, y *Las hadas del Andalién*, por don Enrique del Solar, que por la periodicidad de la REVISTA en que se publica, está aún inconclusa; á ambas les llegará su turno de crítica algún día, pero les llegará.

En *Un desaparecido* hay condiciones artísticas y hay también frutos del talento natural del autor, de que arrancan respectivamente su origen las escenas dramáticas de primer orden y los extraños errores que detienen el pensamiento del lector cuando con más rapidez y más apego sigue la acción novelesca, para hacerle meditar sobre el por qué de algunas escenas y sobre la realidad un poco inverosímil de otras.

El señor Murillo no quiebra ahora, ni en este año, su primera lanza en el torneo literario, y como gladiador avezado, conoce los recursos que se ofrecen á un novelista y no ignora cuáles son los resortes que puede y debe mover para agra-

dar al público y satisfacer el gusto de nuestros días; sino que llevado de su imaginación y quizás si de hechos verdaderos que constituyen el esqueleto descarnado ó la base de su novela, no siempre se detiene dentro del cuadro asignado á la acción novelesca, como no siempre cuida cuanto es debido de la corrección de la frase y de la elegancia del estilo.

Aunque en *Un desaparecido* la conclusión no es un hecho que se desprenda de los antecedentes, que poca influencia tienen en ella, nace, sí, del carácter del principal personaje de la acción, principal por cuanto es el alma de la intriga, siquiera no sea el desaparecido, que es la víctima; y me parece que dentro de la latitud que tiene la novela para reflejar la sociedad, ó un incidente social, tan aceptable es la lógica que procede de la consecuencia entre el desarrollo y el desenlace, como la que emana de los sentimientos, generosos ó abyectos, de un individuo que después de manifestar en el desarrollo cuál es la inclinación progresiva hacia el mal ó hacia el bien, da en el desenlace la nota final, ó, si se quiere, ejecuta el acto que puede considerarse extremo en el camino que á la vista del lector ha recorrido.

Y ya lo he dicho: *Un desaparecido* pertenece á las novelas que tienen esta segunda lógica, y pertenece de lleno porque la serie de situaciones, apasionadas y tiernas como un idilio algunas, trágicas

otras como la desesperación de una madre que oye tildar de ladrón al hijo de sus entrañas por cuya inocencia daría la vida, é increíbles no pocas, como son aquellas que chocan con nuestro modo de ser ó con nuestra educación social, no preparan por sí mismas el desenlace de la novela, sino que contribuyen á manifestar, principalmente, el carácter, las tendencias y los sentimientos del hombre que arroja al pozo al desaparecido.

Según esto, ¿cuál es el verdadero protagonista, el héroe de la novela? Por una parte tenemos á Edgardo, que es el desaparecido, y por otra á don Marcelo, político intrigante é individuo de sentimientos depravados, que para ocultar sus intrigas y aparecer ante la sociedad como hombre de bien, no retrocede ni ante el crimen, y que, por razones que luego verán los lectores, arroja á Edgardo al pozo de su casa. Si hubiera de juzgarse por las simpatías que despiertan los personajes, ó por los infortunios que sufren, el principal sería Edgardo; pero si nos atenemos al papel que desempeñan, el héroe, un héroe de triste celebridad y de antipático recuerdo, es don Marcelo.

Edgardo, hijo de una madre bondadosa, Carmen, que tiene la desgracia de ser pobre, siente una noche grande estrépido en la calle, estrépido producido por un tronco de caballos desbocados que han conducido el coche hasta la ventana de su casa, inhabilitando así una de las portezuelas mientras

que, junto á la otra, dan repetidas coces; un caballero, don Marcelo, que va en el coche, consigue saltar á tierra, pero olvida á su hija, Lucía, que Edgardo, exponiendo su propia vida, saca desmayada pasando por sobre el lomo de los caballos; el noble salvador recibe en el pecho una terrible patada que casi le deja sin sentido y que le hace arrojar por la boca algunas gotas de sangre. En premio de esta hazaña, y como muestra de gratitud, Lucía le obsequia un medallón con una cadenita de oro, después que Edgardo rehusa noblemente el grosero ofrecimiento de unas cuantas monedas hecho por don Marcelo.

De resultas de la patada, Edgardo cae enfermo, y á su madre se ofrecen para atenderle durante la enfermedad dos leales y probados amigos: Marcos, viejo teniente retirado de ejército, y su hija Julia, una inocente y candorosa niña, que ha crecido y vivido mucho tiempo junta como hermana con Edgardo y que está enamorada de él.

Durante las primeras horas de la noche, Julia queda velando á la cabecera del enfermo, atacado de fiebre, mientras Carmen cobra fuerzas con el sueño para cuidarle así que la niña se retire. Y cuando en la modesta alcoba se encuentran sólo, vigilados por la inocencia y la nobleza de sentimientos de Julia, Edgardo comienza á delirar, y en su delirio pronuncia palabras entrecortadas de amor y de pasión, que Julia cree dirigidas á ella,

hasta que el nombre de Lucía, salido de los labios de Edgardo, la convence de su error y rompe cruelmente el manto de felicidad que envolvía su corazón.

Mientras pasa esta escena, deliciosamente descrita, en casa de Edgardo, afuera tiene lugar otra de muy distinta naturaleza: el padre de Julia, Marcos, agente electoral de don Marcelo, conversa con él sobre los medios de asegurar su triunfo en la próxima renovación del Congreso; en la conversación, Marcos manifiesta á don Marcelo el resentimiento de Edgardo por el ofrecimiento misero de unos billetes que le hizo en pago de haber salvado á su hija; don Marcelo, con una hipocresía que concita el odio del lector, se disculpa de mil maneras, y asegura á Marcos que se interesa vivamente por el joven, á quien habia tratado de desagraviar haciendo que Lucía le obsequiase su medallón con cadena.

Ya desde este punto el lector comienza á ver de un modo palpable que don Marcelo es un intrigante de instintos depravados, que dice lo que no siente y que lleva á todas partes la falsía: empieza á ver el lobo vestido con la piel del cordero.

Mientras tanto, Edgardo, restablecido de su enfermedad, sólo acaricia un pensamiento: procurarse colocación con que vivir y con que ayudar á su bondadosa madre á soportar la carga de la vida. Después de mucho esperar y de mucho sufrir, di-

visa la expectativa de un empleo en los ferrocarriles, y para alcanzarlo solicita de don Marcelo la indispensable carta de recomendación.—Necesario es decir que, aun cuando don Marcelo pensaba mal de Edgardo y en términos sumamente injustos había hablado de él á Lucía, aparentaba ante Marcos tenerle en grande aprecio, y Marcos había convenido de esto á Edgardo, todo lo cual explica por qué el joven, confiado en la gratitud que se le debía por la salvación de Lucía, se dirigió donde el intrigante en solicitud de apoyo.

Don Marcelo, después de algunas excusas y de algunas preguntas de aparente amabilidad, ofrece á Edgardo, en vez de la carta de recomendación, el empleo y el sueldo de escribiente suyo, que el joven, lleno de reconocimiento y de entusiasmo, se apresura á aceptar, contra los sentimientos de Carmen, para quien un hombre como don Marcelo, que no tiene cariño por su familia, que olvida á su hija en una situación como la del coche de marras, es persona de quien nada bueno puede esperarse.

¿Por qué tomó don Marcelo á Edgardo á su servicio? ¿Fué porque realmente necesitaba de alguien que le ayudase en los trabajos de escritorio, ó porque, dado su carácter, preparaba alguna intriga? No se sabe, ni es fácil adivinarlo, pero parece que la fatalidad determinó aquel acto de tan funestas consecuencias para Edgardo.

Don Marcelo y Marcos siguen, en tanto, afano-

samente empeñados en los preparativos de la próxima lucha electoral, y con el mentido objeto de facilitar las comunicaciones entre ambos, especialmente algunas que deben ser secretas, el político pide al viejo teniente retirado una llave de su casa, que Marcos, envanecido por las palabras y las promesas de don Marcelo, le proporciona sin inconveniente.

Edgardo, realizado su anhelo de tener un trabajo lucrativo, se dedica á él con tesón, y siente, á medida que el tiempo avanza, que aumenta en su alma el amor á Julia, la simpática niña, hasta que Carmen arregla su casamiento con ella.

Una noche que en casa de don Marcelo se celebran los días de su hija Lucía, y que Edgardo se ha quedado trabajando, va á buscarle Adela, amiguita muy íntima de Lucía, para que participe del común regocijo y tome parte en la fiesta infantil; Edgardo se resiste; Adela se empeña con las más donosas y más exageradas maneras, y al fin triunfa; Edgardo permanece en el salón de baile hasta muy tarde de la noche; cuando se retira á su modesta vivienda, y al pasar por frente á la de Julia, siente gritos y llama. ¿Qué ha sucedido? Que don Marcelo, prevaliéndose de que Julia está sola, porque Marcos ha ido en comisión electoral á San Bernardo, entra en la casa de su agente y trata de violar á Julia, que, á los avances del viejo intrigante, da gritos de desesperación, los

mismos que en la calle oye Edgardo y que le mueven á golpear á la puerta de su prometida, librándola así de las garras del lobo antes de que su honra alcance á sufrir en lo más mínimo.

Don Marcelo se encierra en la pieza de su agente, haciéndose del ignorante de los sucesos y obligando á Julia, con pérfida hipocresía, á inventar una relación falsa para que su honor no sea puesto en duda; la infamia del político llega á punto tan excesivo, que tiene la avilantez de delatar delante de Marcos las manchas que sus propias manos han impreso en las carnes de Julia y de convencerle de que esas son señales inequívocas de una historia vergonzosa entre Julia y Edgardo.

Marcos prohíbe á Julia que vuelva á pensar siquiera en Edgardo; pero la noble niña, víctima inocente y purísima de una infamia que no tiene nombre, pide á su prometido, en una entrevista secreta á que su amor la arrastra y en que su amor la defiende de toda culpa, que abandone sin tardanza el servicio de don Marcelo. Accede Edgardo y con tal objeto se dirige á casa del político donde éste da la que he llamado nota final en su progresivo camino de iniquidades, y donde al joven se le espera miserable muerte.

Urgido don Marcelo para el pago de una deuda vencida por cincuenta mil pesos, arbitra las trazas necesarias para quedar un día solo, pero absolutamente solo, en su casa. Entonces, como Edgardo le

notifica que se retira de su servicio, quiere engañarle con una nueva y última prueba de deferencia hacia él y le envía al banco con un cheque por la cantidad adeudada. Mientras Edgardo hace la cobranza, don Marcelo bota toda el agua de la casa (en la que no hay cañería sino sólo un pozo) y finge dolorosa herida, de suerte que cuando Edgardo vuelve con los cincuenta mil pesos, le obliga, con suaves maneras, para mitigar su dolor, á ir á sacar agua del pozo, al que de una manera brutal y sangrienta le arroja en el momento en que el jóven presta el último servicio. Asi, ocultando para siempre al desaparecido, y lanzando al público la calumnia de que Edgardo se ha fugado con su dinero, se ve libre de la persecución de los acreedores y respira tranquilamente en la confianza de que no hay rastro por donde pueda descubrirse el crimen que con frialdad y zañas brutales ha cometido.

Aquí pudiera haber terminado la novela, aunque fuera dejando en los lectores la triste impresión de un crimen que queda eternamente oculto en las tinieblas de la ignorancia y del silencio; pero el autor ha querido seguir más adelante en la narración novelesca, darnos algunas escenas más reveladoras, y, á la verdad, en el final, que más bien es segunda parte, nos ha dado lo más débil de su obra, tan débil que no merece sino acérrima censura.

La desgraciada madre de la víctima siente su corazón herido de muerte por el rayo de la calumnia

que se ha cebado encarnizadamente en Edgardo, y, por ese sentimiento materno que pocas veces se engaña, jura que su hijo es inocente, y, por el propio instinto que conoció antaño que era un malvado don Marcelo, asegura ahora que éste es el asesino de Edgardo—porque su hijo no puede sino haber sido asesinado. Carmen muere al poco tiempo, transida el alma de dolor por estos sucesos, y hasta el último momento asegura convencidamente la complicidad de don Marcelo.

Pero Lucia, por una de aquellas casualidades imprevistas que trastornan el orden de los acontecimientos, descubre en la hendidura entre dos ladrillos del pozo de su casa, la cadena que diera antaño á Edgardo en prenda de gratitud, con lo que descifra todo el misterio que oculta la infamia de don Marcelo; y puesta en la dura alternativa de aceptar implícitamente el crimen ó de delatar ante la justicia al autor de sus días, opta por profesar en un monasterio para orar perpetuamente por el criminal y por su víctima.

En la noche del mismo día en que se verifica la ceremonia de la profesión religiosa de Lucia, al salir don Marcelo del club se le acerca una tapada, Julia, que le pregunta por Edgardo y comienza á gritar: ¡al asesino! ¡al asesino!—El comandante de policía, que presencia esta escena, hace prolijas investigaciones y por ellas se convence de que realmente se ha cometido, tiempo atrás, un crimen

que permanece oculto; va á la antigua casa de don Marcelo,—que es ahora diputado, y no así como se quiera, sino influyente diputado de oposición,—ordena sondar en el pozo y, después de algunos esfuerzos inútiles, aparece al fin un cráneo humano en estado de descomposición, que evidencia el hecho.

El comandante tiene una entrevista con el Presidente de la República, que medita entonces la manera de que el Congreso apruebe su proyecto para adquirir dos buques blindados, y le da cuenta de lo sucedido, de lo que el Presidente,—que lo es á la fecha de este relato don Federico Errázuriz,—se aprovecha para obligar á don Marcelo á secundar sus planes, so pena de hacer público el delito.

Gracias al voto de don Marcelo en la Cámara, Chile adquiere el *Cochrane* y el *Blanco Encalada*, y vence en la guerra del Pacífico; y para que la fiesta termine en paz, se promete un grado más en el escalafón militar al comandante de policía á fin de taparle la boca,—como vulgarmente se dice,—y para que aprenda á no pesquisar en lo futuro los grandes crímenes y á dejar en silencio eterno los más atroces delitos, como si no hubieran sido cometidos, cuando así conviene á la política del Gobierno ó al soberano capricho del Presidente.

He aquí el argumento de la obra, más latamente expuesto de lo que hubiera deseado, pero menos de lo necesario para darla á conocer en to-

dos los detalles que manifiestan la verosimilitud de algunas escenas á primera vista inconcebibles y sólo exajeradas cuando se las considera con tranquilidad. Después de esta exposición, cabe preguntar nuevamente cuál es el héroe de la novela, si Edgardo ó don Marcelo, y cabe también, como al principio, decir que la lógica de la unidad novelesca no está en la consecuencia entre el desarrollo y el desenlace, sino en el carácter y en los sentimientos del personaje principal.

Pero antes de pasar adelante es necesario censurar como lo merece la parte segunda, por llamarla así, de la novela, que empieza después del desaparecimiento misterioso del infortunado Edgardo, y censurarla tanto en nombre de la estética como de la moral.

Hay que convenir en un hecho, á saber: que suprimida toda la parte final á que, con la introducción de personajes desconocidos y la narración de hechos que son del dominio público, se ha querido dar un carácter histórico y de indiscutible verosimilitud,—siquiera esta verosimilitud no exista en el conjunto,—la novela no sólo no habría perdido nada, sino que, por el contrario, habría ganado mucho, artísticamente hablando. Ese final ó segunda parte, si se quiere, de *Un desaparecido*, se refiere más bien á las trazas que se da el Presidente de la República para que triunfen sus planes, y á la conducta del comandante de policía que,

por alcanzar un grado más, sacrifica ligeramente su conciencia, que á Edgardo, muerto mucho tiempo antes, ó á don Marcelo, que sólo representa un papel pasivo y de interés completamente nulo.

Esto por lo que hace á la parte artística; cuanto á la moral, la cosa cambia.

O el hecho que sirve de base á la parte segunda de *Un desaparecido* es exacto, y es necesario confesar que el señor Murillo ha sido poco afortunado para valerse de él como de esqueleto de su novela, puesto que, olvidándolo en la parte principal, sólo le trae á cuento al fin, cuando ya no puede servir sino secundariamente, y entonces más valiera no haberlo hecho figurar en la obra; ó por el contrario es inexacto, y en tal caso no debió mencionarse, porque á nadie es lícito mezclar personas designadas por sus nombres y apellidos, en hechos falsos que las manchan y las cubren de vergüenza, á pretexto de que así conviene al interés novelesco.

Yo no digo que el arte deba ser moralizador, en el sentido de que debe buscar en la enseñanza el objetivo de su existencia, nó; partidario como soy de la teoría del arte por el arte, creo que su finalidad está en la belleza misma, y que no necesita recurrir á otros medios que pueden prestarle el apoyo de lo verdadero y de lo bueno. Pero no me parece que sea lícito al artista romper las barreras de la moral, por cuanto destruye entonces la belleza que

en el bien existe, y menos, sin causa justa, arrojar sombras sobre nombres que tienen una memoria y un recuerdo.

Y si esa parte no resiste á las objeciones de la moral ni á las del arte, no debiera haberse escrito, y es inútil, por consiguiente, analizar más detenidamente sus detalles y hacer consideraciones sobre algunas escenas que no son muy verosímiles que digamos, y sobre la tristísima impresión que otras, á ser exactas, dejan acerca de la justicia y de la honradez de nuestra tierra.

Vuelvo á la parte primera, que es la verdadera novela del desaparecido ó de don Marcelo.

Las escenas que en ella abundan, formando en conjunto la trama ó intriga novelesca que los lectores conocen ya por el argumento, están presentadas con animación y viveza: las hay excelentes y que deleitan agradablemente, como aquella en que Julia sufre la incertidumbre mortal de si será amada por Edgardo, y en que tan pronto, inundada el alma de inefable dicha, cree serlo al oír sus delirios amorosos, y hasta, sin violentar mucho sus deseos y para no dar al joven una contrariedad que pudiera agravar su mal, se deja besar las manos por él, como poco después, cambiando la dicha en amarga decepción, conoce su error al pronunciar Edgardo el nombre de Lucía; ésta, como otras escenas que se refieren á Julia, son verdaderos primores de la novela; en algunas el colorido es abundante,

la realidad está bien observada y el interés no decae; pero hay no pocas demasiado exajeradas y que tienen escasa congruencia con las anteriores; como ejemplo de esto último citaré la narración que Adela hace á Lucía de una representación dramática en que el actor Bernardo, de quien por lo ridículo y lo extravagante está enamorada, se dirige á ella en los pasajes más significativos de la pieza; esa disertación está encaminada á dar á conocer el carácter más que alocado y la educación superficial de Adela, que es un personaje secundario y que secundario papel desempeña en la novela.

Los caracteres no merecen mayor alabanza que las escenas: se ha prestado poca importancia á su estudio y más que todo se conoce á las personas por los actos que ejecutan.

Edgardo es un joven de buenos sentimientos y de corazón generoso, pero su carácter no tiene acentuación propia ni se distingue tampoco por su propia debilidad. Don Marcelo sí que está sostenido como intrigante desde el principio hasta el fin, aunque á veces solo se le ve obrar y no sentir; Julia no tiene muchas ocasiones de mostrarse como personaje de importancia, pero en las que tiene se muestra bien, tierna, apasionada, sensible; Lucía manifiesta la fuerza de su voluntad solo cuando resuelve profesar; Carmen hace su papel de madre bastante bien; Adela. . . . Adela sí que es un carácter definido, y es lástima que se haya preferido definir un

carácter secundario y que por el camino de las extravagancias sale fuera del terreno de la realidad.

El estilo es ligero y pintoresco; no diré yo que sea un modelo de elegancia, de atildamiento y de vigor, pero sí que tiene toda la soltura y la corrección de quien, sin dar la importancia que se merece al cuidado exquisito de la frase como manifestación sensible de las ideas, le ha cultivado por largo tiempo y con buen gusto. Hubiérale aplaudido más si fuera más vigoroso, enérgico y castizo, esto es, si tuviera en alto grado las cualidades que constituyen la belleza literaria de las formas, pero no escatimaré alabanzas, que son muy merecidas, por la viveza y la soltura que hacen agradable y hasta interesante la lectura.

De estas condiciones participa muy especialmente el diálogo, que corre por toda la novela con bastante fluidez, natural, animado y sin los entorpecimientos que casi siempre encuentra esta forma cuando se la prodiga.

El señor Murillo ha revelado en *Un desaparecido* que tiene imaginación sobrada para concertar la trama de una novela, que sabe observar atentamente la realidad y trasladar al papel su observación, que la delicadeza no le abandona cuando ha menester de ella, y, finalmente, que no marcha á ciegas cuando se trata de sondear el corazón humano; pero ha revelado también, y es una relevación que no deben de olvidar los que á la novela se dedican,

que por no aplicar estas dotes con el cuidado necesario, su obra adolece de los defectos que con tranquila imparcialidad he censurado.

Medite el señor Murillo estas consideraciones; ponga el lente á nuestra sociedad, sorprenda sus acciones, obsérvela con fijeza y verá cómo de su seno brotan infinidad de asuntos que cuidadosamente estudiados dan novelas de primer orden.

Octubre de 1887.



¿NOVELA Ó TRADICIÓN?

A PROPÓSITO DE "LAS HADAS DEL ANDALIÉN"
POR DON ENRIQUE DEL SOLAR.

Ho hace mucho tiempo dije que entre las últimas producciones novelescas se contaba "Las Hadas del Andalién", por don Enrique del Solar, obra que veía entonces la luz pública en la REVISTA DE ARTES Y LETRAS. Ahora me rectifico, porque á mi juicio, que no difiere mucho, según creo, del juicio del autor, dichas hadas no tienen de novela más que el encabezamiento puesto en el sumario de la REVISTA, y el poco interés novelesco que entraña todo cuento, leyenda y tradición.

No cabe duda en que el señor del Solar no piensa que su obra sea novela, propiamente, porque al final de ella declara que es una tradición que se conserva en el sur de la República, alimentada al calor

de la imaginación popular. Esto no obstante, y como habrá quienes, aferrados á lo que enseñan algunos textos de literatura, piensen que la leyenda fantástica es una especie de novela, como lo es la de costumbres, la de pasión, la histórica, etc., conviene dilucidar la diferencia que existe entre los dos géneros literarios.

Bien pueden enseñar los textos de literatura que lo maravilloso y que lo absurdo son elementos novelescos, que imprimiendo carácter á las piezas en que se mezclan, establecen una diferencia esencial, una especie en el género de las novelas; y esto, de verdad, se funda en la naturaleza de diversas obras así antiguas como modernas; pero yo creo que en nuestros días la novela ha tomado, siguiendo el gusto general, un giro que se desvía de lo maravilloso hasta el punto de rechazarlo por inútil ó por inepto.

Es necesario considerar, ante todo, que ya no se acepta como novela una narración cualquiera que enseñe ó que entretenga, simplemente, sino que en ella se exige una sucesión de causas y efectos ó bien un conjunto de circunstancias que llamen la atención del lector ó por la novedad de la intriga ó por lo grandioso del desenlace ó, finalmente, por la exactitud y colorido con que están representadas las escenas de la vida real y los sentimientos de la sociedad. Así, pues, al leer una novela, el lector no ha de tener necesidad de preguntar el por qué de

los acontecimientos que se desarrollan ante su vista, sino que debe verlos de un modo evidente, debe sentirlos, debe tomar parte en ellos, mediante el auxilio de la imaginación.

Y el corazón no siente lo que es inverosímil, ni puede interesarse vivamente por lo absurdo.

Un hombre de imaginación ardiente, abrazado en volcánicas pasiones, de alma tan sensible como quiera suponérsela, no soñará nunca con un absurdo como sueña y se commueve otro de peores condiciones con lo que cabe dentro del marco de la realidad. Un ejemplo, tomado al acaso, manifestará más claramente cuanto queda dicho:—analicense los sentimientos de un hombre dominado en absoluto por el amor; esos sentimientos convergen hacia un punto, hacia una mujer; en su pasión, el hombre la creará adornada de las más bellas cualidades, soñará en ella un infinito de amor y de bondad, la idealizará con todo el poder creador de la fantasía, pero no le quitará en ningún caso su carácter de mujer; el mismo hombre, ú otro dotado de cualidades imaginativas más poderosas, no se entusiasmará, como con aquella mujer, que puede ser vulgar, con una sirena, ni aunque en la imaginación se le finja de sobrehumana hermosura é imponderables atractivos.

Tal es la razón porque lo absurdo y lo inverosímil están desterrados de la novela moderna y porque en todos los órdenes de elementos novelescos

se tiende á sustituir lo casual por lo lógico, lo absurdo por lo verosimil.

La novela sigue de cerca la marcha del perfeccionamiento artístico y social, como quiera que trae su causa de aquél y se inspira en éste; el primero da origen á toda producción novelesca, el segundo le suministra los medios ó si se quiere los factores de su existencia: de aquí que sufra modificaciones dentro del espacio inteligente, si vale expresarse así, en que se desarrolla el gusto por el arte y en que se mueve, perfeccionándose, la sociedad.

La tradición, por el contrario, no está sujeta á norma ni á regla de ninguna clase: fruto de la ignorancia y de la inculta imaginación de un pueblo, decae á medida que la ilustración va penetrando en este pueblo y dándole ideas que atraen su fantasía hacia el campo de lo verdadero; y como tal fruto de la ignorancia y de la imaginación no puede por menos de ser algo fantástico, inverosimil y absurdo, condiciones diametralmente opuestas á las que se exigen en la novela.

Esta es, á mi juicio, la primera diferencia que existe entre la novela propiamente tal y la tradición ó leyenda popular.

Otra diferencia, aunque no tan importante como la anterior, que separa los dos géneros literarios en que me ocupo, es la participación que corresponde al autor, al artífice de la obra.

Si bien es verdad que la novela moderna está

basada en el estudio de las costumbres y de los sentimientos de la sociedad, también es cierto que el novelista no es una máquina que debe fotografiarla en cualquier instante y de la manera que se le presente, con atractivos ó sin ellos; nó; su labor consiste en extraer de la masa social elementos novelescos, tales como sentimientos, caracteres y conflictos, en estudiar el medio ambiente y su influencia sobre un carácter débil ó su lucha con uno firme, en sondear el corazón humano, víctima de pasiones mezquinas ó de nobilísimos anhelos, y, finalmente, en formar de todo este conjunto una obra armónica y lógica en sus detalles, vestida de forma literaria propia, correcta y elegante.

Las funciones del novelista son, pues, múltiples y variadas, como lo son las cualidades que ha de reunir; debe ser, primero, observador profundo para extraer del revuelto mar social los incidentes necesarios; debe también ser organizador para ordenar esos incidentes de suerte que produzcan el efecto que se desea, y debe, por último, ser artista para dar forma artística, literariamente hablando, á su concepción.

El objeto que se persigue en la tradición es narrar, simplemente, las leyendas forjadas por el pueblo en su nativa imaginación y aceptadas como hechos reales en su desgraciada ignorancia. Cuanto más exacta sea la narración, esto es, cuanto más se aproxime á la leyenda popular, mejor será porque,

aunque de la fiel exactitud resulten aberraciones inconcebibles, se conoce mejor el grado de ignorancia de quienes han podido dar vida á dicha leyenda y se conocen también mejor los hechos, las causas y los fenómenos que hieren más vivamente la imaginación del pueblo.

Del propio modo que se concibe una leyenda completamente inverosímil fundada en un error ó en una superstición á que se asigna causas ó efectos absurdos, puede concebirse un conjunto de circunstancias inverosímiles unidas por cierto encadenamiento fabuloso, que se asemeja á la narración novelesca en el plan general y en las situaciones dramáticas; como novela podrá ser considerada entonces en cuanto á algunos detalles, pero no lo será, por cierto, en cuanto á su intención, á su *manera*, que es lo que caracteriza la verdadera novela.

De todas suertes, la diferencia entre la parte que corresponde al autor de una novela y la que corresponde al autor de una tradición consiste en que el último escribe lo que ya existe, lo que ha oído, lo que se corre como leyenda popular, conservando, es cierto, el colorido local y la fisonomía del pueblo; mientras que el primero debe poner la concepción misma de la obra. Uno y otro han de tener condiciones especiales de narradores ó de estilistas, como quiera que no es lo mismo presentar un argumento fundado en lo que se observa en el mundo real que habitamos, con sus sentimientos y

sus pasiones humanas, que hablar de lo que sólo existe en el vasto y brillante mundo de lo imaginario y de lo fantástico.

Como dije á los comienzos de este artículo, el señor don Enrique del Solar manifiesta que su obra es una tradición que se conserva en el sur de la República.

Yo no sé, de verdad, si dicha tradición está trasladada con fidelidad ó si el señor del Solar ha puesto de su propia cosecha más de lo necesario para dar á conocer los sentimientos del pueblo. Antójase me que sucede esto último, porque no parece sino que la historia de los tres jóvenes Álvarez y los combates con los indios en que tomaron parte, como otros incidentes que aparecen en la obra, han sido introducidos en ella para darle un interés novelesco que de otra suerte no tendría. Si así fuera, sería de lamentarlo, porque ni se conserva entonces en toda su pureza la tradición, ni con ésta por base se ha escrito tampoco una novela.

El argumento de la obra es el siguiente:

Á orillas del Andalién había, allá en tiempos de la colonia, un palacio hermosísimo en que moraban tres hadas, Felicidad, Sol y Esperanza, adoradoras del amor eterno, por el cual bebían, tanto ellas como sus amantes, deliciosos vinos. La fama de es-

tas hadas llegó al Perú, de donde tres jóvenes de la nobleza española vinieron á conocerlas y á solicitar sus favores. De los tres jóvenes, de apellido Álvarez, dos vislumbraron alguna esperanza, y el tercero, que estaba de novio con una prima, á la que olvidó en su amor frenético por una de las hadas, menos iluso puesto que no menos enamorado que los otros dos, se alejó por completo del palacio y en diversos combates contra los araucanos peleó con denuedo, deseando inútilmente que el enemigo diera cuenta de su existencia, que hartó le pesaba.

El valor que demostró en múltiples escaramuzas fué causa de que se le nombrase jefe de una expedición que debía contener un gran avance de los araucanos; sus hermanos, con diversos grados, le acompañarían.

El día designado para que la expedición se pusiera en marcha, los hermanos desaparecieron, y se les encontró después haciendo libaciones en el palacio de las hadas. Cubierto de vergüenza por este hecho que arrojaría eterna sombra y afrentosa mancha sobre su apellido, el joven capitán peleó con encarnizamiento hasta que una flecha enemiga le quitó la vida. Cuando los hermanos volvieron de la embriaguez, sintieron también la vergüenza de haber mancillado su nombre y causado, aunque indirectamente, la muerte del capitán, y desaparecieron sin que se volviera á saber de ellos.

Después, y á la postre de esta narración, se da

cuenta de que un terremoto sepultó en las aguas el palacio de las hadas, las cuales salen todas las tardes sobre la superficie á llamar con sentidas voces á sus amantes de antaño.

Estos son los rasgos principales de la tradición de *Las hadas del Andalién*. Otros incidentes, que contribuyen á darle el interés momentáneo que produce un buen detalle, no tienen relación directa con el cuerpo principal de la obra, y por eso los he omitido.

Me parece que basta la simple enunciación del argumento para que se comprenda que no hay en *Las hadas del Andalién* una novela, y sí sólo una tradición; como para que se apodere de los lectores, por los detalles que le dan vida, la duda sobre la pureza con que la leyenda popular ha sido conservada por el señor del Solar.

El autor de *Las hadas del Andalién* es un escritor que ha sentado reputación de literato entre nosotros; no trataré de manifestar que no la merece, porque sería entonces injusto; sino que para escribir una tradición en que lo fantástico ocupa el primer lugar, es poco estilista, voy al decir que su estilo no tiene la brillante nerviosidad que se requiere para pintar á veces de una pincelada el mundo fabuloso que sólo existe en la imaginación del pueblo. El palacio de las hadas, por ejemplo, está descrito con azás de coloridas frases encaminadas á producir en los lectores la idea de que era un pala-

cio nunca visto, maravilloso, encantado; pero en medio de todas ellas no se encuentra un rasgo que produzca ese efecto.

En asuntos literarios es necesario no incurrir en confusiones que traen consecuencias desastrosas. El argumento de una tradición no da los elementos adecuados ni bastantes para escribir una novela; ni una novela puede escribirse como una tradición, porque, aparte de las diferencias intrínsecas, cada uno de estos géneros exige en el escritor diferentes condiciones y diferente estilo.

Noviembre de 1887.



REGLONES CORTOS

POESÍAS POR ALFREDO IRARRÁZAVAL Z.

TENGO una deuda pendiente, y como, según el rústico de Sancho Panza, al buen pagador no le duelen prendas, voy á pagarla en este artículo para descargo de mi conciencia literaria.

Dije hace ya algunos días al autor de los *Reglones Cortos*, que escribiría una crítica ó quisicosa, que el nombre es lo de menos, sobre sus poesías; el compromiso quedará saldiado cuando termine las presentes líneas, y quedará saldado honradamente, porque no me comprometí á decir lo que al autor le pareciese bien, sino lo que yo creyese justo. Puede, pues, el lector, hacer de cuenta, si le place, que no existe la deuda, para los efectos de considerarme del todo imparcial, primera norma y más grande anhelo de mi profesión de crítico sin clientes.

En los *Reoglones Cortos*, á diferencia de lo que sucede en muchos libros que se publican en este país, se encuentra algo que vale la pena de examinar; el tomo no es un desierto de infecunda arena, sino un campo cultivado en el cual hay que recoger el sazonado fruto, dar riego á la semilla para que fructifique y arrancar de cuajo la maleza para que no atraiga y absorba la savia de la tierra.

El fruto lo constituyen algunas composiciones, humorísticas en su mayor parte, que provocan sonora carcajada y guían el espíritu, muchas veces triste y no pocas abatido por las contrariedades de la vida, á las regiones del buen humor, por lo intencionado de la idea, por lo picaresco de la frase y por lo desenvuelto del verso.

No es necesario citar ni una línea: quien lee los *Reoglones Cortos* tiene la risa comprimida á las puertas de los labios, esperando que llegue, de un momento á otro y cuando menos lo piense, el verso que se las abra involuntariamente para darle franca salida. Y ese verso llega con frecuencia, con tanta frecuencia que á veces atropella la rima, atropella la concisión y atropella por fin hasta el idioma mismo.

Esta es una de las malezas que encuentro en el huerto de Alfredo Irarrázaval. Como ha dicho perfectamente el señor don Rubén Darío en la Carta-Prólogo que precede á los *Reoglones Cortos*, la demasiada originalidad del autor es un defecto,

porque á ella se sacrifica el estilo, como si fuera asunto insignificante. Con toda sinceridad, yo le recomiendo que ponga empeño en que sus trabajos sean más correctos, en no martirizar á la rima y en no abusar del provincialismo y del modismo propio de la gente zafia, que si esto último agrada una vez, desagradea con frecuencia.

En vez de acudir al arsenal inagotable del mal decir de nuestra gente ignorante, cosa que puede y debe hacer para corregirlo riéndose, busque Irarrázaval armas en el abundantisimo tesoro de la poesía clásica castellana, donde encontrará infinita variedad expresiones, de tonos y giros que, sin hacerle perder la originalidad, le darán, adaptados al gusto del día, ricos elementos de que echar mano. Concentre más el pensamiento que traslada al papel, desprecie cuanto verso sea inoportuno y no procure producir mucho, sino bueno.

Los *Reglones Cortos* acusan más de una vez, por el descuido y flojedad de los versos, que el autor no se ha curado de corregirlos y de perfeccionar sus obras: y esto debe censurarse recio para que sirva de lección y de escarmiento en lo futuro.

Ya que Alfredo Irarrázaval ha manifestado excelentes disposiciones de poeta humorístico, conviene que no las emplee en nimiedades insignificantes y que se fije en que si es verdad lo de la misión del poeta, él tiene una que no por ser alegre deja de ser grande y severa. En su nota cómica, y mediante

la observación, que á ningún artista le es lícito despreciar, puede contribuir al perfeccionamiento común; en el campo meramente social, en el político, en el artístico, en el literario, en todas las esferas, en suma, en que se ejerce, como fuerza impulsora del progreso, la actividad humana, encontrará defectos ó vicios que subsisten á pesar de los ataques del moralista y del censor y que no resisten, generalmente, al más leve soplo de la amarga sátira ó de la donosa burla.

En esta obra no recorrerá solo el camino, aún cuando los medios de que se valga sean diversos de los que otros empleen; marchará junto con todos los que desean destruir el mal y sustituirlo por el bien, y con todos los que anhelan contemplar la belleza en lugar de horrorizarse de la fealdad.

Por esto, y para cumplir debidamente con la indicada misión, no debe olvidar Irarrázaval que la Verdad, la Belleza y la Bondad son tres diosas supremas que imponen su culto al artista del mismo modo que al moralista, y que en ellas debe inspirarse cuando, riéndose, trate de corregir lo que su paso detenga ó á su vista encuentre.

Después de tanta cosas serias como acabo de decir, me parece pertinente, por vía de paréntesis, recordar á Irarrázaval que el campo en que ha lucido sus mejores galas es el literario; esto es, que censurando defectos literarios ha mostrado más que en otras composiciones, á mi juicio, su vena

cómica; y recordárselo no tanto para indicarle que se duerma sobre los laureles conquistados, cuanto para pedirle que cultive con más frecuencia el género á que pertenece, en su mayor parte, la composición *Mi entierro*, que es en general una buena sátira contra el ameramiento de algunos jóvenes literatos y contra la abrumadora pretensión literaria de ciertos individuos que se creen escritores. Ayude en esta tarea al crítico y al lector, que ven con tristeza cómo la plétora de obras de ningún valer ahoga la producción de obras meritorias, y habrá prestado un indisputable servicio á las letras nacionales.

Si es verdad que en los *Requiones Cortos* sobresale la nota cómica, encuéntranse en ellos algunas vibraciones, aunque escasas, de la cuerda del sentimiento. Unas cuantas piezas, ligeras en la forma, bien que de profunda intención, acreditan que el autor observa y siente, como observan y sienten los poetas en sus buenos momentos.

Aunque no siempre originales en cuanto á la forma, hay en las composiciones á que me refiero un sello de sentida observación que pone á Irrarázaval muy cerca de los mejores poetas castellanos; sirva de ejemplo la composición *De Dios a las Plantas*, en que, no obstante la visible imitación de Bécquer, se encuentra un fondo de tierna poesía, algo como un quejido del alma ante las injusticias que no tienen más sanción que la del corazón:

Pusieronle flores
Y sedas y gasas;
Y llegó la niña
Junto al ara santa;
Y no vió el magnate
Sus mejillas pálidas
Ni sus ojos verdes
Preñados de lágrimas;
Ni vió que la niña
De Dios á las plantas,
Exhaló un suspiro
Del fondo del alma;
Ni en la nave oscura
De la santa casa
Vió al pobre muchacho,
Como sombra vaga,
Mirando lloroso
Casarse á su amada;
Ni vió que el suspiro
De la niña pálida
Arrancó al labriego
La mitad del alma.

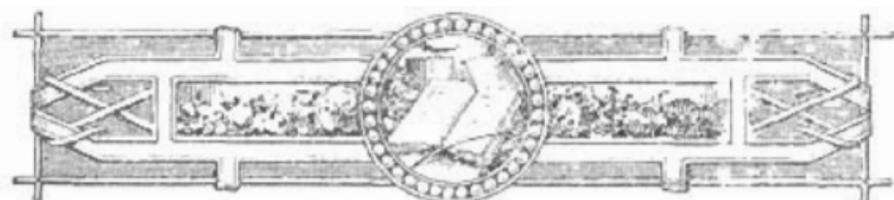
.....
Pero el sacerdote
Llegó hasta la grada,
Y en nombre del cielo
Dijo las palabras....
¡En nombre del cielo....
Cuántas veces ¡cuántas!
Se sella un engaño
Y un amor se mata!

Las pocas poesias de este linaje que hay en los *Reglones Cortos*, me inducen á indicar á Irarrázaval que no olvide la cuerda sentimental del arpa de sus cantares, y que la pulse sólo cuando esté

bien seguro de la nota que va á dar, á fin de que sus sonidos no salgan destemplados.

Á quien ha publicado un volumen como el que motiva estas observaciones, no puede sino aplaudirsele por las donosas composiciones que encierra y por las excelentes cualidades que revela; censurarsele por los defectos que, como las incorrecciones y la verbosidad literarias, afean á veces las mejores poesías; y, finalmente, pedirsele que paremientes en dichos defectos para que los nuevos trabajos que emprenda, libres de ellos, sean dignos de las cualidades poéticas del autor y merecedores de más encomiástica crítica.

Diciembre de 1887.



EL IDEAL DE UNA ESPOSA

NOVELA POR VICENTE GREZ

PARA hablar en justicia y con entera franqueza, es necesario manifestar que la novela *El Ideal de una Esposa*, recién publicada, es una de las mejores que la literatura nacional ha producido en los últimos tiempos, pero que no es perfecta, como algunos han dicho pública y privadamente: la acción, que arranca su origen de un hecho social muy aceptable; la lógica de los acontecimientos, que con ligerísimas excepciones se mantiene desde el principio hasta el fin; el drama humano, que palpita en cada una de las páginas; la variedad de las escenas, ricas la mayor parte en verdad y en colorido, armónicamente distribuídas en el cuerpo de la obra; y la animación y viveza del estilo, son condiciones que se aúnan en *El Ideal de una Esposa*.

sa para asignarle lugar preferente entre las novelas nacionales, y aún (porque esto sólo no significaría gran cosa), para llamarla novela de mérito, en la más amplia acepción de la palabra; pero esas mismas ligeras excepciones en cuanto á la lógica de los sucesos, cierta vaguedad por lo que respecta al punto principal de la novela, ó sea á la idea que le da vida y título, y que no se sabe de fijo si se refiere á la idolatría de la esposa por un hombre que la engaña, á las esperanzas que funda en un hijo que se le muere temprano, ó á la soñada felicidad de que sólo alcanza á disfrutar corto tiempo. y muchos defectos de estilo, que no reúne toda la corrección y elegancia apetecibles, dan derecho para decir que no tiene el grado de casi absoluta perfección artística que algunos le han asignado.

Por estas salvedades no se entienda que la novela en general merece censura; antes por el contrario, yo le tributo alabanza sincera, porque es una obra que hiere delicadamente la imaginación de los lectores de buen gusto, y cumple con los requisitos que exige la escuela moderna, no obstante la propensión al naturalismo, que considero pernicioso al arte.

Faustina, como empieza la novela, es hija única de un antiguo abogado, el señor L. B., que después de hacer en el foro un brillante papel, se retira con alguna fortuna y mucha honra, enfermo, cansado, y, más que todo, escéptico, con ese escepticismo poco

amable que comunica á los demás su tristeza y sus brumas. Viviendo una vida retirada y nada sonriente, que influye sobre su carácter haciéndolo concentrado y firme, pasa Faustina su niñez, hasta que en casa de unas tías, únicas personas á quienes visita, conoce á Enrique, joven de mundo y alegre á quien, andando el tiempo, consagra ante el altar el amor que le profesa.

Los primeros años del matrimonio son felices y sin nubes, y los esposos tienen pronto la satisfacción de que un hijo venga á coronar su amor, un hijo que nace raquílico y que se desarrolla taciturno y regalón. Pero al cabo de algún tiempo, cuando el carácter y la salud de su hijo, Luchito, comienzan á preocuparle seriamente, nota con dolor Faustina un gran cambio en la vida de Enrique, que se ausenta mucho de su casa y no vuelve sino tarde de la noche.

Un día, no pudiendo soportar la impaciencia de que Enrique no llegue á comer, y siguiendo las insinuaciones de Luchito, Faustina toma un coche y se dirige á buscarle al Club, donde por los dichos insolentes y maliciosos de un cochero sabe que su marido está de comida en una Quinta, para ella desconocida, del Tajamar. La sospecha se apodera entonces de la ya infortunada esposa, y la impaciencia que la dominaba cámbiase súbitamente en desesperación; va á la Quinta, no obstante que la tarde está fría y que Luchito, su compañero, con-

valece de penosa enfermedad; desciende del coche, atraviesa los desiertos patios agitada de inquietud febril, avanza siguiendo el rumbo que le indica un ruido de voces y de vidrios que se quiebran, y puede observar que á orillas de una laguna, mezclados con mujeres de vida licenciosa, se encuentran en báquica orgia algunos jóvenes, entre los cuales distingue con dificultad al esposo de su alma obsequiando á precio las caricias que antes le prodigara á ella amorosamente.

Transida el alma de dolor, sigue Faustina observando aquella escena que rompe con saña cruel sus ilusiones y que le permite conocer la maldad que se encierra en el fondo del corazón humano; y cuando los alegres comensales se disponen á retirarse, huye al coche en que Luchito, cansado de esperarla, yace dormido, y toma precipitadamente el camino de su casa. Pero Enrique alcanza á ver á la mujer que huye, se acerca al coche antes de que parta, y en la semi beodez que le domina distingue á Faustina y siente que el hielo de la duda, de la tristeza y de la desesperación circula por sus venas.

Enrique se arrepiente de su falta, imagina una excusa, trata de purificarse á los ojos de su esposa y de pedirla perdón; pero Faustina, enferma primero, y altanera después ante el desacato cometido á su amor, se resiste á olvidar la culpa y se niega tenazmente á perdonar al culpable. La desilusión brusca que ha experimentado la pone altiva, decidida á lu-

char contra la maldad, que ella no conocía antes de haber sufrido la de su esposo, y todo contribuye á alejarla más y más de Enrique.

En estas circunstancias, casi olvidada del mundo de rosadas ilusiones que poblaban su corazón, dispuesta á sacrificarse toda la vida por castigar la culpa de que ella ha sido víctima, Faustina se concentra en el amor de su hijo, que la salva de ser, á su vez, culpable, cuando la pasión por el doctor Guillermo, de quien alcanza á recibir algunas caricias, comienza á invadir su alma. La mujer fuerte, de sentimientos enérgicos y de carácter altivo, siente la tentación, da los primeros pasos en la pendiente y, antes de caer en el abismo, es detenida con todo el poder de una pasión superior, por el amor á Luchito. Estas últimas escenas tienen lugar en San Bernardo, donde Faustina ha resuelto habitar por ser favorable el temperamento á su hijo y por vivir alejada de su esposo.

Enrique, en tanto, deshecho para él el caliente nido de sus amores, al cual ansía volver, y despedido por el desprecio de su esposa y el abandono en que le deja, se entrega á la vida de disipación y de club, de que por más de seis meses, deseando redimir su falta, habia huido, entretiene sus ratos de ocio en fáciles amoríos callejeros y sólo vuelve á ver á Faustina cuando ésta, desesperada y llorosa, vela al lado de su hijo recién muerto.

La escena que entonces se verifica tiene algo de

grandioso y de terriblemente patético que conmueve el alma. Enrique, exasperado ante el cadáver de su hijo, al cual, manifestándole su amor profundo quiere darle su propia vida, “extremecía al pequeño muerto con más angustia que si se estremeciera su propio cadáver”.

No existiendo Luchito, único lazo de amor que podía unir á los desgraciados esposos, toda reconciliación es imposible. El señor B. la intenta en vano; y después de convencerse de que son inútiles sus palabras y sus ruegos, se aleja de su hija murmurando pensativo:

—“Sí; ese será el momento oportuno... en el instante de mi muerte... Ni ella ni Enrique resistirán á los ruegos del que los abandona para siempre. Se arrodillarán junto á mi lecho y les bendicere. Será como la celebración de un nuevo matrimonio. Esperemos...”

Esta reseña rapidísima del argumento de *El Ideal de una Esposa* basta, según creo, para convencer á quien la lea de que hay en la novela una lucha de pasiones y de sentimientos, lucha lógica, verosímil, á la que el lector asiste en todos sus detalles, en todas sus indefinibles vacilaciones y en todos sus dolorosos resultados. El autor ha sacado partido, con lucimiento digno de elogio, del carác-

ter decidido de Faustina, que se yergue altiva como la virtud ante la maldad humana que no conocía y que después de conocerla ni la perdona ni la acepta como un hecho común; y de la falta de Enrique, que más que por depravados sentimientos parece originada por debilidad de carácter, pues no se comprendería de otra suerte que llevara vida disipada mientras suspiraba por la dicha tranquila de su hogar, y que mezclase repetidas veces el amor á su esposa con las caricias ficticias de una mujer cualquiera.

El drama que nace del choque de esos dos elementos no es una concepción que se aleje de la órbita de lo verosímil, sino un drama social, esencialmente humano, en que entran los grandes caracteres y las bajas pasiones, y en que el desenlace tiene que corresponder al predominio del elemento más fuerte.

El mérito intrínseco de la novela está, pues, en la lucha de las pasiones y de los sentimientos que el autor nos presenta, arrancada con mano firme del teatro de la vida, y desarrollada mediante la observación de los caracteres y de la lógica profunda del corazón humano. Este mérito, excusado parece manifestarlo, no es muy inferior, por cierto, al que tienen las mejores novelas de nuestros días que, inspirándose en las sanas ideas de la escuela realista, respiran el ambiente de su vida en el corazón de la sociedad.

No puede, sin embargo, decirse que *El Ideal de una Esposa* es una obra artística acabada, porque no obstante la observación que en ella se advierte, tiene algunos lunares, que no existirían, probablemente, si los caracteres fueran más acentuados, y que sólo enunciare rápidamente.

He dicho antes que tal vez la falta de Enrique no nace de depravación del alma sino de debilidad de carácter; hay, en efecto, que suponer eso porque el marido conserva sentimientos sanos y ama á su esposa, aunque no en el grado que antes le profesara; ese amor ha ido entibiándose paulatinamente y sólo se enciende cuando por la falta del hombre le separa ancha sima del objeto amado. Si Enrique amase á Faustina como en los primeros tiempos de matrimonio, habría tenido, tal vez también, ánimo bastante entero para no incurrir en el hecho que motiva la separación; por consiguiente, hay una causa oculta que produce el entibiamiento del cariño de Enrique y que, alejándolo de su hogar, prepara su carácter á no resistir á la falta que origina la ruptura con su esposa.

El lector se pregunta: ¿Por qué Enrique, que aparece como muy enamorado de Faustina, sufre esa transformación que entibia su amor y le aleja de su hogar? Y la novela sólo contesta con el hecho, cuando es necesario conocer la causa para apreciar el efecto.

Otro lunar de esta naturaleza se encuentra en la

pasión de Faustina. Ciertamente es que el amor propio herido, la dignidad ultrajada y el velo de la inocencia cruelmente destrozado, se conciertan para que la esposa condene el delito de Enrique y para que no lo olvide jamás; pero me parece que dentro de la lógica del corazón humano es muy posible, más aún, casi es forzoso que ante tal delito y ante tales circunstancias el amor verdadero se levante más fuerte y más avasallador; se comprende que después de muchos años de tenaz separación sea imposible la unión de los esposos porque el tiempo ha destruido los lazos del amor y muerto Luchito no queda ya nada en la vida que les úna; pero no es fácil creer que el amor de Faustina, herido por la falta de Enrique, no se alce más intenso para perdonarla en vez de dejarse subyugar por los otros sentimientos que la condenan. Esa falta produjo intenso dolor en el corazón de Faustina y el dolor es el alimento más poderoso de la pasión generosa.

Y no cuento como lunar, propiamente, de la novela, la propensión a la escuela naturalista que indiqué al principio de estas líneas, porque, más que error del autor, es defecto del sistema. Esa propensión se manifiesta en la escena de la comida en la Quinta del Tamar, escena que el señor Grez ha dibujado con asaz de coloridos detalles que serán necesarios para palparla (si vale la palabra), pero que son inútiles para el efecto de conocer el alcance de la traición de Enrique a su esposa, y perju-

diciales para alimentar con ellos la fantasía y el corazón de los lectores. Yo no pienso, como un crítico amigo mío (1), que sea lástima que en este capítulo el autor «vacile en algunas ocasiones, no use la palabra propia, el colorido fuerte y brutal, pero más verdadero y que impresiona más», sino, por el contrario, que es sensible que el señor Grez se haya dejado llevar del sistema naturalista, y que lo sería más aún que, siguiendo advertencias poco saludables, llegase en obras posteriores á usar *el colorido brutal* con que se ufana el naturalismo.

Previa esta digresión, repetiré, antes de terminar, que el estilo de la novela es animado y en general de bastante brillo; pero que tiene muchas incorrecciones y no siempre toda la elegancia de formas apetecible. Si el señor Grez aceptase mis consejos, yo le aconsejaría que puliese más la vestimenta de sus obras, en la seguridad de que con ello ganarian mucho y alcanzarían lugar distinguido en el recuerdo de la posteridad.

Diciembre de 1887

(1) Luis Orrego Lucio, en un artículo que sobre *El Ideal de una Esposa* publicó en LA ÉPOCA del 16 de noviembre.



PALIQUE

Si los extranjeros hubieran de juzgar nuestro movimiento literario por lo que se anuncia, creerían seguramente que en Chile vivimos en perpetua ebullición intelectual.

Los noticieros, que ejercen ahora una profesión separada y de grandes expectativas para lo porvenir, andan á caza de noticias y se complacen particularmente, los de la alta escuela, los que se las dan de conocedores de los secretos de gobierno y pretenden saber siempre lo que se dice en los más encumbra-dos círculos sociales, políticos y literarios, se complacen, repito, en anunciar la aparición de nuevas obras. Esta gente gusta, sobre todo, de proclamar eximios publicistas, grandes literatos, laureados poetas, brillantes polemistas: si Pedro Grullo, especie de Judío Errante con más el don de la ubicuidad para estar en muchísimas partes al mismo tiempo,

tuviera la ocurrencia de coleccionar sus cacacenadas, sería calificado de feliz ingenio y de propagador infatigable de las nuevas ideas, cuando menos.

Otros anuncian obras á destajo por ver si caen en el engaño algunos suscriptores adelantados, y se hacen los mosquitas muertas cuando el reclamo produce mal efecto.

Una tercera serie de individuos adoptan al anuncio como medio de decirse piropos: son miembros de la Sociedad Cooperativa de Abalanzas mútuas; están en su derecho y lo ejercen impunemente porque no pagan ni siquiera delegados del gobierno.

Á las promesas de publicaciones literarias sólo pueden compararse las promesas ministeriales y las de los amantes, que se olvidan ó se desconocen, la mitad de las veces, al día siguiente de formuladas.

Hace mucho tiempo, más de dos años, los señores don Luis Montt y don Abelardo Núñez anunciaron una "Biblioteca Chilena" ó sea colección de obras, bien impresas y á bajo precio, de autores nacionales. Don Miguel Luis Amunátegui, que era entonces redactor de EL MERCURIO, dedicó á la empresa un encomiástico editorial, y, en escala menos elevada, el que escribe las presentes líneas la alabó también en las páginas de la REVISTA DE ARTES Y LETRAS.

Por no ser menos que los particulares, ó por otros

motivos, el gobierno suscribió quinientos ejemplares de todas las obras que publicase la nueva Biblioteca.

Pero la nueva Biblioteca tuvo á bien no publicar más obras.

¿Ha muerto definitivamente esta empresa? Así parece á lo menos, porque no da señales de vida, y la ciencia no cree que los ataques de catalepsia puedan prolongarse por dos años.

Desde entonces acá han venido realizándose, aunque lentamente, algunas promesas halagüeñas, tales como la *Historia General de Chile*, por don Diego Barros Arana, que ya alcanza, en prensa, al tomo VIII y las *Obras completas de don Andrés Bello*, de las que últimamente ha salido á luz el tomo XI. Pero quedan muchas sin realizarse, como la publicación de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna, publicación que, según se dice, correrá á cargo y por cuenta de la señora viuda del eminente escritor, ya que no fué tarea realizable para un grupo de admiradores.

Para no hacer una enumeración detallada que sería fatigosa, expondré sucintamente que de algún tiempo á esta parte se ha anunciado que aparecerán las siguientes obras:

Historia de la Pintura en Chile, por don Manuel Blanco Cuartín.

Historia de la Expedición Libertadora del Perú, por don Gonzalo Bulnes.

Historia de Chile durante los últimos cuarenta años, por don Ramón Sotomayor Valdés.

Historia de un período de la vida política de Chile, por don Carlos Walker Martínez.

Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile, especialmente en el lenguaje legal y forense, por don Miguel Luis Amunátegui.

Todo esto sin contar con los trabajos de imaginación de algunos jóvenes que principian á figurar en nuestro mundo literario.

Manifestado que se publica un número de obras mucho menor que el que se anuncia, corresponde dilucidar un asunto de más interés, puesto que de más difícil solución: ¿por qué la publicación es tan escasa? Y la pregunta es natural, porque sin necesidad de probarlo con datos estadísticos que sería punto menos que imposible reunir, adviértese claramente que no hay relación entre lo que se escribe y el número de habitantes que leen, entre lo que se ofrece, calitativa y cuantitativamente considerado, y lo que se demanda.

¿Será porque falta á mis compatriotas talento literario? Yo no lo creo, porque numerosos escritores han sobresalido en diversos ramos de la literatura.

¿Será porque el campo es limitado? Líbreme Dios de pensar semejante cosa, porque si bien es cierto que llevamos pocos años de vida de nación, nuestra sociedad tiene ya su historia, que bastante se ha explotado, sus costumbres y su modo de ser, de to-

do lo cual puede sacarse poesía, drama, novela, en dos palabras, enseñanza y deleite.

De nuevo ¿por qué la publicación es tan escasa? Los autores contestan: porque el público no nos protege; el público dice: porque no nos gustan los ingenios de esta corte. Y en tal emergencia, el que observa desapasionadamente, duda y no sabe atinar de pronto con la verdadera causa, como no sabe tampoco cuál de las dos partes contendientes tiene de la suya la razón.

Hay que convenir, ante todo, en que la obra verdaderamente meritoria no ha menester de protección — que es muy distinto de aceptación—y que no pueden, por lo tanto, quejarse los autores de que el público no proteja la producción intelectual. Si es cierto que la historia recuerda los nombres de muchos Mecenas, y que los autores favorecidos se han encargado de tributarles encomiásticas alabanzas en el prólogo de sus obras, también es cierto que en nuestros días todas ó casi todas las manifestaciones de la actividad humana, así el comercio como las artes, están sometidas á la ley económica de la oferta y de la demanda y que, por consiguiente, una obra que no tenga más demanda que la de algún protector de las letras que se encarga de comprarla para favorecer al autor, arrastrará vida ficticia.

Los autores no deben, pues, para entregarse á la tarea literaria, descansar en la confianza de que alguien les proteja, si no de que el público acepte ó

demande sus producciones en el vasto mercado en que cada uno busca la que le agrada más ó la que desea sin otra mira que el interés propio y sin tomar para nada en cuenta si el autor necesita ó nó de protección.

Ahora bien, si las obras nacionales no tienen más aceptación es, indudablemente, porque no son del gusto del público, ó sea, como el público dice, porque no nos gustan los ingenios de esta corte:—verdad un poco desconsoladora, pero que debemos aceptar con franqueza si se quiere encontrar remedio al mal que tanto se lamenta.

¿En qué consistirá este remedio?—Parece que basta enunciar el problema para que la incógnita se despeje: en que los autores comprendan el gusto del público ó vice versa.

Cualquiera de estos dos términos ofrece dificultades, porque no siempre es fácil que cambie de temperamento el literato (cuando es un espíritu superior y cultivado), como tampoco es fácil hacer que el público, muchas veces indocto y no pocas vulgar en su gusto, se coloque á la altura del literato.

Para no prolongar demasiado este viaje por las regiones de lo meramente abstracto, pondré un ejemplo que demuestre con claridad cuanto queda dicho.

Sirva de ejemplo de producción literaria la novela, que es el género de imaginación que mas

se cultiva entre nosotros, y por el cual el público manifiesta decidida preferencia.

Pues bien, sucede á menudo, más aún, sucede casi siempre, que una novela chilena, de las mejores, no tiene ni la mitad del éxito, ni la mitad de los lectores que alcanza una novela francesa. Esto quiere decir, ó que no hay novelistas nacionales que compitan con la pléyade de franceses, ó que el público tiene el gusto de éstos y no de aquéllos. Es necesario entonces acercar los términos, formando novelistas de talento que tengan una escuela que sea de la aceptación de los lectores y formar al mismo tiempo el gusto de los lectores por esa escuela.

Tal es, á mi juicio, la tarea que corresponde a la crítica: enseñar, enseñar, enseñar constantemente para que al fin lectores y autores se encuentren y se comprendan en los espacios en que se cierne la belleza.

En este género literario los autores caminan poco menos que á oscuras; salvo uno que otro, los demás no tienen educación artística, no saben cuáles son las condiciones que el arte exige, y cuando conciben el plan de una novela y cuando se ponen al trabajo de darle forma literaria se dejan guiar por las primeras impresiones; de aquí es que las obras salgan a veces descabelladas, no obstante que encierran elementos de primer orden.

Supongamos por un momento que se acaba de publicar unas de estas novelas á que me refiero;

como es natural, no gusta. ¿Por qué? El público no lo sabe ni el autor tampoco. El público sólo siente, no examina. El autor no oye una voz que le manifieste cuál es el error en que ha incurrido.

Es necesario, pues, que la crítica eduque el gusto del público para que pueda examinar lo que lee, para que pueda apreciar las impresiones que recibe; y es necesario también que guíe á los novelistas por los senderos de la belleza á fin de que no incurran en lamentables aberraciones.

Esta es la crítica seria y levantada, de que se habla con tanta frecuencia; crítica que exige en el que la ejerce dotes especialísimas de talento, de conocimientos y de buen gusto. Pero hay otra que, descendiendo de la cátedra de la enseñanza, se vale de la linterna y del escalpelo para juzgar las obras á la luz de los principios, y se vale también, cuando es necesario, de la escoba y del látigo para arrojar del templo de las letras á los mercaderes que le toman por asalto.

¿Será posible que una y otra crítica se levanten algún día en Chile con todo el imperio de un poder superior y respetable? Yo creo que sí, aunque pienso que pasarán muchos años antes de que veamos semejante poder, porque (no me cansaré de repetirlo), carecemos de educación artística y parece que nadie se muestra deseoso de adquirirla por sí mismo, para darse después la pesada tarea de enseñar á los que no quieren aprender.

Además, son muy contados los que pueden ó los que quieren analizar imparcialmente una producción literaria; la razón es obvia: en Santiago (y tomo á la capital como la ciudad más poblada y de más movimiento literario), en Santiago todos nos conocemos y, por efecto de la poca población, todos tenemos que andar dándonos la mano en el comercio, en el paseo, en política como en cualquiera reunión. Nos es casi absolutamente necesario estar en buenas relaciones con ese gran señor que se llama todo el mundo. Nos es indispensable contemporizar con mucha gente. Por esto, cuando sale una obra que merece censura, lo que sucede con el ochenta y cinco por ciento de las que se publican, la crítica enmudece y la deja pasar, sin que el público tenga una norma que le guíe, siquiera para saber si vale la pena de leerse.

¿Y quién duda de que la persona que fuera bastante osada para sacar al sol los defectos y los errores de una obra de autor mas ó menos conocido, se acarrearía largo cortejo de malquerencias? ¿Quién duda de que las heridas del amor propio no se cicatrizan jamás y de que manan odio constante?

De aquí se deduce que el crítico se ve en muchos casos obligado á guardar silencio, precisamente cuando divisa con más claridad los errores de una obra y cuando más fácil le sería indicar los principios olvidados ó desconocidos que inducen en defecto.

Pero, sea como se fuere, es necesario que alguien se preocupe de analizar la producción literaria, y se dedique á ello;—y los escritos aislados que ahora se publican, de personas que no son ni amigos ni adversarios de los autores sino jueces oficiosos de sus trabajos, indican que progresamos y nos dan la esperanza de que progresaremos mucho más aún.

Tarea de tal naturaleza produce influencia no sólo sobre los autores, pero también sobre el público; porque estimula y entusiasma; pero enseña a los autores el camino que deben seguir y tienta á los lectores á conocer el camino que han seguido; porque, finalmente, atrae al rededor de sí un movimiento literario poderoso.

—En tiempos de Rómulo Mandiola—me decía en cierta ocasión un jóven y excelente poeta, honra de las letras nacionales—en tiempos de Rómulo Mandiola se escribía más que ahora y se leía más que ahora.

Y esta es la verdad; aunque el malogrado Mandiola era formidable cuando censuraba y aunque no era muy pródigo de alabanzas ni de alentadoras frases para con los que no revelaban muy buenas cualidades, consiguió atraer sobre sí y sobre sus escritos la atención pública, y, lo que es más difícil, consiguió que sus juicios fuesen leídos con avidez, muchas veces con respeto y no pocas con temor.

No debe, sin embargo, encargarse solo a la crítica la ardua empresa de educar y de fomentar el gusto artístico, ó si se quiere, para no salirme de los límites de la materia sobre que vengo conversando, el gusto literario: debe procurarse, para obtener este efecto, la creación de ateneos ó academias que ofrezcan á los jóvenes ancho campo en qué manifestar sus dotes, á los hombres ya formados serena cátedra desde la cual puedan alumbrar á la juventud con los rayos de sus talentos y de sus conocimientos, y á todos imparcial tribuna para debatir, con el calor generoso que inspiran los nobles ideales, los principios fundamentales del arte; debe alentarse, comenzando por iniciarla, la obra de las conferencias públicas sobre asuntos literarios; y debe aplaudirse también, para que no falte ninguna clase de estímulo, todo certamen serio que, además de un buen premio, ofrezca á los autores garantías de imparcialidad.

Cuando todos estos medios, y algunos otros que quedan por ahora entre los puntos de la pluma, concurren armónicamente á promover el progreso literario, y cuando el público se convenza de que los ingenios de esta corte pueden colocarse por muchos y muy envidiables títulos al lado de los peninsulares y americanos de las repúblicas hermanas, la literatura nacional alcanzará días de gloria, y, como lo merece, será admirada de los extranjeros.

Esperemos que lleguen esos días,—y apresuremos su llegada con nuestro trabajo y nuestro entusiasmo.

Enero de 1888.



DISCURSO SOBRE LA ROPA HECHA

ACRECENTÓSE el apetito de los presentes viendo que, dejando de comer, don Quijote comenzó á decir: Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas empresas acometen los que al servicio de la prensa se dedican. Si no ¿cuál de los humanos habrá en el mundo que en una imprenta entrare y á los escritores trabajando viere de día como de noche, que no juzgue y crea que son ellos los que alientan el progreso de las naciones esparciendo constantemente la semilla de las nuevas ideas? ¿Quiénes son, en los tiempos que alcanzamos, los que pelean las batallas de la libertad sino aquellos que han hecho profesión de la palabra escrita? Ahora no hay que dudar sino que esta arte y ejercicio de la prensa, en que cumplen noviciado la mayor parte de los que abrazan la carrera de las letras, excede

á aquellas y aquellos en que se manifiesta el amor á la literatura, y tanto más se ha de tener en estima cuanto más sinsabores acarrea.

Quitenseme de delante los que dijeren que es grata profesión la del periodista, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen y que no ven más que lo exterior de las cosas; porque la razón que los tales suelen dar, y con que creen haber convencido á los contrarios, es que los periodistas gozan de algunas consideraciones y alcanzan favores de que pueden no sólo usar pero también abusar á su antojo y discreción, como si por el ejercicio de esto que llamamos la prensa los que á su oficio nos consagramos fuérale al hombre licito desentenderse de las limitaciones que el honor impone, para gozar honradamente de las ventajas que la artificiosa sociedad le ofrece; ó como si el periodista, soldado de una idea, no sufriese ásperos contratiempos por su causa y más de una vez no se viese obligado, de la noche á la mañana, á renunciar los goces de contemporizar con medio mundo. Si no, digaseme si es agradable quemarse noche á noche las pestañas para narrar hoy un escándalo, mañana una discusión y al día siguiente los detalles de un crimen, con que satisfacer la pública curiosidad, ó si es cosa de poca monta soportar las malquerencias de un conocido á quien se combate en sus ideas y cuyos designios se frustran con la noticia anticipada de ellos.

Siendo, pues, así, que el oficio de la prensa trae aparejadas odiosidades sin cuento, todavía pueden sus partidarios pregonar que es honroso, como de verdad lo es; porque, además del placer que experimenta el alma del hidalgo caballero que lucha por sus ideas, debe suponerse que los periodistas son literatos consumados que al instinto literario aúnan el conocimiento de nuestra lengua. Y no se me arguya que algunos no lo son, que yo les contestaré que los tales no tienen de periodistas más que el descaro para escribir en un periódico.

Empero, acaece por desgracia, señores, que en la prensa, que debiera ser espejo de la cultura intelectual y modelo de elegancia y pureza literarias, afea y obscurece la buena producción una literatura de molde, sin horizontes ni colorido, que mejor que los sentimientos refleja la pobreza de dicción del escritor, una literatura especial de que no hablan los textos pero que ingeniosamente ha sido calificada de "Ropa Hecha", porque así como en la Casa Francesa vístense con pantalones del mismo corte piernas de distintas proporciones, nivélanse en algunos diarios los sentimientos del que escribe ó los grados de apreciación que un hecho produce para que tantos éstos como aquellos pasen por el marco inflexible de frases de estereotipia.

Y si alguien pudiese pensar, señores, que son imaginaciones mías cuanto dejo dicho, ó cuando menos que hay injusticia en mis palabras, yo le

pediría, para convencerle sobradamente de su error, que parase mientes en la muerte de un sujeto que poco hizo en vida para merecer honores especiales después de ella y verá cómo luego que tiene lugar (del mismo modo que cuando fallece algún mag-nate distinguidísimo, llorado de corazón por todo el pueblo), la prensa se apresura á decir que *el te-légrafo, en su desesperante laconismo, nos ha co-municado* (si la persona de que se trata murió en algún punto distante) *la dolorosa noticia del falle-cimiento del señor don N. N.*; ó bien que *el telé-grafo, en su desesperante laconismo, habrá ya comunicado al resto de la República* (si la persona murió en el punto en que se escribe) *la dolorosa noticia del fallecimiento del señor don N. N.* Cum-plido este deber, *este penoso é imprescindible deber*, los diarios echan á volar, séase cual se sea la condi-ción del muerto, que *el señor don N. N. deja en la sociedad un vacío difícil de llenar*; que *el cariño de los suyos y los recursos de la ciencia* (que en realidad acabaron con el soplo de vida que quedaba al pobre enfermo) *fueron impotentes para librar su existencia de las garras de la muerte*; y que *nada hacía presagiar tan triste fin*; después de lo cual, cada periódico, por su cuenta y riesgo, *envía á la familia del señor don N. N. su más sentido pésame.*

Si el que dudare no fuere convencido de tales ejemplos, que brotan espontáneamente todos los

días y de todas las hojas periódicas, que deseché entonces las fúnebres ideas que la muerte puede haber engendrado en su alma, y trate, en compensación, de tomar conocimiento de los sucesos teatrales. Los diarios, estos amables guías de los curiosos y de los ociosos, le contarán muy pronto que *el día del tercer acto arrancó nutridos aplausos á la concurrencia; que La Africana se representó con teatro lleno; que todos los roles fueron caracterizados con maestría; y finalmente, como si fuese propiedad de los asuntos del teatro la de ser expresados en idioma bárbaro, que ‘las noches que van corridas han sido otros tantos llenos para la empresa.’*

Aseméjense todas las reuniones á las representaciones teatrales en que tienen su vocabulario especial consagrado por el uso de los malos escritores. Si se trata de una comida, la prensa dice que *durante ella reinó la mayor animación y cordialidad; si de algún concierto se da cuenta, que el programa se ejecutó en todas sus partes á satisfacción general; si los atractivos de un gran sarao se enumeran, que todo lo que la sociedad tiene de más elegante y distinguido por su posición, su fortuna ó su talento, se habia dado cita en los salones del señor don Fulano; que los salones eran estrechos para contener á la inmensa concurrencia, y que los convidados se retiraron sumamente agradecidos á las exquisitas atenciones de los dueños de casa.*

Pero el depósito en que se encuentra más abundante surtido de ropa hecha es la política; no si no echaos á recorrer, señores, las diversas secciones de un diario consagradas á comentar las noticias políticas y al pronto os saltarán á los ojos frases como *se hace necesario tomar nota de la actitud del Gobierno en las elecciones; conviene que el país tome nota de estos hechos; nos hacemos un deber de felicitar al orador; nos hacemos un honor de publicar su discurso al pie de estas líneas; la minoría se hizo un deber y un honor de apoyar la indicación.*

—Diarios he visto yo—interrumpióle Sancho—que decían esas mismas cosas con mejores y más frescas maneras.

—No te negaré—contestó don Quijote—que diarios hay que las expresan con elegancia y brillo; sino que algunos sólo tienen un reducido repertorio de frases y de ideas y las repiten todos los días; y si quieres ejemplo, tómallo, que es de un periódico de mucha circulación y mucha repetición que tú conoces, y que, refiriéndose al jefe del Gabinete, decía en cierta ocasión no muy distante: “Una renuncia de su puesto ministerial en tales circunstancias es realmente incomprensible. Sea cual fuere la apreciación que merezca su conducta ministerial, la verdad es que nadie le ha increpado ninguna inconsecuencia política y que él *se ha hecho francamente un honor de la solidaridad* que liga á la administración actual con la anterior.” Y basta,

Sancho, que, según he leído en muchos libros, no es ley de caballeros andantes alternar con sus escuderos cuando hablan con personas de noble alcurnia.

¿Qué mucho, señores,—continuó don Quijote, dirigiéndose á los presentes, que colgados se hallaban de sus labios—qué mucho, después de los casos que os he presentado, que cuando un proyecto le agrada, el periodista diga con grave solemnidad que *el proyecto del señor Diputado don Mengano corresponde á la satisfacción de una necesidad imperiosamente sentida por la opinión pública*, ó que, por el contrario, ponga la frase en pasiva cuando el dicho proyecto le desagrade? ¿Qué mucho, finalmente, que al publicarse una obra manifieste que *sin tiempo para analizarla detenidamente sólo diremos que el nombre del autor es el mejor elogio que puede hacerse de tan importante libro?*

Todas estas expresiones é infinidad de otras que no recuerdo por no pecar de prolijo, acusan falta de sinceridad en los diarios, presupuesto que el fin de las letras es manifestar lo que se siente ó lo que se piensa, y presupuesto también que mal puede hacerse manifestación semejante con frases frías y de antemano preparadas. Casos hay, sin embargo, en que el periodista, sin quererlo y sin poderlo remediar, tiene que acudir á la ropa hecha, como cuando en una semana debe lamentar día á día la muerte de alguna persona, ó que hacer durante

mucho tiempo variaciones sobre el mismo tema, que entonces se agota la imaginación más ricamente dotada y el escritor se ve obligado á fingir lo que no siente.

Así, pues, yo no culpo, señores míos, de usar tan pobre lenguaje á todos los que escriben para la prensa, ni hago escribidores de los verdaderos escritores, que eso sería injusticia tan grande como llamar poetastros á todos los poetas, matasanos á todos los médicos, charlatanes á todos los oradores, tinterillos á todos los togados y politiqueros á todos los políticos, bien que mucho de esto se encuentre en la viña de Cristo. Culpo á los que, ignorantes ó faltos de meollo, métense periodistas sin tener las aptitudes que se requieren, y empañan con sus mal concebidos garabatos el diáfano cristal de la prensa, en que, mejor que en otra parte, puede manifestarse la elegancia y riqueza de la lengua castellana.

.....

Febrero de 1888.



LITERATURA OFICIAL

NUNCA llegaré á comprender por qué, habiendo en Chile tantos individuos que escriben bien, la literatura oficial es tan mala.

Porque la literatura oficial es muy mala, es pésima, como puede probarse con innumerables ejemplos.

No me refiero á la literatura legislativa (si vale la expresión) porque ya se sabe que las leyes son bastante mal redactadas. Las hay que no las entienden ni los mismos que de su puño y letra las escribieron. Otras hay . . . : digo mal, faltan algunas que no se han dictado porque no se tiene ni noticia, según dicen, de individuo que á sus conocimientos jurídicos aúne los literarios que son indispensables para redactarlas (ó para confeccionarlas, en estilo oficial).

Tampoco me refiero á la literatura de la policía, que no es intolerable solo porque no es literatura.

—Jamás me podré olvidar de un parte pasado «á quien corresponde» por un jefe de la Guardia Municipal, y que, sobre más ó menos, decía así:

«Comandancia de la Guardia Municipal.—El comandante que suscribe da cuenta de que en la Comandancia del cuerpo que comanda se suscitó una reyerta entre dos de sus comandados, por lo cual el segundo comandante hizo uso de las atribuciones», etc.

Pero de esto no se trata; yo me refiero á la literatura oficial, ó sea á la del Gobierno, de los Ministerios, del DIARIO OFICIAL, etc., etc.

El mejor ejemplo que puedo sacar de que dicha literatura es mala, pero muy mala, es el editorial que el DIARIO OFICIAL publicó el Lunes con motivo de la muerte de S. M. el Emperador Guillermo. Antes de examinarlo literariamente, voy á hacer, sin embargo, algunas consideraciones que estimo pertinentes á lo que me propongo demostrar.

La muerte del Emperador de Alemania ha sido universalmente sentida y universalmente considerada como un hecho de grande importancia para el desarrollo de los asuntos que ahora amenazan romper la paz europea; por estas dos razones, los diarios de Santiago y Valparaiso, EL MERCURIO, EL FERROCARRIL, EL INDEPENDIENTE, LA ÉPOCA, etc., etc., además de las palabras de sincera condolencia á la colonia alemana, han publicado extensos artículos sobre el Emperador, ora originales, ora tra-

ducidos de los diccionarios de Pierre Larousse ó de Vapereau. Todos, en una palabra, han rivalizado en manifestaciones al difunto monarca.

Mientras tanto, ¿qué ha hecho el DIARIO OFICIAL? Órgano de los sentimientos del Gobierno de Chile y porta-voz de su palabra, EL DIARIO OFICIAL dió el Lunes un editorialito (que no merece otro nombre) de tres párrafos y nada más que de tres párrafos.

Esto no debería tomarse en cuenta, porque la bondad no se aprecia por la cantidad, si hubiese en esas pocas líneas algo bueno; pero no hay nada.

Lo más importante del citado artículo es decir que el hecho principal del Emperador Guillermo es haber vencido á los franceses, ó, con sus propias palabras, “el éxito completo de la última campaña en que se empeñaron las fuerzas del imperio.” ¡Y esto lo dice el Gobierno de Chile, que tiene relaciones diplomáticas con el francés! ¡Qué prudencia la del Gobierno que permite que en su nombre se digan tales cosas! ¡Qué admirable tacto el del redactor de EL DIARIO OFICIAL!

Pero no es esto solo: dice el editorialito que las relaciones del Gobierno de Chile con la cancillería alemana son muy justas porque hay en Chile muchos alemanes que con su capital y su trabajo derraman el progreso en nuestra patria. ¡Qué riqueza de ideas! Escribir que en Chile hay muchos alemanes, con motivo de la muerte del Emperador Guiller-

mo, es declarar tácitamente que esa muerte no inspira á nuestros sabios gobernantes ni una idea grande, ni un pensamiento *levantado*—que diría el señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Dejo este orden de consideraciones para analizar la parte literaria del editorialito.

Atención, noble auditorio, que el editorialito comienza:

“El patriotismo alemán está de luto...”

Al primer tapón, zurrapas. ¿Á quién diablos se le puede ocurrir semejante disparate?

¿Acaso ignora el señor redactor de EL DIARIO OFICIAL el significado de la palabra luto? Pues por si lo ignora, voy á decírselo. Luto significa “signo exterior de pena y duelo en ropa, adornos y otros objetos, por la muerte de alguna persona”; y como según el Diccionario de la Real Academia Española (duodécima edición) “el color del luto en los pueblos europeos (Alemania, por ejemplo,) es ahora el negro”, se deduce del editorialito que el patriotismo alemán está de signo negro exterior de pena en ropas y adornos.

Y como el patriotismo alemán es un poco militar, andará, de seguro, militarmente, con luto sobre los galones, ó en forma de banda sobre el pecho, como es de ordenanza á contar de sargento mayor para arriba.

¿Habrá querido decir el señor redactor de EL DIARIO OFICIAL que el patriotismo alemán expe-

rimenta “dolor, lástima, aflixión ó sentimiento” por la muerte del Emperador? Pues si tal fué su intención, debió haber dicho duelo y no luto, porque entre ambas palabras va tanta diferencia como de comer á tirarse con los platos.

Adelante:

“El patriotismo alemán está de luto: ha visto desaparecer al anciano Emperador que prácticamente”

Un paréntesis necesario: el patriotismo alemán no está de *luto* porque el Emperador desapareció, esto es, porque se ocultó, se quitó de su vista con prontitud y velocidad, sino porque lo vió desaparecer. Cerrado el paréntesis.

“ ha visto desaparecer al anciano Emperador que *prácticamente representaba la encarnación de su nacionalidad.*”

¡Bonita frase! De seguro que ni el mismísimo anciano Emperador, siendo tan alemán como era, escribió nunca una filosofía tan alemana como esta de EL DIARIO OFICIAL. ¡Qué frase, Dios mio, tan llena y tan hueca al propio tiempo!

Sigue el editorialito:

“Los largos años que Guillermo (no un Guillermo cualquiera sino el anciano Emperador) permaneció en la escena del mundo y los actos trascendentales en que *le cupo tomar parte*, habían hecho que la Alemania *se habituara á contemplar en él la personificación de su propia existencia, considerán-*

dolo como un símbolo al cual profesaba un afecto *revestido con* todos los caracteres de la veneración.”

Como yo no entiendo bien esta fraseología del DIARIO OFICIAL, sospecho que la frase anterior quiere decir lo mismo que la otra citada, esto es, que Guillermo significaba para los alemanes la encarnación y personificación de su propia existencia nacionalizada. Fin del primer párrafo.

En el segundo viene el piropo aquel á los franceses, de que uno de los dos hechos principales de Guillermo fué haberles vencido en “la última campaña en que *se empeñaron* las fuerzas del Imperio.” De eso no me toca decir nada; anoto, únicamente, para no demorarme, el significado que el señor redactor da á empeñarse, y anoto también que después habla de “la concentración *en uno sólo* de varios Estados que aisladamente carecían de importancia y que reunidos en un cuerpo *único* forman en la balanza de los destinos humanos un peso” etc., en que lo único que pesa es la concentración *en un solo cuerpo único*.

Paso al tercero y último párrafo. Dice así:

“Al ordenar á nuestro Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Berlín y Roma que acuda á los funerales de Su Majestad, y al enviar hoy una palabra de simpatía á los alemanes que residen en la República, el Gobierno de Chile cumple con un estricto deber de *hospitalidad* y de gratitud; tienen el sello de la más perfecta justicia las re-

laciones oficiales que *le ha tocado en suerte* cultivar con la Cancillería alemana.”

Á fin de andar más lijero comienzo ahora de adelante para atrás: la expresión *que le ha tocado en suerte* es muy parecida á la de la primera frase *en que le cupo tomar parte*, y como el editorialito no consta sino de tres párrafitos, indica mucha pobreza la repetición de expresiones tan semejantes.

¿Por qué cumple Chile con un deber de hospitalidad? Cualquiera creería, creyendo bien, que cumplía con ese deber para corresponder á las atenciones hospitalarias hechas por Su Majestad á los ministros de Chile en Berlín, ó cosa parecida; no hay tal, sin embargo; lo cumple porque “en nuestros puertos figura actualmente el comercio alemán en primera línea; el capital alemán alienta en el norte costosas y vastas explotaciones; los colonos alemanes han derramado la industria, que es riqueza, bienestar y civilización, en dos provincias del sur *cuyos bosques impenetrables no habían sido tocados por la mano del hombre*” (los bosques de Arauco á propósito de la muerte del Emperador de Alemania); y lo cumple porque, finalmente, “es alemana *la semilla intelectual que acopian los preceptores chilenos y que irá á fructificar más tarde en el cerebro de nuestras futuras generaciones*” amén.

¿Qué pensarán de nosotros los extranjeros cuando lean esta sarta de desatinos? Ni siquiera tienen el recurso de pedirle al señor redactor que no es-

criba más editorialitos y de exclamar después:—
¡Qué literatura, señor, la literatura oficial!

Postdata.

No solo el redactor del DIARIO OFICIAL se encarga de confirmar mi aserto, sino que también le acompaña el director de las Relaciones Exteriores, que con motivo de la muerte del Emperador Guillermo ha enviado á la Legación alemana una nota bastante vulgar, que termina así:

“Este sentimiento (de condolencia) es también el del país, *el cual* participa del profundo pesar que ahora experimenta la nación alemana, *á la cual* profesa una viva simpatía.”

¡Qué literatura, señor, la literatura oficial!

Miércoles 14 de Marzo de 1888.



LA FUNDACIÓN

DEL

TEATRO NACIONAL

Los diarios de Santiago han publicado la buena nueva de que un actor español que se halla actualmente entre nosotros tiene el pensamiento de fundar el teatro nacional, para lo cual cuenta con la cooperación de varios literatos ó aficionados á la literatura y de algunos compañeros del oficio. Pero sea porque no se abrigue confianza en las fuerzas del actor para acometer tamaña empresa, sea porque se dude de que haya en nuestra patria elementos bastantes para realizarla, sea porque no nos gusta el drama ó porque somos esencialmente apáticos para todo lo que se relaciona con el arte, el hecho es que á nadie se le ha dado un ardite de saber que se piensa en semejante proyecto.

Es verdad que nadie tampoco hará guerra declarada y franca á la idea; pero si ésta llega á realizarse,—lo que es dudoso, por esta vez á lo menos,—tendrá que haber vencido antes, á costa de no pocos afanes y sacrificios, la doble conspiración del silencio y de la indiferencia. Los iniciadores de la empresa y los que coadyuven á la realización de sus hermosos fines deben empezar, pues, por sacudir el sopor en que yace el público, por enseñarle que es necesario dedicar unos instantes, siquiera breves, de la vida á los placeres estéticos y por insinuarle que manifieste de algún modo si acepta la proposición,—ya que sería demasiado cruel pedirle su opinión sobre ella.

Ignoro si el que tiene el pensamiento tiene también el ánimo decidido de acometer la magna empresa de fundar el teatro nacional; ignoro, igualmente, si ha estudiado, para iniciarla, cuáles son los medios de que ha menester y si cuenta con probabilidades de reunirlos todos; é ignoro, por último, si se sentirán sus auxiliares con la fuerza suficiente para dar buen comienzo á la obra y con esa constancia y ese entusiasmo que sólo provienen de una inspiración muy imperiosa que induce á la lucha, ó de una fé muy ciega en el éxito de la jornada, para no desanimarse por los primeros contratiempos y para no ceder al desaliento que producen, antes de llegar á la meta que se proponen como término de sus esfuerzos. Lo que no ignoro, de cierto, es que

una institución como el teatro nacional, que está por nacer, ó que si ha nacido furtivamente se halla todavía en pañales, ha de encontrar en un principio muchas resistencias y de tropezar con muchos obstáculos, al parecer insubsanables, que la hagan detenerse, siquiera momentáneamente, en su camino.

No será, por tanto, trabajo inútil disertar sobre las probabilidades de que el teatro nacional comience vida propia entre nosotros y sobre las condiciones necesarias para que dé en ella con seguridad los primeros pasos,—que son siempre los más inciertos y los más difíciles.

Ya hace algún tiempo, un colaborador de la REVISTA DE ARTES Y LETRAS, *Wanderer*, se ocupó, con motivo de la temporada de Sara Bernhardt, en los requisitos de la dramática y en los cambios que esta rama del arte literario ha experimentado en las diferentes edades y en los diversos pueblos. Yo no voy tan allá: no tengo otro propósito, como queda dicho, que hablar del teatro nacional considerado en cuanto a las probabilidades de su fundación y á las condiciones que son el antecedente necesario del acto de fundarlo.

Con justísima razón ha dicho *Wanderer*, ó sea don Rafael Errázuriz Urmeneta, en el trabajo mencionado, que “el arte dramático requiere para su perfeccionamiento dos constitutivos, dos partes primordiales que forman un solo conjunto: el drama, la primera, y su representación la segunda. Dos

talentos deben trabajar de consuno para presentar ante un tercer elemento,—el público, á la vez testigo y juez,—la obra completa, tan bien concebida por uno como ejecutada y desarrollada objetivamente por otro. Aquél es el autor que piensa y escribe; éste el actor que habla y se mueve sobre la escena.”

Tenemos, pues, en primer término, dos factores principales, esenciales: el drama mismo y la representación de él en la escena. Estos dos elementos se completan y se necesitan de tal suerte que ninguno de ellos es bastante por sí solo á constituir el teatro, como se le concibe en la acepción más propia de la palabra y como se le debiera de fundar en Chile. La acción dramática ha menester del escenario en que se la represente para adquirir todo su colorido y su pleno desarrollo mediante la encarnación de los personajes en los actores, hombres de carne y huesos, capaces de reflejar las pasiones humanas, y mediante el auxilio de la pintura, de la arquitectura y de otras artes, de menos participación ahora, como la música y la danza.

Pero hay otro elemento que debe tomarse en cuenta, aunque no sea requisito intrínseco de la existencia del teatro:—el público.

Si descendemos de las regiones platónicas en que los autores escriben por amor al arte y en que por el mismo sentimiento representan los actores, sin el acicate de los aplausos y sin la esperanza vulgar pero

poderosa del lucro pecuniario, al mundo real en que vivimos y en que las facultades del alma, aun las más nobles, se ponen al servicio de las exigencias de la vida material; si consideramos que los actores y los autores son hombres como nosotros, envueltos muchas veces en miserias y rodeados de apremiantes necesidades, que para cultivar el arte con gloria y con provecho necesitan consagrarle el tiempo que nosotros consagramos á los negocios, de cualquier linaje que éstos sean; y si advertimos, finalmente, que en nuestros días las ciencias y las artes,—sin que pierdan por eso sus hermosas cualidades,—son armas de combate para pelear la batalla de la vida: con facilidad deduciremos que el público es un señor cuya voluntad deben escudriñar é inclinar á su favor los que tienen el pensamiento de fundar el teatro nacional.

Se puede objetar que el amor al arte es muy poderoso en algunos hombres, y que él basta para alimentar la vida del teatro, y que no hay, por consiguiente, necesidad de considerar la cuestión por el lado práctico del beneficio material.

Yo no niego la potencia vital del sentimiento artístico; pero afirmo, con todo, que la aceptación pública influye muy mucho en la producción teatral. ¿Se concibe, acaso, que haya autores y actores que concierten sus esfuerzos, dedicándoles todo el tiempo de que disponen, para representar una obra que nadie escucha ni juzga y que nadie aplaude ni paga?

Y si es creíble la existencia de casos aislados en tan irregulares condiciones ¿puede creerse del mismo modo que por un conjunto de anomalías se llegue al hecho estable de la fundación del teatro nacional?

Es indudable que no; es absurdo suponer que podemos tener teatro si para tenerlo no se cuenta con un público que lo aliente y le de vida propia.

Pero no solo en este sentido es el público un factor importante, porque suponiendo que él exista, lo que luego veremos, es necesario conocer y satisfacer su gusto.

He dicho en otra ocasión, y lo repito ahora, que todas ó casi todas las manifestaciones de la actividad humana, incluso la producción intelectual y la representación artística, están sometidas, directa ó indirectamente, á la ley económica de la oferta y la demanda; esto es, que se establece un paralelismo entre lo que el productor ofrece y lo que el consumidor solicita ó acepta, una balanza en que los platillos fluctúan, es verdad, pero sin que al fin consigan vencerse el uno al otro y lleguen á sufrir un desequilibrio total.

Esta ley rige las relaciones entre los actores y autores, por una parte, y la sociedad por la otra; para que las piezas dramáticas y su representación material cuenten con el apoyo del público es necesario que sean de su gusto, porque éste es, en materia artística, la norma de lo que el consumidor

solicita ó acepta. Sin tal condición el público se alejaría del teatro, que desarrollándose en el vacío, tendría forzosamente que morir.

Y bien, ¿hay en Chile, ó si se quiere en Santiago, un público que demande la producción teatral, ó cuando menos que la acepte? Ardua cuestión es ésta que, discutida con calor, ha merecido los honores de una polémica. Tal vez algunos de mis lectores recordarán que cuando se encontraba entre nosotros el eminente actor don Rafael Calvo,— gloria de la escena hispana, — se levantó gran polvareda en la prensa con motivo de un artículo en que se lamentaba el poco ó ningún entusiasmo por las representaciones de su compañía. Dijeron unos que el público no asistía al teatro porque no le gustaba el drama; otros que porque estaba acostumbrado á la ópera lírica ó porque debiendo optar entre ésta y aquél,—ya que no podía favorecer á ambos en razón de los muchos gastos que tal cosa le demandaría, — optaba por la ópera, impuesta por la moda; y otros, por fin, achacaron el mal á la falta de educación y de gusto artísticos.

Sea por lo que se quiera,—y con esto no pretendo ni deseo desalentar á los que se sientan con alientos para realizar la empresa,—el hecho es que la sociedad de Santiago tuvo en aquel entonces brillante oportunidad de gozar del drama y que, sin embargo, no acudió á él, lo cual es un antecedente para juzgar si el teatro nacional, que no pue-

de tener, por el pronto á lo menos, un conjunto de actores como los de la compañía Calvo y un repertorio como el que aquella tenía, y que debe soportar además el peso del refrán de que nadie es profeta en su tierra, puede contar con el público como elemento de su existencia.

Este antecedente no es, por otra parte, único y absoluto, porque hay quienes piensan que el público tiene afición al drama y esperan que esta afición se desarrolle al calor del justo orgullo por el teatro nacional. Aunque así fuera, siempre habría de considerarse que la educación artística es escasa y que no cundirá tan rápidamente como es de desear, porque para que cunda falta entre nosotros una crítica juiciosa y permanente, como nos faltan las academias y las conferencias literarias.

Enunciado ya el problema del público, que no porque lo trato de ligero puede pasar inadvertido y sin que se le dé franca y segura solución, vuelvo al punto de partida, los autores y los actores, para subir hasta la fuente misma del teatro,—el asunto teatral.

Es oportuno preguntar, entonces, si tenemos autores dramáticos y si podemos tenerlos en el número necesario para satisfacer las exigencias del teatro.

Cuanto á lo primero, contestaré que de algunos años á esta parte varios jóvenes han hecho ensayos ó se han dedicado á la dramática con éxito más ó

menos feliz ó desgraciado. No son muchos, es verdad, ni todas las piezas que han publicado con el título de dramas son acreedoras á este título y dignas de ser consideradas seriamente; pero esto debe achacarse, en parte, á la falta de teatro, y en otra parte á la falta de confianza del público en los autores, todo lo cual desanima á éstos y les quita el deseo de lanzarse por un camino sin horizontes.

Es posible y es probable que, llegado el momento de que una compañía se proponga representar obras nacionales únicamente, aquellas pocas personas de que he hecho mérito y muchas otras que ahora permanecen en la inacción y que quizás les igualan y les aventajan en fuerzas, empleen las suyas en preparar algunas piezas dramáticas. La escena será para los autores una fuente inagotable de esperanzas y los aplausos del público un aliciente bastante poderoso para que traten de conquistarlos.

Pero dudo de que entonces el número de autores sea tal que pueda abastecer las necesidades de un teatro (tomada la palabra en el sentido de temporada de representaciones), de un teatro en que se habrá de hacer estrenos con mucha frecuencia para que la novedad produzca impresión en el auditorio.

Se comprende que en una ciudad populosa y cuyos habitantes son aficionados al drama, pueda una pieza ser representada diariamente y durante mu-

cho tiempo, porque los que una vez presencian su representación, apreciadores de los méritos que encierra, vuelven á verla de continuo y tienen placer en examinar el conjunto, en apreciar un detalle, y en la impresión que les causa una escena, un diálogo, una frase y hasta una actitud; y además el público es bastante numeroso para renovarse casi día á día en la asistencia al teatro. Pero en Santiago, por efecto de la poca población, es una misma la gente, la parte del público que acude siempre á los espectáculos teatrales, como por efecto del poco gusto literario no asiste muchas veces á la representación de la misma obra. Por este motivo necesitaría tener la nueva empresa un gran repertorio, y como él no existe ni es fácil improvisarlo en un momento, ni llegar á formarlo en uno ni en dos años, es dudoso, por ahora, que se funde el teatro nacional.

El trabajo del repertorio puede prepararse paulatinamente porque hay quienes escriban dramas y asunto sobrado sobre qué escribirlos.

Yo no pienso en esta materia como un amigo mío, para quien la fundación del teatro nacional es una quimera, porque, según él, nuestra sociedad está todavía en pañales y no ofrece, por consiguiente, paño de qué cortar al dramaturgo.

Es cierto que en cuanto á sociabilidad no tenemos muchas notas características que nos distinguan del modo de ser español ó francés, pero

aun dentro de nuestra reducida individuación hay un vasto campo de observación y recursos suficientes para millares de piezas dramáticas que serían espejo y retrato de nuestra sociedad, aun cuando, como ella, tuviesen mucho aire francés ó español.

Y además, para que el teatro sea nacional ¿es necesario de toda necesidad que el asunto de la pieza dramática sea también esencialmente nacional?

Algunos creen que sí; pero otros, con mayor razón, á mi juicio, opinan que nó, apoyándose en que las pasiones del alma, los sentimientos humanos, no reconocen nacionalidad y son unos mismos, con pequeñísimas diferencias, si las hay, en todo el mundo, y comunes á todos los pueblos.

Con referencia á este asunto, dice *Wanderer* que “puede haber generalidad ó particularidad. El drama, ó es espejo fiel de una época, de un solo pueblo, de unas costumbres dadas, ó, en cambio, es espejo fiel de un grupo de hombres, no como individuos determinados y precisos sino como miembros de la vastísima sociedad humana.

“En uno y otro caso los efectos son muy diferentes.

“En el primero la limitación perjudica, porque pasadas esas circunstancias, ó esas condiciones especiales, pierde el drama su significacion ó su simpatía para los demás hombres. En el segundo, por la inversa, éstas jamás terminan, toda vez que hay caracteres, tan indelebles como análogos, comunes

á todos ellos y que están lejos de depender, para su nacimiento y desarrollo, de sitios, de tiempo ó de comunidades determinadas.

“Por eso no hay duda de que mucho más dramáticas serán las obras en que se pongan en juego caracteres y pasiones propios á la humanidad en conjunto, que aquellas en que solamente se desarrolla el carácter específico nacional; mucho más dramático será siempre lo *patético* universal que lo *patético* individual.”

Luego, pues, si exceptuamos la comedia de costumbres propiamente tal, que tiene por base necesaria el modo de ser nacional específico, el teatro en sus diversas ramas antes repudia que necesita la particularidad de un pueblo porque *la limitación perjudica*.

Para no prolongar desmesuradamente estas páginas con demostraciones que serían inútiles después de las palabras citadas, pondré un ejemplo que evidencie lo dicho.

La dramática española, que aspira ahora á colocarse en el puesto de honor que tuvo en el siglo de oro, cuenta entre sus grandes producciones á *El Gran Galeoto*; nadie puede poner en duda que este drama es español, hijo y orgullo legítimos del teatro español; y, sin embargo, no es un drama nacional. La idea que le informa y le da vida, las pasiones y caracteres y aún las situaciones dramáticas principales, no tienen el sello de la nacionali-

dad española; antes por el contrario, son el espejo de las pasiones y de los sentimientos de la humanidad en el período ó en el siglo actual.

Se descubrirá en *El Gran Galeoto* algo característico de la sociedad española, la argamasa que liga y da unidad á los demás elementos del soberbio edificio; pero la piedra y los cimientos en que éste descansa son productos que se encuentran diseminados en la vasta sociedad humana.

Así, pues, aun cuando nuestro modo de ser social, á la manera de tierra completamente estéril, no fuese apto para el drama,—como lo es en realidad y en abundancia,—no sería éste por sí sólo un motivo para negar la posibilidad de la existencia del teatro nacional.

Supuesto el hecho, para muchos problemático, de que no falta quienes escriban dramas,—siquiera esos pocos no hayan acreditado de un modo formal sus facultades de dramaturgos,—y aceptado que tenemos lo universal y lo individual como doble fuente de inspiración dramática, correspondería, siguiendo la lógica de las ideas, tratar de los actores y de su escuela de declamación y de mímica.

Esta materia podrá tener lato desarrollo cuando llegue el momento, por desgracia demasiado lejano, de que se abra una clase ó escuela de declamación y, más comprensiva aún, de preparación dramática, para realizar el bello ideal del teatro con actores nacionales, complemento del teatro verdaderamente

nacional; más nó ahora que solo puedo, para no salirme de los límites que me he impuesto, estudiar las condiciones del actor que se propone realizar la empresa en que me ocupo; y este estudio no lo haré yo porque no tengo conocimiento cabal de sus cualidades escénicas, ni sé quiénes son los colegas comprometidos á secundarle.

No echaré, sin embargo, en olvido que el empresario ó el censor de la compañía llamada a representar las piezas nacionales, además del talento indispensable en los que acometen y dirigen una grande obra de inteligencia, necesita tener ilustración y gusto literarios y siquiera mediano conocimiento de nuestra sociedad: lo primero para hacer la censura de las obras que puede y que debe representar, guiando al propio tiempo por los senderos de la belleza el movimiento en favor de la fundación del teatro nacional; y lo segundo como norma relativa de conducta crítica que le permita armonizar la producción teatral con el gusto y las costumbres del público que la fomenta y la estimula.

Estas dos condiciones de la ilustración y gusto literarios y del conocimiento de la sociedad, necesarias, sin duda, en todo empresario ó censor de compañía teatral, son indispensables en quien desempeñe este papel en Santiago, donde, por falta de crítica permanente que ayude á la primera y por incompetencia del público en general para darse

y dar cuenta de las impresiones que recibe en materia de arte dramático, necesita decisión mucho mayor y mucha más firmeza de criterio que en otras partes á fin de que la empresa no se vea en peligro de fracasar.

Como no pertenezco por entero al número de los eternos optimistas que encuentran bueno cuanto se hace y que creen hacedero cuanto sueñan, si aplaudo con todas las veras de mi alma á los que intentan fundar el teatro nacional, dudo mucho de que dicha fundación pueda realizarse de luego a luego. La razón es obvia: aunque tengamos algunos autores dramáticos y aunque los actores sean de primer orden y la censura no deje nada que desear, nos falta la vida literaria y el amor al arte en la sociedad, nos falta el ambiente en que la dramática nacional puede desarrollarse y prosperar. Pasado el primer entusiasmo, como la atmósfera que nos rodea no es propicia al drama, nos faltarían los actores y después las autores y volveríamos á quedar como estábamos y con un desengaño más.

Lo único que ahora puede hacerse, y no es poco, es lo que ha resuelto la empresa de las *tandas* del Teatro Santiago, a saber, ensayar algunas piezas nacionales para representarlas alternadamente con las demás de su repertorio. Esto será un aliciente y un estímulo para los autores. Pero ¿se llegará de semejante manera, como cree la empresa, á fundar el teatro nacional? Lo pongo en duda. Sin

embargo, si lo que ahora se comienza á realizar es el primer paso hacia la fundación de nuestro teatro, que vientos prósperos hinchen las velas de la barquilla que se intenta soltar al mar de la vida y que el aplauso público salude al que la suelte.

Abril de 1888.



DON JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

POR DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

ACABAN de publicarse en edición separada los apuntes biográficos sobre don José Joaquín de Mora, que vieron, años atrás, la luz primera en diversos números de la REVISTA DE SANTIAGO. Diferénciase la obra actual de la de antaño en la mayor copia de datos, reunidos y anotados con posterioridad á la primera publicación. En este sentido, y tomando en cuenta que dichos datos y documentos permanecían en parte inéditos hasta la fecha, el tomo á que voy á dedicar algunas líneas puede considerarse como libro póstumo del laborioso escritor don Miguel Luis Amunátegui.

La muerte, que impidió al señor Amunátegui terminar interesantes trabajos que tenía comenzados, privóle también de la satisfacción de ver

reunidos en un tomo impreso los apuntes biográficos sobre Mora. Su obra no debía, sin embargo, quedar inédita, y manos cariñosas se han encargado de entregarla á la publicidad, haciendo de esta suerte que el espíritu del señor Amunátegui superviva de manera sensible en la memoria de sus conciudadanos y de todos los amantes de la literatura.

Los literatos mediocres, los que encuentran estrecho el campo para sus talentos, porque no saben ó no quieren explotar el infinito que les rodea, terminan la peregrinación sobre la tierra satisfechos de haber legado á la posteridad todas sus concepciones; los grandes literatos, los que escriben por la atracción irresistible que sobre ellos produce el arte ó por el deseo nabilísimo de enseñar, esos dejan casi siempre tras de sí, á la manera de brillante estela, algún propósito que no alcanzaron á realizar ó alguna obra que en vida no pudieron concluir ó cuando menos publicar para enseñanza y deleite de sus semejantes. Dominados por la fiebre del trabajo, alentados por el éxito de sus esfuerzos ó por la pasión de sus sentimientos, que les arrastra á dar formas á cuanto en la mente crean, tiene su iniciativa pendiente de varios asuntos á la vez, de modo que cuando la muerte les sorprende quedan algunos de ellos sin resolverse.

Así, don Miguel Luis Amunátegui, que durante tantos años prestó asidua é inteligente consagración

á las letras y que en el vasto y hermoso campo literario realizó una labor considerable, no le pudo dar coronamiento con las publicaciones que tenía preparadas. Inició el trabajo de las *Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile, especialmente en el lenguaje legal y forense* y dejó concluidos el tomo III de *Crónica de 1810* y los apuntes biográficos sobre don José Joaquín de Mora.

Interesa saber, y es necesario decirlo, que esta última obra tiene el carácter de apuntes biográficos —como el autor los llama— que ligados entre sí forman la historia de la vida del señor Mora y dan a conocer sus ideas y las causas al servicio de las cuales puso su inteligente actividad, pero que no constituyen una biografía literariamente perfecta en cuanto á su composición.

En efecto, hay en el libro en que me ocupo dos talentos que de consuno lo han compuesto, aunque uno de ellos prevalece visiblemente: el del literato y el del recopilador; este segundo es el que aporta mayor esfuerzo, comoquiera que la copia de documentos es numerosa y escogida y acusa gran perseverancia para buscarlos ya en papeles inéditos, tales como la correspondencia y cartas del mismo señor Mora, ya en libros y escritos diversos sobre el personaje y su época, ya finalmente, en el testimonio verídico de personas que tuvieron relaciones con aquél ó que fueron contemporáneos suyos y

testigos, en mucha parte, de sus actos. El talento de literato, subordinado al del recopilador, se revela en la redacción de numerosas páginas en que el señor Amunátegui suple el vacío de la documentación y en que comenta ó defiende los actos de Mora, y los reduce, pasándolos por el tamiz de la crítica histórica, al valor que según él tienen, y se revela también en el apasionado cariño con que sigue á su héroe en las variadas circunstancias de la vida, para darnos de él un retrato que se aproxime cuanto es posible al original.

Puede decirse que en la composición literaria de sus apuntes biográficos sobre Mora, el señor Amunátegui ha seguido un sistema sincrético, adoptando, según las necesidades ó la conveniencia, uno ú otro de los dos grandes sistemas históricos: así, en un punto deja que los documentos manifiesten casi por sí solos las tendencias del personaje en orden á diversas evoluciones políticas referentes á Chile, y en otros se detiene á comentar sus ideas y á manifestar la bondad de ellas, tanto en el terreno de las abstracciones como en el de la aplicación práctica.

Esa falta de un plan fijo en la composición literaria de la obra no es defecto involuntario, sino que tiene, en parte, una explicación muy clara (que nos ha sido dada por el señor don Augusto Orrego Luco) en el deseo de combatir cierto orden de ideas políticas.

Dice el señor Orrego Luco:

“Hace diez y seis años,—cuando se dieron á luz en la REVISTA DE SANTIAGO las páginas que ahora reaparecen,—atravesaba el liberalismo una hora de crisis incierta y peligrosa. El partido conservador amenazaba sériamente la existencia misma de la enseñanza del Estado. Una hábil propaganda difundía en la opinión doctrinas que bajo apariencias liberales, entregaban la enseñanza al desastroso predominio de la Iglesia, y estadistas conservadores llevaban esos doctrinas al gobierno.

“La libertad de enseñanza era la voz de orden de una poderosa agrupación política que entraba impaciente y resuelta en los consejos de gobierno y que a la sombra de esa bandera liberal asestaba golpes seguros y mortales á la organización de nuestro sistema de enseñanza, amenazando hacer pedazos la instrucción pública y gratuita, que era una de las pocas instituciones liberales que habían escapado al tremendo naufragio de la reacción conservadora del año 33.

“Siguiendo sus procedimientos habituales para combatir las doctrinas que asomaban en esa hora de crisis peligrosa; el señor Amunátegui quiso traer á la memoria recuerdos lejanos, que tenían una viva oportunidad en esos momentos, para deslizar en medio de esas reminiscencias del pasado la refutación de las doctrinas que se empeñaba en combatir.

“Ese propósito necesariamente despojaba al libro

de Amunátegui de la vigorosa unidad que exige la composición de un retrato literario, y lo ha obligado á entrar en forzadas y casi violentas digresiones. Pero en cambio de la unidad rota y de la armonía sacrificada, ha servido el escritor en ese libro una causa comprometida en esos días y ha hecho á doctrinas generosas un voluntario y difícil sacrificio" (1).

La índole meramente literaria de estas páginas no me permite entrar en una disertación, más ó menos larga, para probar que lo del *desastroso predominio de la Iglesia* en la enseñanza es un lugar común del periodismo liberal, y para discutir, como desearía, la generosidad de la doctrina del estado docente contrapuesta á la de la libertad de enseñanza; reproduzco las palabras de uno de los directores de la REVISTA DE SANTIAGO sólo para manifestar que la falta de unidad en el plan de la obra en que me ocupó, y sobre todo la falta de un sistema histórico de redacción, tienen por causa el propósito del señor Amunátegui de prestar un servicio, con el libro sobre Mora, á las ideas que profesaba.

Por lo demás, el libro del señor Amunátegui es precioso como fuente de averiguación histórica, sobre todo en cuanto se refiere á Mora en sus relacio-

(1) Artículo editorial de EL MERCURIO de Valparaíso, de 26 de Abril de 1888.

nes con Chile, y ofrece interés sobrado para que su lectura sea agradable.

Don José Joaquín de Mora puede ser considerado, por nosotros, en tres aspectos principales: como literato, como amigo de Chile,—aunque después su acérrimo censor,—y como partidario de cierto orden de ideas políticas y sociales. Estos tres puntos tienen desarrollo más ó menos extenso en la obra del señor Amunátegui, abundantísima especialmente en los dos segundos, que son, sin duda, los que más interesan á los chilenos.

El historiador biográfico ha tenido que analizar muy detenidamente la influencia ejercida por Mora en nuestro modo de ser social y político, para despojarla de los exagerados contornos de que algunos la habían revestido. Un escritor chileno no podía, sin desconocer los fueros de la verdad, dejar que con su aceptación ó su silencio cundiera la especie muy propalada de que Chile debía á Mora el trabajo de organización social que vino después de nuestra independencia, el orden político y administrativo en el interior y el crédito y fama en el extranjero. Tal situación, si debe algo, como no puede negarse, al talento y al esfuerzo de don José Joaquín de Mora, no se debe exclusivamente á él, comoquiera que la organización de un pueblo que rompe las ligaduras de la colonia para formar parte del concierto de las naciones independientes, no es obra de un día y de un hombre sino de una generación.

Era, pues, necesario, restablecer la verdad histórica, y el señor Amunátegui la ha restablecido, sin arrebatarse por eso al señor de Mora los méritos adquiridos por la participación real y efectiva que tuvo en dichos sucesos.

Además de la parte que le cupo en nuestro arreglo político y administrativo, Mora prestó servicios á Chile en el campo de la enseñanza. La fundación del Liceo de Chile, á que poco tiempo después vino á hacer competencia el Colegio de Santiago, regentado por don Andrés Bello, se encuentra vinculada á los primeros pasos dados en ese sendero. La fundación y el sostenimiento del Liceo se hallan relatados extensamente en el libro del señor Amunátegui, de tal suerte que el lector se forma idea casi perfecta de los esfuerzos de Mora y de las infinitas contrariedades que tuvo que soportar.

Pero el distinguido gaditano, amigo de Chile, tornóse después de su destierro en implacable censor de esta nación y en adversario cruel y acérrimo de algunos de sus hombres de Estado. Buen testimonio de ello dan sus sátiras y sus cartas, que, por otra parte, acusan la veleidad de sus sentimientos. Así, después de haber calificado de asesino á O'Higgins en la célebre elegía á la muerte de los Carreras, fué el admirador más entusiasta de aquel prócer.

Las numerosas cartas insertas en el libro del se-

ñor Amunátegui manifiestan de un modo completo los sentimientos de Mora en orden á los prohombres y á los sucesos de nuestra patria. En ellas se da á conocer el individuo con todas sus cualidades y sus defectos, y en ellas también revela sus ideas y sus pasiones. Las agresiones contra Chile no escasean, antes, por el contrario, abundan; pero, la verdad sea dicha, ya no nos causan odio ni rabia contra el que las profirió, porque el tiempo ha amortiguado el veneno que encierran.

Desterrado de Chile, Mora continuó su peregrinación en el Perú, Bolivia, Londres y España, su país natal, donde vivió consagrado á las letras hasta su muerte. En todos estos puntos le sigue el señor Amunátegui,—como antes le habia seguido desde la cuna,—inquiriendo sus trabajos, analizando sus ideas, estudiando sus producciones literarias. Si en esta parte el libro no es tan abundante como respecto de Mora en sus relaciones con Chile, débese á la dificultad misma de encontrar noticias y acaso á que no son tan interesantes algunos pormenores de su vida íntima, como lo son los más mínimos detalles de su estadía en nuestras tierras y en tierras extranjeras mientras se preocupaba principalmente de nosotros.

En la recopilación y redacción de sus apuntes biográficos sobre Mora, el señor Amunátegui quiso, al decir de uno de sus críticos, hacer un generoso servicio á sus ideas en materia de enseñanza

oficial, deslizando suavemente, entre los recuerdos de una edad pasada, la refutación de ideas que condenaba, y quiso también rendir un homenaje de respeto y de gratitud al literato y muy principalmente al hombre que prestó buenos servicios á Chile cuando hacía pocos años que habíamos nacido á la vida de nación independiente. Cuanto á lo primero, respetando el derecho que cada uno tiene para propagar, dentro de ciertos límites, las doctrinas que profesa, sólo diré que no sé, ni es del caso averiguar, si la propaganda del libro en que me ocupo ha conquistado algún prosélito ó ganado un palmo de terreno á la doctrina contraria, que entrega la enseñanza, no al *desastroso predominio* de la Iglesia, sino á la particular iniciativa y atención de los individuos amantes de su patria. Respecto de lo segundo, el señor Amunátegui ha realizado su noble intento. La vida y los actos de don José Joaquín de Mora se encuentran ámpliamente desarrollados en ese libro, en que pudiera haber tomado más parte el literato y menos parte el recopilador, pero en que uno y otro, reunidos en un hombre de inteligencia y de trabajo, que por esto y por haber bajado á la tumba nos merece doble respeto, han rendido tributo de admiración á una persona distinguida y han hecho justicia á un literato de talla y amigo y servidor de Chile.

Abril de 1888.



EL RIGOR DE LA CORNETA

NOVELA HISTÓRICA POR DON ARTURO GIVOVICH

“Día de mucho, víspera de nada”, suelen decir con festiva despreocupación mis compatriotas cuando comen de mantel largo.

Esta frase tiene significado único, sin duda, si se aplica en sentido estricto; pero dándole mayor latitud y tomándola en su acepción más amplia, sirve también para manifestar las alternativas de la vida, la sucesión de los años secos á los lluviosos, de que nos hablan los antiguos libros.

“Día de mucho, víspera de nada”, pudimos decir el año pasado, refiriéndonos á la producción novelesca, los que nos preocupamos del movimiento literario de nuestra patria. Y al decirlo habríamos tenido razón, porque el año de 1887 se recordará por el gran número de novelas, y de novelas muy aceptables, que vieron la luz pública, y este año de

gracia en que estamos y que ya entra en la segunda mitad de su duración, sólo se nos da *El Rigor de la Corneta* para satisfacer nuestro apetito artístico-novelesco. Á lo menos yo no tengo conocimiento de que se haya publicado otra obra del mismo género.

El Rigor de la Corneta, ó Escenas de la vida de campaña, es una novela histórica escrita por don Arturo Givovich, caballero á quien conozco únicamente por este libro y por algunas producciones insertas en uno de los tomos del certamen Varela, y de quien tan sólo sé, ateniéndome á la dedicatoria de la novela, que fué de los valientes que á la sombra de la bandera del batallón Miraflores sostuvieron la grandiosa contienda del Pacífico.

No hago estas advertencias á humo de pajas: la primera tiene por objeto manifestar que el señor Givovich es un escritor nuevo,—ya que no puedo asegurar que es joven,—y la segunda acreditar que, como espectador ó actor de muchos de los sucesos que narra, merece crédito en cuanto á la veracidad y fidelidad de ellos.

Se comprenderá fácilmente, por esta segunda consideración, que el señor Givovich está en mejores aptitudes que otros novelistas nacionales de más estudio y de más práctica que él, para escribir una novela histórica, porque tiene á su disposición una fuente riquísima de situaciones históricas y novelescas. Con acudir á sus recuerdos y á su propio corazón, puede hacer revivir la época de la guerra,

sin necesidad de emplear largo tiempo en averiguaciones y estudios minuciosos, estudios y averiguaciones que no pueden dar, á la postre, un conocimiento tan íntimo y perfecto de los sucesos como el que tiene quien ha sido actor en ellos.

Pero si el novelista de la especie histórica debe conocer la época ó la situación en que se basa su novela, debe también, como los demás artífices del mismo género, someterse á leyes artísticas que son comunes á todos los novelistas y poseer, de consiguiente, las mismas cualidades que poseen los otros.

Al lado de la parte histórica, y junto con ella, debe colocarse la literaria ó artística para que el cuadro resulte completo; quien acumula hechos y reúne datos y detalles, perfectamente verosímiles y exactos, si se quiere, allega, como historiador, elementos para una obra que sólo queda concluída y perfecta cuando el literato le infunde el soplo del arte que cultiva.

Ahora bien, pasando de estas consideraciones generales al estudio sobre *El Rigor de la Corneta*, diré que encuentro en esta novela un defecto capital, cual es el de no ser obra de literato sino simplemente de historiador, que escribe los datos sin arte y sin el debido concierto.

El literato de raza,—para valerme de una expresión bastante gráfica,—no puede ni debe olvidar por un instante siquiera que como primera condición se exige á la novela que interese, esto es, que

grande y generosa, aunque inconsulta, que une á los juvenes, contrariada y robustecida á la vez por accidentes verosímiles que nacen de las obligaciones del joven oficial chileno, á quien el rigor de la corneta, ó sea la disciplina militar, desbarata sus planes, y por los sentimientos de un padre herido en su dignidad, que manda á su hija á esconder su vergüenza en un pueblo apartado de la sierra adonde no lleguen ni noticias de Lima y adonde por feliz coincidencia llega, agotada por la cruda guerra de los enemigos y de la naturaleza, la expedición de que forma parte el oficial; y hay situaciones verdaderamente dramáticas, como el conflicto último de la niña, que debe abandonar para siempre al hijo de sus entrañas si quiere volver á juntarse con su amado, que es su único bien, ó que debe abandonar á éste para siempre también, y entregarse por completo á los azares que la Providencia le depare, sola y sin apoyo el que menor, si quiere tener noticias de su hijo y cuidarle con todo el amor de madre, conflicto que se soluciona por el enlace de los jóvenes unidos anteriormente en el amor.

Suponiendo que este episodio fuera perfecto y que del mismo modo lo fueran otros de menor importancia que aparecen en la novela, y que están lejos de serlo, *El Rigor de la Corneta* sería siempre una obra defectuosa por la languidez de algunas escenas, por la vulgaridad de otras y por el estilo en que está escrita.

En lo meramente histórico de la novela hay páginas muy interesantes, tomadas de la expedición que una parte de nuestro ejército realizó atravesando las sierras del Perú. No son cuadros vivos en que el ¡ay! de los moribundos que exhalan el último suspiro peleando por la patria se confunde con el estruendo de las balas, y en que se olvidan las heridas porque en el fragor de la batalla el estrépito y la agitación lo dominan todo; nó; son escenas de color indeciso, veladas por las opacas sombras de la tarde, ó alumbradas débilmente por la luna, en las cuales experimentamos las fatigas de un ejército en marcha por las sierras, marchas lentas, penosísimas, de un ejército que tiene que salvar obstáculos al parecer insuperables, sin abrigo para resguardarse del frío, sin techo para cobijarse durante las tempestades, sin alimento suficiente para satisfacer su hambre, sin medio alguna artificial para atravesar los ríos y trepar las más empinadas cumbres, y sin más incentivo para dar término á la ruda jornada que el cumplimiento austero del deber.

Leyendo algunas de esas páginas, escritas sin el arte del literato, pero con la veracidad del que ha sido actor, se sienten verdaderamente los desfallecimientos del soldado que durante días y días hace jornadas de muchas leguas, rendido de cansancio y hambre, por desfiladeros y senderos montañosos, rígidos sus miembros por el frío, ensangrentados sus pies por los guijarros del camino,

ahogados sus pulmones por el soroche y por las punas, quemado su cutis por la intemperie, herida su vista por la blancura de las nieves que atraviesa, teniendo que lidiar todos los días con ríos, desfiladeros, emboscadas, pendientes, pantanos y peligros de toda suerte; expuesto á recibir á cada instante una galga ó una bala de los montoneros; sin poder avanzar y sacando fuerzas de lo más íntimo del alma para dar un paso y juntarse, tarde la noche, con los que van una legua más adelante; sin auxilio el que menor y teniendo que prestarlo á los camaradas heridos ó materialmente imposibilitados para valerse por sí mismos; y todavía, con la expectativa de caer en manos de montoneros salvajes y de ser por ellos brutalmente descuartizado.

¡Oh! esas escenas se ven, se sienten en el alma; leyéndolas se comprende lo que es el amor á la patria y los cruentos sacrificios que ésta impone á los defensores de su honor y su bandera, y se experimenta respetuosa y ardiente veneración por los que, estén vivos ó hayan muerto, tan alto pusieron el nombre de Chile á costa de esfuerzos gigantescos y de raudales de sangre.

Pero esos cuadros se suceden día á día, con variaciones insignificantes, y aunque el novelista anuncie que no repetirá detalles que anteriormente ha dado, acompaña á la expedición en la jornada siguiente y la subsiguiente, y en la tercera y cuarta, y entre ellas mezcla, á manera de oasis, episodios in-

significantes y vulgares que no alegran y que no agradan porque la novela está en suspenso, y porque el lector, que comienza á olvidar el principio, desea saber el desarrollo que toma y llegar á su fin.

Este fin se aproxima, y aun cuando es un poco precipitado el enlace del oficial chileno con la niña limeña, y no muy interesante, considerándolo artísticamente, el desenlace de otros amoríos que corren paralelamente con el asunto principal, el lector se alegra porque ya puede imaginarse los episodios separadamente y cada uno por entero.

Bien pudiera censurar más detenidamente en *El Rigor de la Corneta*, y sería este el momento de hacerlo, la vulgaridad de algunas escenas, que si pueden ser exactas de toda exactitud, no dejan por eso de ser vulgares en cuanto á su fondo é innecesarias, á lo menos en la minuciosidad con que han sido descritas, en cuanto al desarrollo de la novela; prefiero, sin embargo, dar de mano á tales censuras, y decir, antes de terminar, algunas palabras sobre el estilo.

Todos sabemos que Chile no es tierra de literatos, ó sea que la perfección y el gusto literarios no son patrimonio de los chilenos, algo que flote en el espacio y de que cada cual se aproveche, sin esfuerzo ni molestia, para comunicarse con sus semejantes.

Para escribir, pues, obras que si no alcanzan á pasar á la posteridad como monumentos gloriosos

de la literatura, alcancen cuando menos el aplauso desinteresado de los contemporáneos que las juzgan con ánimo imparcial y sereno espíritu, es necesario prepararse convenientemente, conocer, mediante el estudio, los tesoros del idioma y saberlos emplear con discreción, mediante el continuado trabajo. Proceder de otra suerte es caminar á ciegas por una senda que muchos empiezan á recorrer, pero al término de la cual sólo llegan los que van guiados por la luz de sus vastos y profundos conocimientos.

El estilo tiene algunas cualidades que varían según los escritores, pero tiene otras que obligan á todos ellos, y que, como he dicho, no son el ambiente que respiramos, de suerte que no están al alcance del que desea escribir sin darse más trabajo que el material de tomar la pluma y comenzar la tarea.

Fuerza es confesar á voz en cuello, para que el mal ejemplo no cunda, que en el estilo de *El Rigor de la Corneta* no se advierte ninguna de las cualidades á que he hecho referencia: es un estilo flojo, trivial, desaliñado, sin nervio ni brillo y desprovisto por entero de elegancia; tiene colorido en ocasiones, pero que no alcanza á cubrir con su manto luminoso los defectos anotados; y, por último, las comparaciones no escasean, pero son generalmente muy remotas, vulgares y sin mérito.

Junio de 1888.



LO QUE NO TIENE SANCIÓN

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO POR
DON ANTONIO ESPIÑEIRA

Ho há muchos días me topé en la calle con una persona que, así como hubimos cambiado las frases de estilo en tales casos, me interrogó muy imperiosamente:

—Dígame Ud.: el drama que acaba de publicar el señor Espiñeira ¿le parece á Ud. bien ó mal?

—Según y conforme, alcancé á contestarle, cuando dicha persona me interrumpió:

—¡Vamos, seor crítico! Déjese de ambigüedades y dígame por favor, salvo que no lo haya leído, si cree que el drama es bueno ó malo; ó en otros términos, si está Ud. con un colega suyo, que á vueltas de algunas censuras lo cubrió de alabanzas, ó con el jurado universitario, que no lo consideró digno de ser tomado en cuenta.

—Creo que hay exageración en los dos términos.

—Se sale Ud. por la tangente, amigo mío, y me da razones que mejores no las sabría dar un ministro interpelado; pero, en fin—agregó riéndose—seguiré la interpelación hasta obtener de Ud. una respuesta precisa.

—De mil amores le contestaría, mi señor y amigo; pero, por el momento....

—¿No tiene Ud. tiempo?

—Exacto.

—Bien está: ¿qué plazo desea Ud. para contestarme?

—Cuatro días.

—Convenido. Ud. querrá saber ahora el motivo de mi pregunta y de mi apuro, ¿no es verdad?

—Sin duda, porque no me explico ni uno ni otra.

—Es el siguiente: noches pasadas charlaba con un amigo mío, tan lego como yo en materias literarias; pronto salió á bailar *Lo que no tiene sanción*, que acabábamos de leer en la REVISTA DE ARTES Y LETRAS, y como nuestras opiniones fuesen opuestas, acordamos someterlos á la de un tercero que nos la pudiese dar imparcialmente; por esto he ocurrido á Ud. que cumplirá, no lo dudo, con el requisito indicado.

—Acepto gustosísimo el encargo y prometo desempeñarlo con toda imparcialidad, ya que no con la suficiencia que Ud. desearía.

—¡Oh! falsa modestia á un lado, y hasta la vista, amigo.

—Hasta luego, señor mío.

Y en seguida de un apretón de manos nos separamos.

Dentro de cuarto día, como era preciso que lo hiciera, remití por correo á mi cliente las páginas que van á continuación.

Muy señor mío y mi amigo:

Deseoso de satisfacer cumplidamente el compromiso que con Ud. contraí de darle mi opinión sobre el último y recién publicado drama de don Antonio Espiñeira—compromiso que, se lo dire á Ud. en franqueza, tiene para mí halagos y escabrosidades, tan difíciles de salvar éstas como lo son aquéllos de resistir,—he vuelto á leer, con el detenimiento que el caso requiere, la referida pieza, á fin de refrescar mis impresiones, que ya comenzaban á perder aquella claridad y aquella precisión indispensables cuando uno desea trasmitirlas á los demás.

Si Ud. no estima tan desdeñosamente como un colega mío, que el exponer por entero el argumento de un drama es “costumbre y usanza de los reviseros literarios”, voy á darle, bien que lo conozca, el de *Lo que no tiene sanción*. De esta suerte, y con el original á la vista, se penetrará Ud. de la imparcialidad y justicia de mis observaciones.

El bueno de don Salvador—que es tan buen hombre como abogado,—esposo de doña Irene, padre de Matilde y tío de María y en cuya casa viven ésta y su hermano Vicente, comienza á temer que el amigo Joaquín alborete su hasta entonces pacífica morada. Joaquín es un mozalbete desenvuelto, audaz y galanteador, de esos que andan declarando pasión eterna á cuanta niña encuentran y que llaman boberías el valerse de paños tibios para manifestar sentimientos amorosos, que por lo general no sienten; así se lo indica á Vicente en una conversación, á la postre de la cual se descubre que Joaquín y Vicente están enamorados de Matilde.

En aquellos temores se agitan, aunque no mucho que digamos, don Salvador y doña Irene, cuando les llega una carta de Ricardo—personaje que no aparece en el drama de otra suerte que de nombre,—en que solicita la mano de María. Como el asunto es grave, don Salvador encarga á Vicente que lo ponga en noticia de su hermana y que le pida su consentimiento; pero María, lejos de acceder á lo solicitado por Ricardo, confiesa á su hermano que está enamorada de Joaquín. Vicente desespera entonces de su situación: conoce, por una parte, el amor de Joaquín á su prima, á quien él también ama, y sabe además que aquel galantea á un tiempo á Matilde y á María.

Doña Irene y don Salvador están á obscuras del verdadero estado de Vicente, de Matilde y de Ma-

ría; estas últimas lo están igualmente de que aman al mismo joven, pero Matilde sabe, ó presume más bien dicho, el amor que Vicente le profesa; y los dueños de casa, además de los temores, abrigan sospechas vagas de que algo sucede, sospechas que toman consistencia cuando Matilde se desmaya en una visita al oír la noticia (noticia falsa, como después se verá), del casamiento de Joaquín.

¿Qué hacer entonces?—Doña Irene resuelve valerse de María como intermediaria para sondar los sentimientos de su hija; le encarga, le suplica que se los indague, y María, en confidencia con Matilde, le revela, como antes á Vicente, que, puesto que sin esperanzas, está enamorada de Joaquín; al oír esto Matilde se altera, María conoce que su prima lo ama también, y, compadeciéndola, le dice que él ama á otra—¡cruel puñalada!—sin saber que Matilde es esa otra.

Después de esto, se comprende, Vicente y María no pueden permanecer por más tiempo en la casa de sus tíos y resuelven abandonarla; así se lo manifiesta aquél á don Salvador, que, ignorante de las causas de tan extraña determinación, como está ignorante de ellas y de todo lo que pasa doña Irene, se desespera en vano, hasta que sorprende el amor de Vicente y llama entonces á Matilde y se la da por esposa; pero la niña llora y Vicente le comunica á su tío, por lo bajo, que está enamorada de Joaquín.

En el instante de esta declaración entregan á don Salvador una tarjeta de visita; Vicente se aprovecha de la corta ausencia del caballero para decir á Matilde que en nombre de ella ha ido á comunicar su amor á Joaquín: Matilde protesta que no le aceptará jamás en calidad de esposo, por no causar un dolor á María. Entran entonces en escena doña Irene y María y poco después don Salvador con Joaquín; aquél anuncia que éste viene á pedir la mano de su hija; Matilde lo rechaza y le ofrece, en cambio, la de María, que también lo rechaza. Por las exclamaciones de los personajes se descubre toda la madeja del ovillo: Joaquín comprende y confiesa que ha enamorado á las dos niñas, y doña Irene le ordena salir de la casa, con lo que termina el drama, dándole tiempo, sin embargo, á don Salvador, de suspirar al cielo porque llegue pronto la sanción social para tal crimen.

Tal es, mi señor y amigo, no muy extensa, pero sí fielmente relatado, según creo, el argumento del último drama de don Antonio Espiñeira. Si Ud. lo examina con atención, descubrirá en él dos tendencias, tan loable la una, cuanto de perniciosas consecuencias la otra, en esta pieza á lo menos.

La primera tendencia es la de buscar el interés dramático en los sucesos de las capas elevadas de nuestra sociedad, analizando su modo de ser, escudriñando sus vicios y defectos. ¿Se comete en la sociedad nuestra, tal como está actualmente orga-

nizada, lo que el autor llama crimen social de que un joven galantee y enamore á dos niñas á la vez? Sin necesidad de contestar de una manera terminante y afirmativa, puede decirse que es posible que se cometa, atendidos la frivolidad de sentimientos y el relajamiento de las costumbres y de los principios morales que comienzan á observarse, y esto basta para que el dramaturgo se apodere de ese hecho, consecuencia no enteramente lógica, pero verosímil, de tales antecedentes, y lo convierta en elemento dramático.

Ud. convendrá conmigo fácilmente en las ventajas de esta tendencia: siguiéndola y desarrollándola, junto con abandonarse la servil imitación, que estrecha los horizontes dramáticos, se va echando las bases de un teatro nacional, inspirado en nuestro modo de ser, que refleje nuestras costumbres y que, tocando las fibras del corazón de nuestra propia sociedad, nos conmueva y nos deleite más que puede, en igualdad de circunstancias, el teatro de otras naciones.

Permítame, pues, amigo mio, enviar dos palabras, una de felicitación y otra de aliento, al que, sin dejarse engañar por los brillantes reflejos de el delgado manto de oro que cubre á nuestra sociedad, aunque también sin despreciar, como si fuera escoria, el metal de buena ley que encierra, ha sondado el fondo de ella para analizar sus virtudes y sus vicios; pero permítame también de-

cirle que se necesita penetración muy vigorosa y criterio muy firme para dar con los elementos verdaderamente dramáticos que la sociedad ofrece, para extraerlos sin que pierdan en la extracción los accidentes de verosimilitud y para construir con ellos el soberbio edificio de un drama.

Ahora bien, si esta tendencia es muy loable, debemos lamentarnos de que se le haya ingerido otra de perniciosas consecuencias en *Lo que no tiene sanción*: me refiero á la de dar al arte un carácter docente para convertirlo en azote de vicios y pregonero de virtudes.

Partidario decidido como soy de la teoría del arte por el arte, única que le otorga toda la independencia y la dignidad que le corresponden, y á que tiene justísimo derecho, en el mundo de las concepciones humanas, acepto, sin embargo, que se le dé carácter trascendental, en cuanto este carácter, que no es elemento del arte sino mero accidente de una producción que tan bien puede existir y tan bella puede ser con él como sin él, no perjudique á la obra artística. Buena es la producción artística si realiza la belleza porque llena entonces su objeto; y mejor será, no en cuanto artística sino en cuanto humana, si además de bella es trascendental ó moralizadora; pero será defectuosa si en aras de lo trascendental se sacrifica en ella la belleza.

Y no hay que dudar, amigo mío, sino que la mayor parte de los defectos del drama de don Antonio

Espiñeira provienen del deseo de moralizar; analicémoslos y se convencerá Ud. de lo dicho.

El primero y más importante de todos, porque se refiere y afecta al drama entero, es la falta de vigor dramático. ¿No la ha notado Ud? ¿No ha encontrado débil ese nudo que uno no ve y que sólo conoce de oídas, de los galanteos de un joven á dos niñas á la vez? Acaso, y sin acaso, la acción habría ganado muchísimo en interés si Joaquín apareciese en escena enamorando, como diz que lo hace, á Matilde y á María. La relación de la conducta de Joaquín produce muchas menos situaciones dramáticas de las que produciría la conducta misma. Figúrese Ud. á ese mozalvete cortejando á dos niñas que viven en la misma casa: el interés aumentaría, entonces; pero siendo verdad, como es, que obras son amores y no buenas razones, ¿no cree Ud. un poco difícil que Joaquín llegase hasta el fin engañando á las dos, y no cree también que el drama no tendría el desenlace que tiene y que tal vez el malvado no recibiría el castigo que recibe por su crimen social? No achaquemos, sin embargo, por entero este defecto, que es gravísimo, á la corriente que le he indicado, y pasemos á otro en que más palpablemente se vea la perniciosa influencia del deseo de moralizar.

Ese otro defecto se encuentra en la escena final, en que Joaquín, siendo rechazado por Matilde y por María cuando va á pedir la mano de la prime-

ra, y siendo también arrojado de la casa por doña Irene, recibe el castigo de su crimen. La verosimilitud, fuera de la cual no concibo interés novelesco ni dramático, se ha sacrificado á la lección moral de que salga confundido el criminal. ¿Se comprende que Joaquín vaya á casa de don Salvador á pedir á Matilde por esposa sin estar cierto de que ésta le aceptará? I suponiendo que se comprendiera, ¿es posible que Matilde, estando enamorada de él, lo rechace para siempre jamás por no causar dolor á María, que también lo está?

Hay que convenir en que en este final falta la verosimilitud, y en que si puede ser edificante, no es bello.

Pero hay todavía otras escenas inverosímiles: la observación que acabo de hacer respecto de Joaquín es extensiva á Ricardo, que solicita por medio de una carta la mano de María; no encuentro natural, lo repito, que un joven haga semejante petición, y la haga por correo, sin saber de cierto si será correspondido, y no sólo sin saberlo de cierto, sino ignorándolo tan en absoluto como puede calcularse por el éxito que obtiene; ni encuentro tampoco verosímil que Vicente, enamorado de Matilde, vaya en nombre de ella, sin mandato ni permiso, á manifestar á Joaquín la pasión que le profesa,

No quiero hacer caudal de la visita de doña Irene á su amiga Tomasa, que rompe bruscamente la unidad de tiempo que debe observarse en cada ac-

to, porque, se lo confesaré ingenuamente, la censura, por merecida que sea, me disgusta. Prefiero dar á Ud. un resumen de mis observaciones.

El drama de don Antonio Espiñeira tiene por base un hecho social perfectamente dramático; si este hecho hubiese sido arrancado á la sociedad con mano más firme, respetando todos los detalles que contribuyen á hacerlo verosímil, y si se le hubiese desarrollado con más vigor, siguiendo en el desarrollo la lógica poco lógica á veces de los sentimientos y del corazón humanos, *Lo que no tiene sanción* sería una pieza de grande interés en la acción como en los caracteres; pero la tendencia docente que, por la fuerza con que está expresada y que manifiesta la bondad del alma del autor, ahoga el sentimiento artístico, hace que dicho drama no sea tan bello como pudiera, aunque sea tan moral ó tan ejemplar y moralizador como se quiera.

Si las escenas son tranquilas y sencillas, esta sencillez y aquella tranquilidad no se deben al choque de pasiones templadas y de caracteres suaves, sino más bien á la falta de vigor escénico y de colorido dramático. Haga usted mentalmente otra vez que Joaquín aparezca provocando con su conducta el conflicto que sirve de base al drama, y verá usted cómo, sin que se modifiquen en un ápice las pasiones ni los caracteres, toman las escenas mayor animación, los personajes se ajitan en un mundo de

mas vida, y el cuadro resulta con más colorido y mayor relieve.

Creo que lo dicho basta para hacer cesar de mis hombros el peso de la responsabilidad que me afecta como juez-árbitro en una contienda literaria; los detalles en que podría entrar no constituyen prueba, por lo cual me he desentendido de ellos para dejar constancia sólo de los rasgos generales y característicos en que se funda mi juicio. Sírvase usted aceptarlo como expresión de la más completa imparcialidad y disponga en todo caso de su servidor y amigo,

.....

Estrechado como me hallaba en la carta que acabo de transcribir, á dar mi opinión lisa y llana sobre el drama de don Antonio Espiñeira, no pude hacer algunas salvedades que sólo alcancé á enunciar á mi cliente literario, al decirle que el compromiso que con él contraje me presentaba halagos á que no podía resistir, y escabrosidades difíciles de salvar. Éstas y aquéllos me traían á la mente la amistad sincera que profeso al autor de *Lo que no tiene sanción*, y si de un lado me impulsaban á expresarme imparcial y francamente, del otro me inducían á no hacerlo, por el temor de causar, haciéndolo, un desagrado á quien no quisiera causárselo.

Pudieron en mí, sin embargo, más que todo, el

respeto á lo estipulado y el cominillo, harto pujante, de cumplir con la misión de crítico. Porque es de advertirse que, según las ideas novísimas, los críticos tenemos una misión que cumplir sobre la tierra, como la tienen los poetas y algunas otras especies del género literario.

En virtud de dicha misión, que reviste de autoridad á los que la desempeñan, me permito indicar al señor Espiñeira la conveniencia de que abandone la escuela docente á que pertenece su último drama, y que la abandone para buscar la belleza artística en el arte mismo. Estudie detenidamente el autor de *Lo que no tiene sanción* nuestra sociedad; examine nuestras costumbres, no con el farol del moralista para censurar lo que hay en ellas de malo, sino de preferencia con la linterna del artista para sacar á luz lo que tienen de dramático; ahonde en los senos del corazón humano; analice los sentimientos y las pasiones; vea como éstas son robustecidas ó modificadas por los acontecimientos: y producirá dramas dignos de su talento, de su nombre y de la escena patria.

Julio de 1888.



LAS PRIMERAS REPRESENTACIONES DRAMÁTICAS EN CHILE

POR DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

EL libro del señor Amunátegui sobre las primeras representaciones dramáticas en Chile, que acaba de aparecer en edición oficial, tiene con los apuntes biográficos sobre don José Joaquín de Mora,—á que no há mucho tiempo dediqué un artículo,—varios puntos de semejanza y analogía en cuanto á su nacimiento y composición, aun cuando es mas interesante si se le considera en orden á la materia de que trata.

Como dichos apuntes, se publicó primero, parcialmente, en la *Revista de Santiago*, allá por el año de 1872; y como ellos, aparece ahora adicionado con nuevos datos y nuevas observaciones que

el señor Amunátegui redactó después de la primera publicación.

Pero tal circunstancia no es la más digna de ser tomada en cuenta, tratándose de la analogía entre las dos obras, porque sólo revela que su autor, lejos de echar en olvido los trabajos que daba á luz, seguía estudiándolos, corrigiéndolos, perfeccionándolos, en una palabra; sino que hay semejanzas en la manera de composición, que dan á conocer la personalidad literaria del señor Amunátegui en un período de su laboriosa existencia.

Antes de consignarlas y de manifestar que son extensivas á esta obra algunas de las observaciones que me sugirieron los apuntes sobre don José Joaquín de Mora, advertiré, siquiera sea de paso, que el título de "Las primeras representaciones dramáticas en Chile" no es el más apropiado al libro porque no corresponde exactamente al vasto cuadro que en él se encierra; no lo censuro, sin embargo; es una irregularidad insignificante que proviene de que en aquél se han insertado, con buen acuerdo, á mi juicio, diversos artículos que sobre teatros escribió el señor Amunátegui en época reciente y que no tienen relación íntima con el plan trazado en 1872.

Mediante la inserción de tales artículos, el libro ha perdido la unidad que tenían los escritos publicados por el señor Amunátegui en la *Revista de Santiago*, pero ha ganado en interés y en ampli-

tud de materia. De esta suerte la obra no sólo considera las primeras representaciones dramáticas en Chile, de que se tiene noticias, verificadas un siglo más ó menos despues de la conquista, y de su origen "en el recinto de los conventos ó á su sombra," sino que marcha á través de las vicisitudes de nuestro teatro, hasta una fecha muy próxima, y se cierra con las representaciones que dió entre nosotros la eminente actriz Sara Bernhardt.

Es verdad que por efecto de dichas agregaciones se notan en la obra lagunas demasiado sensibles para que pasen inadvertidas y deficiencias fáciles de subsanar y que el autor habria subsanado, como habria llenado aquellas, á no haberle arrebatado la muerte cuando aun estaba en el trabajo; pero con todo, juzgo de buen acuerdo el haberlas introducido, porque así el arsenal de noticias y de observaciones es más abundante, más variado y de mayor interés.

Hecha esta advertencia, que se refiere no tanto al título como á la obra misma, corresponde hablar de su forma de composición.

Aquí principian las analogías más importantes con el libro acerca de Mora, porque la obra en que me ocupo, como esotra, es no sólo de literato, sino también, y más que de literato, de recopilador; hay, en efecto, por cada página del señor Amunátegui, dos ó más de citas de diverso linaje.

Yo no digo que este sistema de recopilar sea

menos bueno que el de redactar, extractando los documentos y vistiéndolos de forma propia y adecuada á la narración, aunque no es tan literario en el sentido artístico, nó; es indudable que históricamente vale más porque afianza con prueba testimonial los hechos que se enuncian, dándoles hasta cierto punto un carácter de indiscutible veracidad, y un libro así compuesto ofrece á los futuros historiadores que quieran explotar el mismo campo que el señor Amunátegui ha recorrido, una rica fuente de informaciones para dar á conocer con todos sus detalles la vida de nuestro teatro; yo no digo tampoco que tal sistema no sea á las veces indispensable para exponer algunos hechos ó para manifestar con todo su colorido las controversias á que han dado lugar los diversos asuntos con el teatro relacionados, que talvez perderían en la narración el sabor de la época y perderían la intención que sus autores les imprimieron; ni digo tampoco, porque no hace á mi intento decirlo en este párrafo, que de dicho sistema, bueno ó malo, ha usado el señor Amunátegui con poca parsimonia, insertando documentos que, por interesantes que sean, tienen escaso, remotísimo nexa con la materia de su obra; tiempo y oportunidad habrá después de hablar en esto: asiento sólo el hecho para dejar bien establecida una de las notas características de la escuela literaria del señor Amunátegui.

Por lo expuesto se comprende que la obra de

que trato no es sólo un estudio crítico sobre las primeras representaciones dramáticas en Chile, sino más bien un repertorio de noticias y de observaciones interesantes sobre representaciones y producciones teatrales entre nosotros, y en el cual, si la crítica y la filosofía tienen parte, ni forman la más importante, ni resuelven los problemas que plantean.

Es cierto, como se ha dicho en un artículo de diario, que la filosofía anda siempre de incógnita entre los bastidores, porque da á conocer el espíritu de la sociedad en diversos períodos de nuestro teatro, y así vemos que en varias épocas se ha querido poner la escena, y de hecho se la ha puesto, al servicio de ideas políticas ó sociales. El señor Amunátegui recuerda, por ejemplo, que después de 1810, algunos patriotas para quienes la revolución había tenido por objeto no sólo independizar á Chile de la madre patria, sí que también de los principios religiosos, “desplegaron particular empeño por imprimir al teatro una tendencia anti-clerical,” y que al poco tiempo, cuando se comenzó á discutir la libertad de cementerios, cuestión tan debatida como despóticamente resuelta por la ley, los liberales opusieron el teatro al púlpito, y entonces se representaron piezas como el *Aristodemo* y *El Abate Seductor*.

Quiero detenerme en este punto, nó para rebatir las opiniones y exageraciones de algunos patrio-

tas, enunciadas por el señor Amunátegui, y que solo prueban los extravíos de un grupo de hombres que en otro orden de ideas tuvieron luz más segura é intención más benéfica, sino para hacer una observación pertinente sobre el libro mismo, y á la que es aplicable lo que dije sobre el sistema de recopilar.

Si es verdad que para explicar satisfactoriamente el espíritu del teatro es necesario poner de manifiesto cuál es el de la sociedad que lo alienta, y cuáles las causas que lo informan, no es menos cierto que este estudio no debe extenderse á sostener dichas causas ni á combatirlas, porque entonces, aunque hiciéramos una obra útil, nos alejaríamos muy mucho del objeto primario, y correríamos el peligro de salirnos de sus linderos y naturales límites.

- Tal es lo acontecido al señor Amunátegui.

Tratando de explicar las causas de la tendencia anti-clerical del teatro en la época referida, ha entrado, yo no sé si casual ó deliberadamente, á exponer y dilucidar la primera cuestión que se promovió, en 1819, sobre libertad de cementerios, y ha insertado una serie de documentos que, como él dice, "son desconocidos ó están olvidados," y que, en realidad, no carecen de interés para el historiador y para el político, pero que encuentro de más en un libro sobre representaciones dramáticas.

Antójaseme (sin entrometerme en el campo de las suposiciones gratuitas), que tal inserción de

documentos y de observaciones propias acerca de dicho asunto, es más deliberada que casual, y que con ella quiso el señor Amunátegui servir á sus ideas; sería ésta una analogía más con el libro sobre Mora, en que el autor defendió la enseñanza oficial, y al mismo tiempo otra nota característica de su escuela, que acepta el sacrificio de la unidad y del plan de una obra por la propaganda de las doctrinas.

Los que dedican todas las fuerzas de su actividad á difundir un principio político, aplaudirán sin embozos la tarea del literato que les secunda, pero los que, sin negarnos á los principios, buscamos el arte en las obras literarias, lamentaremos siempre la consumación de semejante sacrificio.

Pasando ahora á la parte crítica del libro, debo manifestar, como lo he enunciado, que aquella no resuelve los problemas que plantea.

Es natural que, siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos, el señor Amunátegui se haya encontrado de frente con cuestiones, antiguas algunas y nuevas otras, relacionadas con el teatro, y en las cuales no se ha detenido con criterio propio lo suficiente para resolverlas ó siquiera para dilucidarlas de modo que produzca convencimiento.

La primera cuestión es la de saber si el teatro es contrario á las buenas costumbres y á la moral.

Tal vez en aquellos tiempos de atraso y de ignorancia en que por primera vez se promovió entre

nosotros, este punto sería arduo, espinoso y de difícil resolución: creo que hoy no lo es, y que nadie sostendrá en términos absolutos que hay incompatibilidad entre el teatro y las buenas costumbres; aquél es una rama del arte, una rama compleja, es cierto, que requiere el concurso de la poesía, de la pintura, de la declamación, etc., pero que como arte al fin, eleva el alma á regiones muy puras cuando se ajusta á los principios que deben generarlo; lo que es contrario á la moral, y no dudo que pernicioso á las costumbres, es el arte,—si puede llamarse así,—corrompido, que no busca la belleza sino la inmundicia, y que se complace en revolverla, en exhibirla y en salpicarnos con ella.

Pero aparte de aquella supuesta oposición por que era entonces considerado con temor, hay otro asunto relacionado con el teatro, no menos discutido que el anterior, y que el señor Amunátegui pasa de ligero sin darle la importancia y sin prestarle toda la atención que se merece: el de la finalidad del arte.

Se ha visto ya que en un tiempo se puso especial empeño en dar al teatro carácter docente y en dirigirlo, como elemento de destrucción de las ideas contrarias, por el cauce de los principios liberales; las tentativas, ora en ese sentido, ora en el sentido opuesto, han sido débiles pero repetidas hasta nuestros días.

Y bien ¿conviene que así sea?

El teatro, como el arte en general, puede tener un fin docente, y se comprende que lo tenga en épocas de agitaciones, cuando los espíritus están dominados por una idea que desean realizar; todos los medios de que dispone el hombre se dirigen entonces á la consecución de esa idea; pero tal fin no es en manera alguna necesario al arte mismo, que no tiene más objeto que producir la belleza, y que con sólo producirla alcanza pleno y perfecto desarrollo.

De aquí no se deduce que la docencia no sea conveniente, nó; he manifestado algunas veces, y lo repito ahora, que, á mi juicio, tanto mejor será una obra, no en cuanto artística, que tiene su perfección en el arte mismo, sino en cuanto humana, si á su fin propio, que es la belleza, aúna un fin trascendental ó moral.

Una condición se impone, sin embargo, á la moralidad para Hermanarla con el arte, y es que no le estorbe, que no le perturbe en su tranquila marcha, que no le impida seguir fielmente las leyes de su desarrollo, que no le perjudique, en suma; si á tal imposición no se somete, debemos combatirla, porque de amigo y compañero se convierte en adversario y en traidor.

Como resumen de estas ligerísimas observaciones, diré que el arte es un sujeto independiente y que tiene su puesto especial y reservado en el recinto de las concepciones humanas; que puede

acordarse con otros sujetos para marchar unidos, pero no pierde por este acuerdo su personalidad ni depone sus atributos de señor y de ser libre.

Tales son las dos cuestiones antiguas y principales que flotan en el libro del señor Amunátegui; pero hay otra, de naturaleza crítica también, más nueva y de mayor interés para los chilenos, que se reduce á saber por qué no ha florecido el drama en Chile.

No me propongo dilucidarla, ni me sería dable hacerlo dentro de los límites de este artículo: creo que es materia muy vasta que no puede compendiarse en dos cuartillas: la traigo á cuento para dar á conocer la opinión del señor Amunátegui acerca de ella, y para manifestar que si lo que da por causa pudo serlo antaño, no lo es ogaño, ó no es, cuando menos, la causa única.

El señor Amunátegui dice que la falta de teatro ó compañía es uno de los motivos de la poca producción original, porque exigiendo el drama, como se sabe que exige, para alcanzar á su perfección, no sólo de la pieza dramática sino también de la escena en que se la represente, faltando ésta, faltan estímulos para componer aquélla; pero, sobre todo, según sus palabras textuales, «entre las varias causas de que el drama y la novela no hayan prosperado en Chile como debieran, debe contarse la excesiva gazmoñería del país en materia de amor, esto es, del sentimiento que ordinariamente informa

esta especie de producciones;” “existe en el país, —agrega poco después,—un pudor tan asustadizo no sólo en las mujeres sino también en los hombres maduros, y aun en los viejos, que rechaza toda página de amor.”

Yo no creo tan absoluta ni tan inconcusa esta opinión, sostenida y apoyada últimamente por don Miguel Luis Amunátegui Reyes (1); nuestra sociedad será todo lo mojigata que se quiera, pero no llega hasta hacer escrúpulo del amor,—sentimiento noble que, exhibido con dignidad, eleva el alma y purifica el espíritu de las sensaciones materiales; lo que de cierto rechaza es, no la belleza física ni la admiración que ella causa, sino el desbordamiento de pasiones impuras que sumen los sentidos en el fango, y que conducen á la bestialidad ó al crimen. ¿Y acaso es necesario este elemento para la producción dramática? ¿Acaso en el inagotable venero de los sentimientos y de las ideas no hay recursos bastantes para el dramaturgo? ¿Es menester producir el desenfreno, exhibir la mancha, herir la inocencia y acabar con la moral?

Nó; no ha sido aquella la causa de la postración de la dramática nacional; la causa debe buscarse en la falta de teatro; en la sencillez de nuestras costumbres, que también acepta el señor Amunátegui; en el poco desarrollo de la literatura en

(1) Artículo publicado en *La Tribuna* de Santiago, de 6 del mes en curso.

general; en la escasez de gusto artístico, etc., todo lo cual contribuye en parte á impedir que tome vuelo y crecimiento una de las más hermosas ramas del arte literario.

Sea como se fuere, y aunque el señor Amunátegui no haya ahondado en esta materia como hubiera podido hacerlo, su obra será siempre instructiva y amena y siempre tendremos que admirar la erudición que revela y que felicitarnos del provecho que se saca de un libro de esta naturaleza.

No es cosa sencilla remontarse hasta el origen de la producción teatral y descender en seguida paso á paso, investigando el valor de las piezas dramáticas, el juicio que han merecido á sus contemporáneos, el espíritu que las ha informado, las polémicas que han ocasionado, y salpicando, todavía, este camino, de observaciones propias, de anécdotas, de noticias políticas ó bibliográficas, y de apuntes biográficos sobre algunos dramaturgos, así nacionales como extranjeros.

Para acometer tal empresa, el señor Amunátegui ha tenido que resucitar y dar vida y animación á muchos períodos históricos sepultados en la tumba del pasado; y persiguiendo el propósito de completar su obra, alcanzó á bosquejar, según se dice, las biografías de algunos compatriotas que se han dedicado al teatro, como don José Antonio Torres, don Carlos Walker Martínez y don Luis Rodríguez Velasco.

Voy á terminar estas líneas sin haber hablado antes del estilo de *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*; y no lo he hecho porque pienso que tal trabajo será más oportuno cuando se considere en conjunto la labor del señor Amunátegui, cuya escuela literaria, por el corte especial de la frase, por las ventajas é inconvenientes que ésta tiene, y por las apreciaciones tan opuestas á que ha dado lugar, merece estudio más detenido del que corresponde hacer en una mera noticia crítica, como la presente.

Agosto de 1888.



EL "CENTRO DE ARTES Y LETRAS"

EL Jueves de la semana pasada se verificó la apertura del "Centro de Artes y Letras," sociedad que, como se sabe, tiene por objeto, y por objeto único, el estudio y cultivo de las ciencias, de las artes y de las letras. La sesión fué brillante en muchos sentidos, pero especialmente por su significado y por el entusiasmo que despertó en todos los que concurrieron y que por el hecho de concurrir han manifestado corazón sensible á las dulces expansiones del sentimiento artístico.

Los amantes de las letras, y con nosotros cuantos se preocupan del porvenir de la Patria, estamos de plácemes con justo motivo, porque el ideal tanto tiempo acariciado por algunos de dar uniformidad y estímulo á los esfuerzos literarios que antes se perdían en el aislamiento, comienza á realizarse, y no así como se quiera sino en más vasto círculo de

lo que al principio se proponía: en este nuevo hogar, del cual hemos colocado ya la primera piedra, se cultivará no sólo la literatura sí que también las artes y las ciencias tanto morales y políticas como filosóficas y naturales, ó sea la inteligencia en todas sus manifestaciones.

Sin desconocer que el "Centro de Artes y Letras" es un instituto interesante (porque lo es y mucho) y que puede producir abundantes y sazonados frutos en su triple carácter de científico, de artístico y de literario—tres esferas distintas pero que concurren armónicamente al progreso intelectual,—voy á considerarlo ahora en su aspecto meramente literario, que merece párrafo aparte de los otros dos.

Antes, sin embargo, de hacer consideración alguna, debo dejar constancia de que sociedades de esta naturaleza merecen aplausos desde sus comienzos, como lo merece cuanto tiende á desarrollar nuestras facultades, y, si vale la frase, á dar vida á la vida literaria. De igual manera que celebro todo certamen sinceramente abierto con el objeto de alentar la inspiración artística y toda conferencia debidamente preparada con el fin de darle desahogo, celebro también la fundación de este Centro que, como esa conferencia y ese otro certamen, significa estímulo para los autores y cultura para todos.

Lo del estímulo no puede negarse. Sucede con frecuencia que muchos jóvenes dejan secarse en agraz sus facultades literarias, que bien dirigidas les

llevarían á la cumbre de la gloria, porque el público envuelve en un denso y pesado manto de indiferencia á los que hacen sus primeras armas en la carrera de las letras—sí; la carrera, que tal es, aunque no traiga lucro material;—envuelve, decía, á los que se inician en las letras, y como éstos no sientan voluntad muy firme para continuar no obstante el vacío y el hielo que les rodean, y vocación muy decidida para encaminarse sólo por los senderos del arte, sin ayuda de una mano, más que amiga, desinteresada que les guie, tienen, después de hacer unos cuantos esfuerzos infructuosos, que renunciar á la nobilísima expectativa de conquistarse un nombre en ese campo y que buscar otros horizontes en que ejercitar su inteligente actividad.

No acontece lo propio cuando en una sociedad de amplia bandera que cobije á todos los hombres de buena voluntad, leen los jóvenes sus producciones, y dan á conocer el fruto de sus estudios y desvelos, como en familia, como entre amigos, y oyen las primeras advertencias que les guían y sienten (porque no se oyen sino se sienten) los primeros aplausos que les alientan y que más tarde les han de procurar coronas de inmarcesible gloria. Entonces dedícense con mayor empeño, siguiendo su natural inclinación, dedícense al estudio y pónense á la labor porque tienen placer en ello y porque abrigan la esperanza, y más aún, la seguridad de que llegará el día en que caigan los muros de la indife-

rencia y vean la belleza que tanto han deseado ver y escuchen los ecos de la fama que tanto y tan meritoriamente han tratado de conquistar.

En tales sociedades se forman—para valerme de la expresión usual—se forman muchos jóvenes que de otra suerte, sin andadores que les sostengan y les ayuden en los primeros pasos, acaso habrían sucumbido en el camino del arte antes de producir fruto alguno de valía; en ellas reciben las fuerzas necesarias para hender el aire con sus alas y cruzar por sí mismos los espacios infinitos de lo bello. I de esta manera, á una generación literaria sucede otra que recoge sus tradiciones y que hereda sus glorias y que las aumenta con nuevos triunfos para la diadema de la Patria.

Esa generación no permanece inactiva: estudia, medita y trabaja; va á las fuentes del saber para nutrir su inteligencia, busca lo bello para alimentar su fantasía, y, segura de sus armas, se lanza á la vida con ardoroso entusiasmo, llevando la ciencia y la belleza á todas partes y elevando el nivel de la ilustración general.

Pero no es únicamente en la juventud donde se manifiesta la benéfica influencia de una asociación destinada á desarrollar nuestras facultades intelectuales: aumenta, como se ha visto, la cultura del pueblo (tomada esta palabra en su sentido lato) y uniforme, en cierta manera, entre los aficionados, las opiniones en punto á arte.

Esta uniformidad no se produce necesariamente, pero en todo caso los opuestos pareceres se aproximan ó se rechazan por convencimiento muy firme que no siempre tienen, y concurren entonces de modo eficaz, por la misma contradicción, al descubrimiento de la verdad y de la belleza absolutas.

Lo bello como lo verdadero presentan de continuo problemas interesantísimos á la meditación de los hombres, y en su fecundo seno encierran múltiples secretos que se trabaja constantemente por esclarecer; aun en el terreno más explotado hay puntos que no todos aprecian del mismo modo, y más de uno que no es de todos conocido.

Pues bien; en sociedades como la de que trato, estas materias adquieren luminosa transparencia, mediante la discusión á que cada cual allega el contingente de lo que sabe, y de misteriosas conviértense en fácilmente comprensibles.

Una idea engendra á veces otra idea opuesta; un pensamiento, otro que lo rechaza ó modifica; un raciocinio, muchos que lo afianzan ó que, en ocasiones, más firmes, van más allá que el primero: y de la contradicción brotan rayos de luces que disipan los errores y descubren la verdad.

De esta suerte los individuos congregados van adquiriendo nociones avanzadas y seguras sobre infinidad de asuntos que tienen relación más ó menos directa con el arte, y un caudal de ideas que

acrece constantemente y que lleva derecho al verdadero saber.

Á medida que se profundiza en estas materias, la inteligencia descubre nuevos horizontes en que espaciarse, y siente, entonces, el aguijón irresistible de recorrerlos todos, y como á la causa primera de las cosas, al fundamento de las concepciones, no se llega con el deseo de llegar únicamente, el hombre necesita dedicarse á estudios serios, y se aficiona de ellos.

Tales son, suscintamente enumerados, los bienes que una sociedad que se propone el cultivo de las inteligencias puede reportar á la sociedad; bienes que no siempre se traducen, es cierto, en provecho pecuniario, pero que elevan el espíritu, suavizan las asperezas de la lucha por la vida y hermocean la existencia con flores de eterna belleza.

¿Qué mucho, entonces, que aplauda con íntima y sincera alegría la fundación del "Centro de Artes y Letras"? ¿Qué mucho que deje constancia, para recuerdo perpetuo, de su nacimiento y de sus generosos propósitos, cuando él ha de ser el punto de partida—así lo espero á lo menos—de una nueva era, de un poderoso movimiento intelectual?

20 de Agosto de 1888.



HUINCAHUAL

NARRACIÓN ARAUCANA POR DON ALBERTO DEL SOLAR

HUESTRO compatriota don Alberto del Solar, residente en Paris y autor de dos obras—*Páginas de mi diario de campaña* y *De Castilla á Andalucía*—acaba de publicar un nuevo libro, llegado á Chile por uno de los últimos vapores.

Huincahual se titula.—Este es el nombre del *toqui* ó señor de los araucanos, cuyos sentimientos manifiesta el señor del Solar en cuanto se relacionan, principalmente, con la infeliz y tierna María, que, arrebatada á los blancos en un asalto de los indios, fué su esposa y esclava.

Pero la leyenda de *Huincahual* y sus selváticos amores con la niña de otra raza y de civilización superior á la suya, si constituyen el fondo del libro que ahora doy á conocer, no tienen interés bastante

por sí solos para atraer la atención de los lectores, ni por sí solos forman tampoco la materia de la obra; esta materia y aquel interés se encuentran sobretodo, y sobradamente, en la pintura animada de las costumbres y de los usos, en la exposición colorida de las pasiones y de las creencias y hasta en el relato de la tierra y del clima de los araucanos: que todo eso encierra el libro, en ordenado conjunto, y todo contribuye á dar variedad en la unidad al plan desarrollado por el autor.

Huincahual es una narración que despierta especial interés en cuanto, como leyenda y como cuadro de costumbres, nos transporta imaginariamente á regiones desconocidas para la mayor parte de nosotros, y que se nos presentan en el estado de naturaleza en que todavía se encuentran.

Si me fuera dable expresarme así, diría que el señor del Solar, siguiendo el procedimiento de los buenos artistas, ha sorprendido á la Araucanía en sus bellos momentos y ha trasladado al papel una parte de ella con todos los atractivos de su suelo y de su cielo, con la barbarie, las pasiones indómitas y las supersticiones de sus habitantes y con los sentimientos de la raza.

Al través de este vasto cuadro (vasto por su comprensión, aunque de reducidas proporciones) marcha la leyenda de *Huincahual*, que sirve como de tema á las descripciones y á la exposición de sentimientos y de caracteres de la leyenda.

El asunto, á no dudarlo, ha sido bien elegido. Es cierto que nuestra sociedad—fuente en que de preferencia deben inspirarse los autores—no ha dado aún todo lo histórico, dramático y novelesco que puede dar; que para la reproducción artística no ha sido explotada hasta agotarla, cosa que difícilmente sucederá; que, en suma, ofrece todavía, y seguirá ofreciendo durante mucho tiempo, ancho campo de estudio y de observación al literato y al artista: pero esto no obsta para que el artista y el literato la olviden por un instante y dirijan sus talentos por nuevas vías y se detengan alguna que otra vez allí donde todo les incita con el sabor de la novedad. Y siendo así, debe reconocerse que en la zona virgen que ha opuesto porfiada y perpetua resistencia á los progresos de la industria, y en la raza que habiéndose negado uno tras otro siglo á la luz de la civilización permanece bárbara y salvaje, encuentra el arte la lozanía que le seduce.

No cabe duda en que nada de esto es nuevo, en el verdadero sentido de la palabra, sino, por el contrario, lo más antiguo, como quiera que es continuación del modo de ser de las sociedades primitivas y nos traslada á las primeras edades; pero es nuevo para el arte por el contraste que forma con la vida y las costumbres de nuestra edad, y porque esa zona y esa raza esperan todavía la legión de obreros del pensamiento que las den á conocer en todas sus manifestaciones.

La narración del señor del Solar interesa desde los comienzos y agrada en ocasiones como una novela, en otras como un libro de viajes salpicado de observaciones sobre las costumbres y los usos de países lejanos, y á veces como un cuadro en que está pintada la naturaleza con sus más brillantes colores; pero siempre agrada por la frescura y la novedad del tema.

Tiene, además, el libro otros méritos que lo hacen digno de aplauso: el estilo generalmente correcto, nervioso y ligero en que está escrito; la sencillez de algunos cuadros, que parecen hechos de unas cuantas pinceladas, sin recargo de adornos ni de colores, sin toques de brocha gorda; y también —esto es necesario decirlo recio porque lo olvidan con frecuencia muchos autores,—la elegancia de todas sus páginas, y más propiamente que la elegancia, el buen gusto, cierto aire de distinción que aleja todo desagrado y todo recelo en la lectura. Suprimiérale yo dos ó tres frases, demás de inútiles perjudiciales, sobre el modo de ser de algunos ministros del Señor, y nada tendría que decir entonces del fino y casi casi aristocrático talante de la obra.

No incurriré en la exageración de manifestar, para ensalzarlo, que el libro del señor del Solar es una producción artística de primer orden, de esas que por su mérito extraordinario alcanzan los honores de la posteridad; pero sí afirmo, para ser justo y

para darle el lugar que le corresponde, que procura grato solaz á los espíritus y despierta en ellos el sentimiento de la belleza.

Como no puede exigirse más á una leyenda, y como la presente no ha menester de otras observaciones que las hechas, quiero terminar estas líneas con una palabra de agradecimiento al señor del Solar por haberme remitido su obra desde apartado continente.

1.º de Septiembre de 1888.



LLENO.....

EL uso de los malos escritores y de los malos hablistas va introduciendo en nuestro lenguaje, ó más bien en nuestra lengua, la elegante, armoniosa y riquísima lengua castellana, un sinnúmero de palabras extranjeras innecesarias y un número mucho mayor aún de significados absurdos y de locuciones viciosas. Reunir en un diccionario todos, absolutamente todos, estos defectos, sería obra benéfica, pero es obra imposible: la ignorancia cunde y no se da tregua en la tarea de ganar terreno literario.

Hay palabras, sin embargo, que en fuerza de repetidas y de usadas (mal usadas, se entiende) á cada momento, llaman la atención y pueden ser sometidas á juicio. Si se constituyera un tribunal para juzgarlas, comenzaría, de seguro, por la palabra *lleno*, y tendría, de seguro también, pruebas suficientes para condenarla á destierro ó á morir de muerte vil.

Para entonces, esto es para cuando se establezca dicho tribunal, yo pido desde luego que se me nombre acusador; ya veremos quien se atreve á defender la desgraciada palabra; tendrá el tal que desvanecer muchas y muy justas inculpaciones y que destruir infinitos testimonios que actualmente preparo, y de los cuales quiero presentar algunos.

Leí no hace mucho tiempo en un diario de esta Capital, sección gacetilla: “*Lleno* hubo en los dos teatros que en la actualidad funcionan en Santiago, las noches del Sábado y Domingo pasados.” ¡Expléndido! me dije; mejor para los empresarios; y sin hacer grande esfuerzo recordé la siguiente frasecita de ropa hecha;— “Las noches que van corridas han sido otros tantos *llenos* para la empresa.”

¿Habrá paciencia? A este paso yo no sé francamente donde vamos á parar. El término está admitido, nó porque sea bueno, sino al contrario, porque es malo; y luego será vulgar. ¿Qué se nos espera para entonces? Se me ocurre que para entonces se adoptará como nuevo, como francesismo muy elegante, el lenguaje de sastrería, y tratándose de teatros, que es lo peor tratado entre nosotros, se nos dirá muy seriamente: “La noche del Domingo fué un *complet* para la empresa del Santiago”

El significado es más ó menos el mismo: con una palabra se designa el terno entero, esto es las tres piezas de un vestuario, pantalon, chaleco y chaqueta, y con la otra se da á entender que en el

teatro hay tantas personas cuantas puede contener.
—Un lleno, un complet.

¡I si la palabra ésta se usara solo en locuciones teatrales! Pero se usa mucho más.

Recuerdo que en una reunión de amigos se hablaba de política cierta vez, y alguien dijo, con mucho énfasis: “Es necesario combatir por todos los medios posibles á estos gobiernos *llenos* de intrigas y de miserias.” I los circunstantes, sin excepción de uno solo, *llenos* de político entusiasmo, aplaudieron estrepitosamente al orador.

Preguntáronle al Doctor N., médico distinguido, que cómo seguía uno de sus enfermos, y él contestó que el enfermo no podría sanar porque estaba *lleno* de debilidad. I una mujer, que no sé si era señora ó señorita, al oírle, se puso *llena* de susto de que le pasara igual cosa.

Pero el *lleno* que me ha hecho más impresión en los últimos tiempos, no tanto por la palabra misma si no por el caso en que se empleaba, es el siguiente: Un joven inteligente, trabajador y caritativo se había negado, cuando lo oí contar, á contribuir á una obra de caridad muy grande y muy simpática: las malas lenguas se desataron contra él y le tildaron de mesquino, de avaro, de qué sé yo qué. Alguien quiso hacer su defensa en un corrillo en que se comentaba el hecho, y como le acribillaran á interrupciones, hubo de confesar la verdad.— ¡Pero si el pobre Fulano está *lleno* de deudas!—di-

jo, y todos *se llenaron* de sorpresa y de pesar al saber esto.

Los escritores á destajo, ó sea la turba-multa de escritorzuelos que no saben de la misa la media y que sin embargo escriben y escriben todos los días, sin preocuparse de decir algo que valga la pena y de decirlo en forma medio decente, salen de un apuro y de apuros mil con poner *lleno* arriba y *lleno* abajo y *lleno* por donde caiga.

Esta palabra es un elemento precioso, y, entre nosotros, mas que precioso indispensable, del estilo anónimo de que nos habla Clarín.

¡Oh! cuando se establezca el tribunal de marras, buen trabajo va á tener con el proceso del estilo anónimo y de sus infinitas imperdonables fechorías en el campo de las letras. Entónces será el freir.

Pero no se apenen mis compatriotas; no somos los chilenos los únicos reos de tan feo delito: acabo de leer en un libro de autor extranjero que reside ahora entre nosotros, y cuyo nombre no publicaré yo, aunque bien lo recuerde, lo siguiente: "Por el *lleno* de tan patriótico cometido, mereció ser nombrado el mismo año," etc. Anoten ustedes este nuevo significado de *lleno*, por desempeño, y envíenlo á la Real Academia Española, porque, por su calidad de extranjero, no cae dentro de la jurisdicción del futuro tribunal chileno.

Diciembre de 1888.



ÚLTIMA PÁGINA

ALGUNOS diarios y no pocas personas han dicho de mí, y de diversos artículos publicados en este volumen, alabanzas tales que comprometen mi gratitud y me obligan a recordarlas, siquiera sea en globo, como prueba de profundo agradecimiento.

Yo no puedo creer en la verdad de todos los conceptos lisonjeros que he leído; sino que los recibo como estímulo, amistoso en unos y completamente desinteresado en otros, para cultivar el campo de las letras.

¿Y qué medio mejor de corresponder á los aplausos, que hacerse dignos de ellos mediante el trabajo de proseguir con imparcialidad la obra porque tan bondadosamente me han sido tributados?

Si siempre he aceptado yo solo i toda entera la responsabilidad de mis actos literarios, del mismo

modo que lo hacen respecto de sus errores políticos los Ministros, ahora descargo una parte de la que en lo futuro me corresponda, sobre los que me inducen, con elojios tanto mayores cuanto más inmerecidos, á continuar en la tarea crítica.

Pero si las personas á que me refiero deben de ayudarme á soportar el peso que caiga sobre mis hombros, natural es que pidan, en compensación, parte de los beneficios de la labor; y no puedo, de consiguiente, negarme á semejante exigencia.

Si los artículos posteriores, ya sean simples artículos, ya folletos ó libros ó lo que se quiera, contribuyen á que se aprecien ó á que tomen recto sendero las aptitudes literarias de alguna persona; si estimulan la producción de obras bellas é impiden que salgan á luz obras menos que mediocres; si fomentan el cultivo de la literatura en cualquiera de sus manifestaciones, ora aplaudiendo los certámenes, las conferencias y las academias, ora dando á conocer las obras que se publiquen, ora manifestando á los autores cuál es el gusto del público; si, finalmente, consiguen alentar el movimiento literario, que es hoy escaso: algún mérito tendrán entonces, que corresponderá en parte y por derecho propio á los que hasta ahora han tenido, y tengan después, la bondad de aplaudir, más que mis esfuerzos, los sanísimos deseos que los han determinado.

Para que resulte fructífero, no basta, sin embar-

go, que el aplauso sea bien intencionado; es necesario, además, que sea justo; por esto, admito, como me corresponde hacerlo, las observaciones que se me dirijan y de las cuales pueda sacar algún provecho. Nada me sería más grato que oír á los que, conocedores de la materia de que tratan, se dignaran expresar su opinión cuando yo manifieste la mía, máxime si es diversa, así como hasta ahora he leído con interés todo lo que ocasionalmente se ha escrito sobre diversas obras, sin excluir lo que ha tenido por objeto rectificar mis juicios.

Aun hay más: movido del anhelo sincero de que se funde y florezca en Chile de un modo lozano la crítica literaria, me atrevo á pedir á los amigos de la prensa, y á los que no son amigos también, y á los que se interesan por estos asuntos literarios, que alienten toda tentativa de crítica y que pres-ten decidido apoyo á sus autores.

Hacer esto que suplico y que aconsejo es realizar un bien positivo; no porque yo crea que quien lo tiene llegará á ser buen crítico; muy lejos de eso; sino porque ensaya que te ensayarás y veremos si alguno acierta con la vocación. Principio quieren las cosas.

Para terminar, una palabra al público. Hasta ahora me he dirigido sobre todo, en esta última página, á los miembros de la redacción de los periódicos y á un reducido número de individuos que no pertenecen á ninguna oficina de redacción.

Quiero, pues, dirigirme además y directamente al público (al ilustrado y respetable público, que dicen los carteles).

Quiero hacerle saber que con su favor salen á luz, coleccionados por primera y acaso última vez, estos artículos, escritos, nó en ratos de ocio ni mucho menos en momentos robados á imperiosas ocupaciones, porque yo no hurto nada ni aún en materia literaria, sino cuando tenía voluntad de escribirlos. Es posible y es probable, además, que la voluntad no me abandone tan luego, y que, en consecuencia, siga aplaudiendo á los buenos escritores, censurando á los malos (quiero decir, más que á ellos sus escritos) y exhibiendo ridiculeces literarias—aunque en esto último no siga sino que empiece.

Por lo dicho no se entienda, sin embargo, ni se crea que yo prometo nada; la verdad es que nada puedo prometer porque no tengo ni un solo folleto *en prensa* ni una sola obra *en preparación* que anunciar en la portada de este libro. Quédese eso para los literatos fecundos ó para los ilusos que piensan que el público va á esperar con ansiedad que publiquen nuevas cosas.

Ante todo la verdad, y después.... no escribir largo.

Diciembre de 1888.

INDICE

	Págs.
Primera página.....	5
Penas que matan.....	9
Poesías.....	27
Acentuaciones viciosas.....	35
Un desaparecido.....	47
¿Novela ó tradición?.....	65
Reglones cortos.....	75
El ideal de una Esposa.....	83
Palique.....	93
Discurso sobre la ropa hecha.....	105
Literatura oficial.....	113
La fundación del Teatro Nacional.....	121
Don José Joaquín de Mora.....	137
El rigor de la Corneta.....	147
Lo que no tiene sanción.....	157
Las primeras representaciones dramáticas en Chile...	171
El Centro de Artes y Letras.....	185
Huincahual.....	191
Lleno.....	197
Última página.....	201

ERRATAS NOTABLES

<u>Páginas</u>	<u>Líneas</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
7	15	ágraz	agraz.
67	25	le	la
70	9	asigna	asignan
73	28	azás	asaz
77	13	variedad expre- siones	variedad de expre- siones
79	6	ameramiento	amaneramiento
97	29	si no	sino
129	24	habrá	habrán
138	24	tiene	tienen
173	10	agreciones	agregaciones